

MEMORIA DE BONILLA

SU HISTORIA, SU ARTE, SUS GENTES

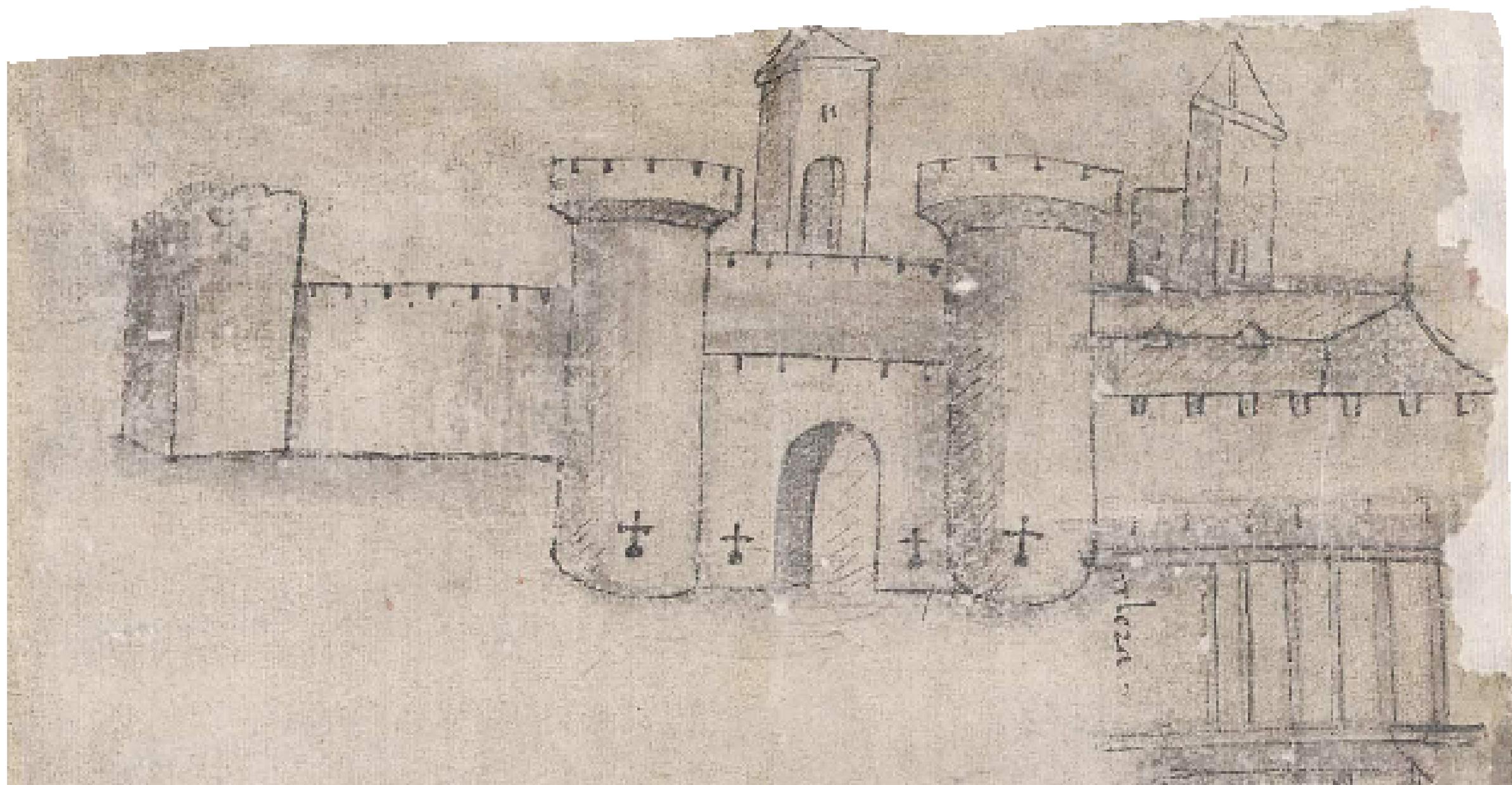


JESÚS GASCÓN (COORDINADOR)

J. FRANCISCO FABIÁN · SERAFÍN DE TAPIA

EDUARDO DUQUE · RAIMUNDO MORENO

CARLOS JIMÉNEZ-TORRES · LAURA SERRANOS



MEMORIA DE BONILLA

SU HISTORIA, SU ARTE, SUS GENTES

© De cada capítulo sus autores. De la publicación Carlota Cerezo Carrasco

Edición y fotografías que no sean de los autores de los capítulos:

Carlota Cerezo Carrasco

Portada y maquetación:

Natalia Arteaga Cerezo

Jesús Gascón (coordinador)

J. Francisco Fabián

Serafín de Tapia

Eduardo Duque

Raimundo Moreno

Carlos Jiménez-Torres

Laura Serranos

ISBN: 978-84-09-45244-6

Depósito Legal: DL AV 120-2022

Impreso en MIJÁN. Industrias Gráficas Abulenses S.L. Ávila, España

BONILLA DE LA SIERRA 2022

AYUNTAMIENTO DE BONILLA

ÍNDICE

	PÁGINA
PREFACIO. CONOCER BONILLA	1
I. EL TERRITORIO	11
<i>J. Francisco Fabián García</i>	
II. HISTORIA DE BONILLA	23
II.1. EL TIEMPO MÁS ANTIGUO	23
<i>J. Francisco Fabián García</i>	
II.1.2. Un gran cambio climático y ambiental y el origen del mundo moderno. El Neolítico y las edades de los metales	30
II.1.3. La Edad del Cobre en la Mueda. El triunfo de los inventos neolíticos	41
II.1.4. La vida en la Mueda y su relación con los grandes acontecimientos generales	43
II.1.5. Otros indicios de ocupación posiblemente calcolítica en el término de Bonilla de la Sierra	54
II.1.6. Rituales en las rocas. Los altares rupestres del Canto del Mortero y Navalperrero	54
II.1.7. El final del Calcolítico y el principio de la Edad del Bronce	65
II.1.8. Una posible larga ausencia de más de 2000 años	69
II.1.9. El verraco de Bonilla de la Sierra	71
II.1.10. Los altares rupestres de Navaltorrero	72

ÍNDICE

PÁGINA

II.2. LA CULTURA ROMANA Y LA ÉPOCA ALTOMEDIEVAL 83

J. Francisco Fabián García

II.2.1. Un vicus hispanorromano 87

II.2.2. La desintegración de lo romano, el tiempo visigodo y el colapso hasta la plena Edad Media 93

II.2.3. Las tumbas excavadas en la roca de Pajarejos, reflejo de una sociedad rural sin organización central 96

II.3. LA BAJA EDAD MEDIA 103

Serafin de Tapia Sánchez

II.3.1. Contexto general: conquista y repoblación del territorio abulense 103

II.3.2. Primeras noticias de Bonilla 103

II.3.3. El arciprestazgo de Bonilla 105

II.3.4. El señorío episcopal de Bonilla 105

II.3.5. La comunidad de villa y tierra de Bonilla de la Sierra. Constitución. y primeras dificultades 108

II.3.6. Los obispos de Ávila: señores de Bonilla 109

II.3.7. El obispo don Lope de Barrientos y sus parientes 114

II.3.8. Las minorías étnico-religiosas en Bonilla: judíos y moros 116

II.3.9. El fenómeno de los judeoconversos y la expulsión de los judíos. 120

ÍNDICE

PÁGINA

II.3.10. Los moros de Bonilla 121

II.3.11. Estructura social de Bonilla a finales de la Edad Media 124

II.4. EL ESPLENDOR DEL SIGLO XVI 131

Serafin de Tapia Sánchez

II.4.1. Conflictos entre el obispo Carrillo de Albornoz y los vecinos de la villa 131

II.4.2. Relaciones con los pueblos vecinos: las vecindades 135

II.4.3. Un obispo conciliador: fray Francisco Ruiz 135

II.4.4. La crisis de 1530: el pueblo contra el Cabildo catedralicio 140

II.4.5. Nuevo pleito entre el Concejo de Bonilla y el obispo Rodrigo de Mercado (1540-1541) 141

II.4.6. La cárcel de la fortaleza episcopal 142

II.4.7. Ordenanzas de la villa de Bonilla y su tierra (años 1500-1565) 143

II.4.8. Rodrigo Núñez de Bonilla, gobernador de Baeza (Ecuador) 150

II.4.9. Dos obispos muy relacionados con Bonilla y amigos de santa Teresa 151

II.4.10. Creación de nuevas instituciones sociales 152

II.4.11. Enfrentamiento entre hidalgos y pecheros en Bonilla (1573-1576) 156

ÍNDICE

	PÁGINA
II.4.12. Intentos del rey de vender la jurisdicción de Bonilla	159
II.4.13. Número y comportamiento demográfico de los bonillanos	161
II.4.14. Rompiendo la endogamia. Forasteros casados en Bonilla y análisis de su procedencia	168
II.5. LOS SIGLOS XVII Y XVIII	177
<i>Serafin de Tapia Sánchez</i>	
II.5.1. La producción cerealista en Bonilla en el periodo 1613-1620	177
II.5.2. Decadencia demográfica y económica generalizada	178
II.5.3. Algunos obispos de la época barroca y neoclásica	181
II.5.4. La guerra de Sucesión, 1702-1714	184
II.5.5. Bonilla a mediados del s. XVIII según la información del <i>Catastro de Ensenada</i>	187
II.5.5.1. Situación institucional de la villa	188
II.5.5.2. Producción agroganadera de Bonilla	189
II.5.5.3. Distribución de la propiedad agraria en Bonilla	193
II.5.5.4. Propiedades del Concejo, los bienes de propios	194
II.5.5.5. Estructura ocupacional de Bonilla en 1752	196
II.5.5.6. La industria en Bonilla	197

ÍNDICE

	PÁGINA
II.5.5.7. La agricultura	199
II.5.5.8. La ganadería	199
II.5.6. Algunas pinceladas sobre la sociedad bonillana del siglo XVIII	201
II.5.7. Abasto de carbón a Madrid. Años de 1767 a 1769	203
II.6. BONILLA EN EL SIGLO XIX	209
<i>Serafin de Tapia Sánchez</i>	
II.6.1. Irracional reparto de la propiedad rural. El informe de Borjas y Tarriús	209
II.6.2. Nueva crisis de subsistencias y sanitaria	210
II.6.3. Consecuencias para Bonilla de la guerra de la Independencia	210
II.6.4. Estructura ocupacional en 1826	212
II.6.5. El régimen liberal. La Desamortización	214
II.6.6. ¿Hasta cuándo duró el señorío episcopal de Bonilla?	219
II.6.7. La primera guerra carlista	220
II.6.8. Reivindicación de una dehesa boyal	222
II.6.9. La montanera y el aprovechamiento colectivo del encinar	225
II.6.10. Los que se enriquecieron con la Desamortización	228

ÍNDICE

PÁGINA

II.6.11. Cambios sociales entre 1826 y 1886	233
II.6.12. Demografía de Bonilla en el siglo XIX	235
II.6.13 La «crisis agraria finisecular»	238
II.7. BONILLA EN EL SIGLO XX	247
<i>Serafin de Tapia Sánchez</i>	
II.7.1. Nuevos tiempos y nuevas escuelas	247
II.7.2. Debilidad del sindicalismo católico en Bonilla	248
II.7.3. La Dictadura de Primo de Rivera	248
II.7.4. Bonilla durante la II República	250
II.7.5. La Guerra Civil	255
II.7.6. La postguerra: atonía y conflictividad municipal	257
(1939-1955)	
II.7.7. El franquismo después de la postguerra (1956-1978)	266
II.7.8. Evolución demográfica de Bonilla (1900-2021)	270
II.7.9. Los inicios del desarrollismo franquista apenas	270
llegan a Bonilla	
II.7.10. La etapa democrática	272
II.8. LOS HIDALGOS DE BONILLA DE LA SIERRA Y SU	283
HERÁLDICA	
<i>Eduardo Duque Pindado</i>	

ÍNDICE

PÁGINA

II.8.1. Introducción	283
II.8.2. Los Barrientos	284
II.8.3. Los Bonilla	290
II.8.4. Los Bravo	291
II.8.5. Los Cabezón	292
II.8.6. Los Carvajal	293
II.8.7. Los Chaves	294
II.8.8. Los Gómez de los Cubos	297
II.8.9. Los González	298
II.8.10. Los Guzmán	298
II.8.11. Los Ordás	303
II.8.12. Los Pérez	304
II.8.13. Los Pérez o García Pérez	304
II.8.14. Los Pérez Cabellos	305
II.8.15. Los Solana	305
II.8.16. Los Soto	305
II.8.17. Los Tamayo	306
II.8.18. Los de la Torre	307

ÍNDICE

	PÁGINA
II.8.19. Los de la Mata	307
II.8.20. Los Merino	307
II.8.21. Los Moreta	308
II.8.22. Los Núñez	311
II.8.23. Los Velázquez	312
II.8.24. Los Verdugo	313
II.8.25. Los Villegas	314
III. ARTE Y ARQUITECTURA	318
III.1. LA FORTALEZA – PALACIO DE LOS OBISPOS DE ÁVILA	319
<i>Raimundo Moreno Blanco</i>	
III.1.1. Disposición y orígenes	319
III.1.2. El edificio en su estado actual	326
III.1.3. Transformaciones y restauraciones en los siglos XVI-XX	329
III.2. LA MURALLA	343
<i>Jesús Gascón Bernal</i>	
III.2.1. Aspectos históricos. Expolio y estado actual	343
III.2.2. Configuración de la muralla	357
III.2.3. Aspectos constructivos	369

ÍNDICE

	PÁGINA
III.3. LA IGLESIA DE SAN MARTÍN	379
<i>Raimundo Moreno Blanco</i>	
III.3.1. La primera iglesia de Bonilla de la Sierra: documentos y restos ..	380
III.3.2. Juan de Carvajal, mecenas de la iglesia actual	382
III.3.3. El proceso constructivo de la iglesia de San Martín	386
III.3.4. Arte mueble	396
III.3.5. Pinturas en el Museo Provincial de Ávila	414
III.4. EL CONVENTO DE SAN MATÍAS	417
<i>Raimundo Moreno Blanco</i>	
III.4.1. La fundación	417
III.4.2. El primer patrón: Gaspar de Ortuño	420
III.4.3. El convento de San Matías en los siglos XVII y XVIII	422
III.4.4. Los siglos XIX y XX: desamortización y ruina	425
III.4.5. Ermitas desaparecidas	427
III.5. LA PLAZA MAYOR. OTROS ELEMENTOS	429
PATRIMONIALES	
<i>Jesús Gascón Bernal</i>	
III.5.1. La plaza Mayor	429
III.5.2. Otros elementos patrimoniales	435
III.5.3. El aljibe de Santa Bárbara	436

ÍNDICE

	PÁGINA
III.5.4. Pilonos	436
III.5.5. Fuentes. La fuente del Concejo y la de la Plaza	438
III.5.6. Cruceros	439
III.5.7. Puentes. El puente de Chuy	440
III.6. ARQUITECTURA E INDUSTRIA POPULAR	443
<i>Jesús Gascón Bernal</i>	
III.6.1. Arquitectura popular	443
III.6.2. Tipologías y sistemas constructivos de la casa tradicional	444
III.6.3. Industria textil en Bonilla. El Lavadero	448
III.6.4. La fábrica de sayales. La Casa Grande	454
III.6.5. Los molinos del valle del Corneja	456
IV. DE SUS HABITANTES Y COSTUMBRES	466
<i>Carlos Jiménez-Torres</i>	
IV.1. EL CICLO VITAL DE LA VIDA COTIDIANA	469
IV.1.1. Enero	470
IV.1.2. Febrero	472
IV.1.3. Marzo	474
IV.1.4. Abril	477

ÍNDICE

	PÁGINA
IV.1.5. Mayo	480
IV.1.6. Junio	483
IV.1.7. Julio	485
IV.1.8. Agosto	488
IV.1.9. Septiembre	490
IV.1.10. Octubre	491
IV.1.11. Noviembre	493
IV.1.12. Diciembre	497
IV.2. OTROS HECHOS	499
IV.2.1. Ferias y mercados	499
IV.2.2. El papel de la mujer en el entorno rural	500
IV.2.3. Dichos sobre Bonilla y algunos topónimos de interés general ..	502
IV.2.4. Parajes con grandes masas forestales y aprovechamiento	503
silvo-pastoril	
IV.2.5. Parajes de interés agrícola y ganadero	504
IV.2.6. Otros lugares de origen antrópico	504
IV.2.7. Fuentes y abrevaderos de interés	505
IV.2.8. La calva, deporte por excelencia de Bonilla	506

I EL TERRITORIO

EL TERRITORIO

J. Francisco Fabián García

PARA ENTENDER DEBIDAMENTE LA HISTORIA de un sitio no basta con conocer los hechos que allí sucedieron y sus circunstancias, es imprescindible hacer un análisis de otros factores de fondo que intervinieron de manera en apariencia menos directa en su desarrollo. Esos factores poseen una gran responsabilidad en el acontecer histórico, en el origen y desenlace de los acontecimientos, mostrando muchos flecos y aspectos que envuelven la historia de tales hechos. Se trata de examinar el lugar donde se desarrolló la vida, sus condiciones más generales con sus dificultades y facilidades, sus bases económicas..., bases que a menudo pasan desapercibidas ante lo llamativo del hecho histórico, como testimonio más protagonista y de más impacto emocional. Sin embargo, estas bases deben ser observadas por el historiador y el lector de historia con mucha dedicación y tenidas en cuenta para que la visión de los relatos históricos y su trascendencia esté bien fundamentada y nos ofrezca todos los componentes que intervinieron en los sucesos, de acuerdo con las coyunturas de cada tiempo concreto. Por ejemplo, si estudiamos un tiempo remoto como la Edad del Cobre, allá por el tercer milenio antes de Cristo, tiempo en el que el cobre empezó a ser un elemento codiciado de la economía y también del simbolismo de las poblaciones, debemos tener en cuenta si en el lugar en que estamos investigando pudo haber reservas de ese mineral, puesto que, tanto si las había como si carecían de ellas, ello hubo de generar situaciones importantes para los habitantes de esa zona. Si no lo había, teniendo en cuenta que se necesitaba, fue preciso irlo a buscar a donde se sabía que lo hubiera. Ese lugar ya estaría ocupado por otras sociedades, que es posible que no tuvieran predisposición a cederlo sin más, lo cual motivaría o una situación de conflicto o de intercambio económico y, además, cultural, que habrá influido tanto en poseedores como en los receptores. Por el contrario, si las reservas están en el territorio que se va a estudiar, habrán sido objeto del deseo de otras poblaciones que no lo tuvieran, generándose la misma situación descrita con anterioridad, pero siendo ellos los poseedores del bien. El ejemplo expuesto es uno de los muchos que podrían citarse, no solo relativo a los indispensables minerales que tanto han transformado y transforman a las sociedades, sino a otros recursos económicos, como la presencia de pastos, de agua, de tierras para la agricultura, de caza, de materias primas... que han motivado el asentamiento de pueblos y / o la relación con otros interesados o necesitados de lo mismo.

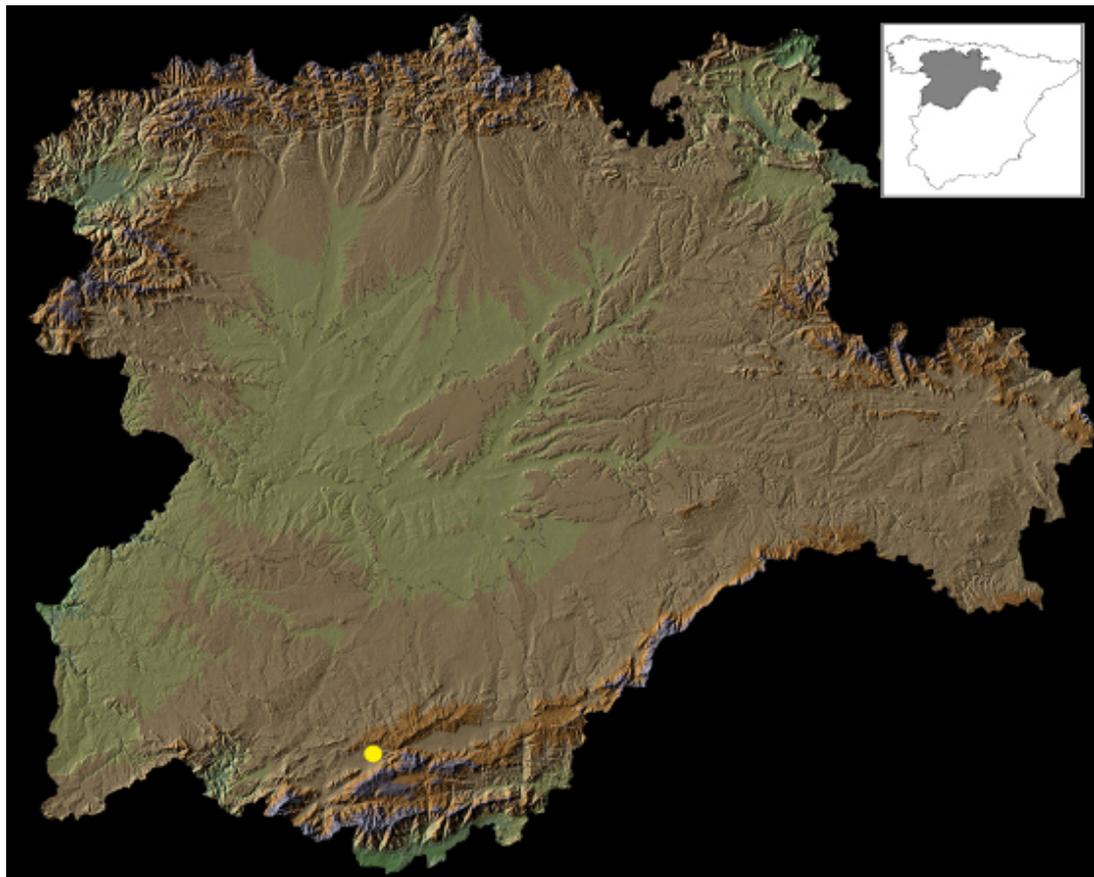


Figura 1. Bonilla de la Sierra en la Meseta norte

Es, por tanto, imprescindible en este sentido comenzar la historia de un lugar haciendo una reseña de sus condiciones por ser el sitio que se va a someter al análisis histórico, estableciendo con ello la conexión entre lo que el lugar ofrecía y lo que pudo restringir la decisión de los diversos grupos humanos de elegirlo en cada etapa, con los presupuestos y necesidades que cada tiempo demandaba y que pudieron ser distintos según la coyuntura y la civilización de cada momento de la historia.

En la decisión de establecerse o utilizar un lugar tiene que haber siempre razones de peso para ello. Parece una obviedad, pero es preciso reconocer y partir de este hecho de base. Las razones pueden haber variado según las épocas o las circunstancias, supeditadas por sus estrategias. Pueden ser de diversos tipos: económicas, políticas y / o simbólicas. Las dos primeras a menudo se complementan, se interrelacionan y se motivan una a la otra y adquieren una importancia capital a medida que las sociedades del pasado han evolucionado en el tiempo. Las razones simbólicas pueden tener relación con las anteriores o estar al margen y ser solo simbólicas. De entre ellas las más importantes son las económicas y, dentro de ellas, las que tienen que ver con la subsistencia, ya que, de no ser adecuadas las circunstancias para vi-

vir, una población humana es incapaz de utilizar y adaptarse a un territorio y menos aún de apropiarse de él y defenderlo respecto a otras comunidades que lo desearan.

Las circunstancias económicas de un territorio, por lo menos en la antigüedad, han tenido que ver con sus recursos agroganaderos, con el comercio de lo propio y de lo ajeno necesario e incluso con los recursos minerales, si es que existían y eran conocidos y explotables por sus habitantes. Todos ellos han podido limitar la vida económica de un sitio. Íntimamente relacionadas con ellos, pueden haber resultado de gran relevancia las circunstancias políticas, de las que el historiador tiene que hacer una búsqueda de pistas con las que interpretar los sucesos. De forma complementaria se pueden haber dado también las razones simbólicas para la frecuentación de un lugar, razones que pudieron motivar el asentamiento en el caso de que las circunstancias económicas garantizaran, además, la vida en un territorio.

Este conjunto de factores condicionantes va a ser expuesto a continuación como «la oferta» que la zona de Bonilla de la Sierra ofreció a las poblaciones de la antigüedad, dando su explotación y su uso base y lugar a la historia que aquí se narrará. No nos detendremos demasiado en estos aspectos, tan solo daremos unas pautas lo más sencillas y comprensibles a fin de asociarlas en forma de síntesis a los hechos.



Figura 2. Bonilla de la Sierra y su territorio inmediato

El paisaje de Bonilla de la Sierra está compuesto en esencia por tres tipos de relieve: la sierra, el piedemonte de ella y el fondo del valle. El monte, la sierra, está compuesto por granitos formados en el interior de la tierra hace entre 359 y 299 millones de años. Se formaron como consecuencia de la intensa actividad que hay muy profundamente en donde hacemos la vida, emergiendo a la superficie como consecuencia de los movimientos alpinos en el interior, que se produjeron en la llamada era cenozoica (antes era terciaria), hace entre 66 y 33 millones de años. Es natural pensar que, en tantos millones de años, de haber seres humanos entonces, que no los había, nadie se hubiera percatado de la emergencia del granito, porque el proceso es tan lento que la duración de la vida de una persona actual comparada con dicho proceso es insignificante.



Figura 3: Bonilla y sus alrededores

La roca del piedemonte procede fundamentalmente de la desintegración paulatina de la anterior, que se deteriora por efecto de la erosión. Las zonas llanas las componen arenas, limos y cantos del Pleistoceno y Holoceno, arrastrados en muchos casos por las aguas a lo largo de larguísimos periodos de tiempo y depositados en relieves más llanos. En estas tierras aparecen en abundancia cantos de cuarzo y cuarcita que fueron materia prima potencial para las herramientas de sus más antiguos pobladores.

Si el clima, que enseguida veremos, condiciona la economía agraria, la calidad de los suelos es también un factor fundamental, ya que en las economías agrarias las sociedades que utilizan un territorio dependen de su calidad y variedad para construir su economía. Dos tipos de suelos se dan en Bonilla. Por un lado, los arcillosos, con presencia de óxido de hierro, pobres en humus. Ocupan las laderas y las zonas de sierra y su estribación, lo cual no los hace muy aptos para cultivo. Se aprovecha de ellos la ganadería. Diferentes son los suelos de zona más llana al pie de la ladera en la que finaliza la sierra. Son suelos sedimentarios, ubicados tanto en las orillas de los cursos de agua como en las praderas que se forman en los lechos de los arroyos, consecuencia de tiempos en los que dichos cursos de agua eran más exuberantes que hoy. De los dos, en unos es posible la práctica de la agricultura y en otros la de la ganadería, puesto que mantienen humedad buena parte del año. Unos y otros en conjunto permiten que se pueda combinar de forma equilibrada la práctica de la ganadería, sea en forma pastoril sobre las estribaciones serranas o mediante la de la cría de vacuno en las praderas de la zona de inundación de los cursos de agua. Y todo ello combinado con la práctica de la agricultura en aquellas tierras que no acumulan agua en su interior durante mucho tiempo y tienen suelos sedimentarios más ricos.



Figura 4. El valle del Corneja surcado por el río que le da nombre y los arroyos tributarios de la zona de Bonilla de la Sierra

Es fundamental hablar del clima, que el tiempo que dura la historia de Bonilla no ha sido el mismo siempre, ni parecido en muchos casos, dependiendo de las etapas. En líneas generales podríamos decir que desde el 12.000 al 10.000 a. C. se produjo un gran cambio climático en el que a partir de entonces nada se pareció a lo anterior. No es el único cambio climático a lo largo de la historia de la Tierra, pero es quizá el que más trascendencia ha tenido en la presencia humana, porque de él deriva sin excusas el tiempo actual. Antes de dicha fecha, hubo un tiempo muy frío, que los historiadores llaman glaciaciones. Después de eso, aunque con cambios,

podríamos decir que se estabilizó el clima que se parece más al actual que a todo lo anterior a aquel momento.

Para no reseñar aquí cada uno de los períodos climáticos variables con mayor o menor humedad o aridez que se han dado en el tiempo en el que transcurre la historia de Bonilla de la Sierra, nos referiremos, mejor, a los factores generales que el clima ha impuesto. Con posterioridad, en cada tiempo histórico, si el clima concreto fue importante, volveremos sobre él. Interesan aquí, simplemente, los factores que lo han condicionado y aún lo condicionan.

Uno de los importantes que se debe de tener en cuenta es la altitud. El valle del Corneja es Meseta norte, una plataforma sobreelevada en el centro de la península ibérica a una altitud que en muchos puntos supera los 1000 m, sin contar con las cimas de las montañas. El casco urbano de Bonilla se encuentra a 1079 m de altitud, algo menos de 100 m más alto que Villar de Corneja, donde el valle bascula un tanto hacia el oeste. El centro del valle oscila entre los 900 y los 1000 m de altitud. Con estas circunstancias en la actualidad, y así lo podremos decir para buena parte del tiempo de la historia de Bonilla de la Sierra, el clima se clasifica como mediterráneo subhúmedo con inviernos largos y fríos, veranos cortos y cálidos (dos meses áridos), frecuentes heladas y relativamente poca lluvia (media anual entre 500 y 600 mm). La temperatura media anual oscila entre 11 y 13°, con temperatura media del mes de enero de 3°-4° y media de julio de 18°-20°. Con esa base general podremos ir adaptando lo que sucedió durante los miles de años que ha sido frecuentada la zona de Bonilla.



Figura 5. Bonilla y sus alrededores, vista desde El Berrueco

Por sí solas, las tierras del valle del Corneja —y Bonilla dentro de ellas— implican la posibilidad de la habitación, pero no con unas características especialmente buenas, como tienen otros parajes de la península ibérica. Puede que las circunstancias de la situación del territorio de Bonilla, un tanto escondido respecto del norte, hayan implicado alguna pequeña variación respecto a las zonas más centrales del valle y más expuestas, lo cual les ha hecho ser más amables climáticamente. En cualquier caso, la variación no será grande.

En cuanto a otras potencialidades que puede tener Bonilla al margen de las agrarias, considerándolas eficientes dentro de la economía que ha tenido que ver en su historia pasada, como los recursos minerales, hay que decir que no se conocen yacimientos que hubieran contribuido y condicionado la economía de sus habitantes. Por tanto, los metales que fueran necesarios a sus habitantes hubieron de ser importados de otros lugares, lo cual implicaba relacionarse con otros puntos, ya fuera de manera directa o a través del comercio. Los lugares con mineral de cobre más cercano están, sobre todo, en el vecino por el este valle Amblés. Hay algunas trazas de mineral de cobre hacia el oeste en las inmediaciones del cerro del Berrueco (Medinilla, El Tejado), pero no se sabe si era conocido por las poblaciones prehistóricas. Mineral de hierro hay también en el valle Amblés, en el reborde sur la sierra de Gredos y en algunos puntos del reborde norte del valle del Corneja, pero aquí, con afloramientos, que se conozcan, de poca importancia. Si las gentes del valle del Corneja precisaban de cobre debía salir del valle a buscarlo.

El yacimiento de estaño conocido más próximo, indispensable para alearlo con el cobre y obtener el bronce desde la Edad del Bronce, estaría en la provincia de Salamanca, en la zona de Ledesma, a unos 100 km al NO. Se ha dicho que el río Tormes fue un río aurífero, es decir, que llevaba oro en la antigüedad en sus arenas.

Otro mineral importante desde el final del Neolítico fue la sal, de la que sabemos que uno de los lugares más próximos donde se extrajo desde la Edad del Cobre fue en las lagunas de Villafáfila, en la provincia de Zamora (Abarquero Moras et alii, 2012). No es extraño que llegara la sal más antigua desde aquellos lugares hasta el valle del Corneja, porque lo hicieron algunos elementos con seguridad de esa zona, ya fuera mediante un comercio directo o viajando de mano en mano a lo largo del tiempo. La sal ya en tiempo protohistórico e histórico tuvo más canales de distribución, porque era mejor conocida su obtención y los canales de distribución bien definidos.

Muy importante en la prehistoria fue el sílex, puesto que, hasta la invención del cobre —incluso cuando ya se usaba, pero era poca su poca consistencia como herramienta—, el sílex fue fundamental en las poblaciones prehistóricas. También

las rocas con las que fabricar las hachas y azuelas pulimentadas para talar árboles y cultivar la tierra. En el valle del Corneja no hay sílex ni en forma de cantera (sílex tabular) ni en forma de pequeños nódulos, llamados riñones de sílex. La corneana, imprescindible para las hachas y azuelas, se da en pequeñas vetas que fue necesario conocer dónde estaban para explotárselas. Lo mismo que la fibrolita, más dura y consistente para las herramientas prehistóricas (como hachas y azuelas) y menos abundante. De la que desconocemos si los sitios donde se la puede encontrar actualmente fueron conocidos a partir del Neolítico por los prehistóricos o la importaron de los lugares vecinos donde sí sabemos que las hay. El sílex que utilizaban las poblaciones prehistóricas que habitaron en Bonilla y los valles adyacentes hacia el oeste llegaba o bien del vecino valle Amblés, donde lo hay en forma de cantera o de nódulos, o bien de la actual Alta Extremadura. El aspecto del sílex que conocemos parece que procediera de Extremadura, que llegaría a través de los pasos de montaña a los que más adelante nos referiremos. La variscita, una piedra semipreciosa de vistoso color verde, que tuvo un gran valor simbólico entre el final del Neolítico y la Edad del Cobre y que no faltaba nunca en ningún sitio habitado, los habitantes del valle del Corneja la tuvieron que importar o ir a buscar a la provincia de Zamora (Palazuelo de las Cuevas), como con seguridad también la sal. En el caso de la variscita, es segura su procedencia de la provincia de Zamora, según los estudios que se han hecho al respecto (Edo i Benaigues y Fernández Turiel, 1997: 135-138).



Figura 6. "Paisaje del valle del Corneja (Fotografía de Carlota Cerezo Carrasco)

Queda claro, por tanto, que los habitantes del que luego sería el territorio de Bonilla de la Sierra debieron importar bien la materia prima en bruto que precisaban o bien objetos elaborados ya, e incluso ambas cosas dependiendo del tiempo, de las circunstancias y de las necesidades. Este hecho nos conduce directamente a abordar el importante asunto de las rutas de comunicación, que no puede dejarse al margen cuando se estudia una población en un territorio, puesto que por ellas sus habitantes se comunicaban con otras poblaciones y recibían la visita de gentes

procedentes de otros lugares, fuera de la forma que fuera, amistosa, comercial o beligerante. Vamos a ver, por tanto, a continuación, las formas de acceso al valle y a la zona de Bonilla de la Sierra en concreto, siguiendo los criterios marcados por el relieve.

Los grupos humanos de la antigüedad buscaron siempre, como es lógico, los caminos más fáciles que sorteaban las montañas y también aquellos que conducían mejor a sus objetivos o que atravesaban por determinados lugares por los que les era inexcusable pasar, por ejemplo, lugares donde había agua, puntos donde, si conducían ganado, pudieran además detenerse con ellos a repostar fuerzas.

Damos por hecho que lo esencial es el acceso al valle del Corneja, puesto que, desde cualquier punto de él, la zona de Bonilla es fácilmente accesible.

Desde el sur se llegaba al valle por dos vías: una, más directa, a través del valle del Jerte, ascendiendo por el rectilíneo cauce del río Jerte, que ha formado un valle muy bien definido. Desde una altitud de 350 m en la zona de Plasencia, en la provincia de Cáceres, donde se llega sin grandes dificultades desde el rico valle de Guadalquivir, se ascendía al cabo a la cota de 1275 m, situada en lo alto del puerto de Tornavacas. En tiempo medieval transcurría por esta ruta el llamado Cordel del Valle, utilizando, sin duda, caminos más antiguos (Rodríguez Pascual, 2001). Se atravesaba así el Sistema Central que, sin las ventajas de un paso apropiado, hubiera sido una barrera difícil de franquear. Desde el puerto de Tornavacas, dirección norte, el relieve ya no es un problema, pero debe tenerse en cuenta que en la antigüedad —y cuanto

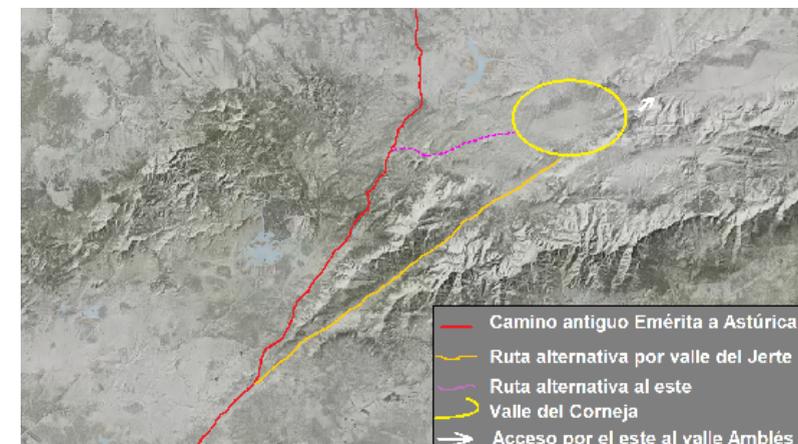


Figura 7. Accesos desde el sur al valle del Corneja

más atrás en ella lo fue más aún— estos accesos tenían que contar con sendas lo suficientemente despejadas para transitar por ellas las personas y los animales que los acompañaban. Todo esto suponía, en sitios tan exuberantes como debió de ser siempre el valle del Jerte, un esfuerzo considerable de tránsito en los 40 km de ascenso rectilíneo. (No estará de más para el lector reflexionar sobre estas dificultades a las que tuvo que enfrentarse con sus medios limitados el hombre de la antigüedad hasta los tiempos modernos, porque reflexionándolo y valorándolo estará más cerca de entender la vida y circunstancia de las gentes del pasado que se aborda.)

más atrás en ella lo fue más aún— estos accesos tenían que contar con sendas lo suficientemente despejadas para transitar por ellas las personas y los animales que los acompañaban. Todo esto suponía, en sitios tan exuberantes como debió de ser siempre

Había otra vía alternativa desde el sur que resultaba menos directa, pero es posible que de más fácil tránsito. Partía desde Plasencia y rebasaba las montañas del Sistema Central por la zona oeste de la sierra de Béjar / Candelario. La ruta desde el sur hasta Plasencia era la misma para esta y para la anterior. Esa ruta era la medieval Cañada Leonesa Occidental, convertida en Cañada de la Vizana desde Tujillo y que, anterior a todo ello, fue la importante vía de Emerita a Asturica, llamado en tiempo ya muy moderno Vía de la Plata por corrupción del árabe al-Balat (camino empedrado). Pero desde Plasencia podía optarse por tomar el valle del Jerte o seguir en dirección ligeramente NE, sorteando el relieve durante tan solo 12 km lineales, es decir, es el camino, más o menos, que existió hasta la construcción de las carreteras de asfalto, y aquí en concreto de la Nacional 630, hoy ocupada por una autovía. La importancia de esta ruta desde muy atrás en el tiempo queda clara cuando se convierte en la cañada medieval, no de nueva construcción, sino a base de potenciar el antiguo camino utilizado desde la prehistoria. Llegados por esta ruta al valle de Sangusín, superado lo abrupto montañoso, a la altura de la salmantina Béjar, en lugar de seguir hacia el norte con el camino principal, para llegar al valle del Corneja habría que tomar la desviación secundaria del camino hacia el este. Ahora ya era sin dificultad, y tras cruzar el río Tormes por el vado de Puente del Congosto, llegaba con comodidad al valle del Corneja, por donde el camino discurría por su centro, como puede entenderse por la sustitución que de él hizo la carretera actual SA-102 / AV-102. Este camino atravesaría longitudinalmente el valle del Corneja dirección al puerto de Villatoro embocando en el valle Amblés y desde allí hacia el este.

El valle del alto Tormes pudo ser una forma de acceso también desde el sur, tras haberse rebasado el Sistema Central por el puerto del Pico, a donde se ascendía por un camino muy antiguo, ya constatado en tiempo romano por algún santuario dedicado al dios de los caminos (Fabián García, 2021:125). Este camino fue la Cañada Leonesa Oriental en tiempo de la Mesta, sin duda institucionalizada como tal sobre una ruta ya existente a la que se le dotó de una magnitud especial con la creación en el siglo XIII de la Mesta. Abandonado el camino antiguo, luego cañada, antes del puerto de Menga, se puede acceder al alto valle del Tormes y seguirle hasta la zona de El Barco de Ávila, desde donde por el valle del Caballeruelo se llega a la zona de Piedrahíta, en el valle del Corneja. Incluso se puede acceder el valle del Corneja a través del alto valle del río Corneja, que nace en zona montañosa, pero no demasiado intrincada, como no sería el caso del Tormes. Es posible que la ruta del alto Tormes no fuera muy frecuentada, dada la dificultad de tránsito que entraña, tanto por el relieve como por la vegetación que en ella había habido por lo menos durante la prehistoria. Por el contrario, la ruta del alto Corneja sería más fácil tomando el propio cauce del río o a través del puerto de Chía, que ha sido un camino muy tran-

sitado al menos desde la Edad Media, conservando todavía trazos intactos, antes de su alteración en 1991. Se trataría siempre de buscar la forma menos costosa de atravesar los obstáculos para la comunicación y ello se iría transmitiendo de generación en generación.

El acceso al valle del Corneja desde el norte era bien fácil y cabe suponer que por eso tuvo varias posibilidades, buscando la mayor accesibilidad en el relieve entre cada lugar habitado. Uno de los accesos era el cauce del río Tormes a contracorriente. Pero también había acceso desde las cercanías de Bonilla por el paso de Collado del Mirón. Además, se podía acceder bien desde el valle Amblés, a donde se llega por otra ruta a través de los pasos que atraviesan la llamada sierra de Ávila, sin apenas dificultad.

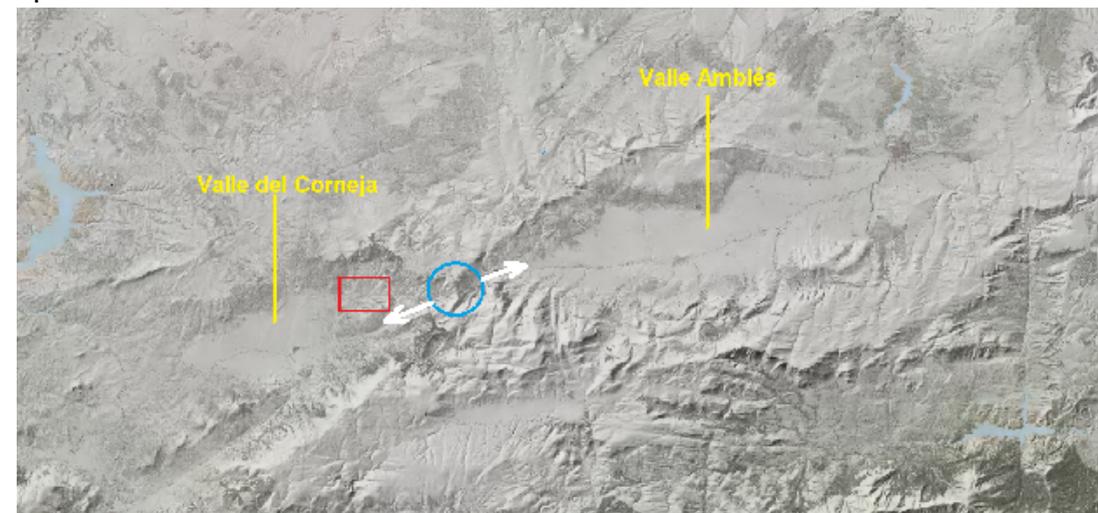


Figura 8. Relación espacial entre el valle del Corneja y su vecino el valle Amblés

El hecho de que a 11 km al NO de Bonilla discurriera la Cañada Real de Merinas Soriana Occidental, que partía de la zona de Badajoz, llegando hasta Soria, hace pensar que antes hubiera una ruta de comunicación tradicional institucionalizada posteriormente por la Mesta, con lo cual Bonilla, utilizando un cordel, como en tantos otros lugares (en este caso desde la zona de Becedillas y Collado del Mirón), se incorporaba a una ruta muy importante de trashumancia, que antes fue un camino de comunicación, aunque no fuera tan importante.

En todo el tiempo que implica la historia de Bonilla de la Sierra estas rutas de comunicación trajeron al valle del Corneja —y por tanto a Bonilla— sílex prehistórico del sur, acompañado de influencias de esas zonas; traerían asimismo el cobre en el III milenio, y el estaño para el bronce desde el II milenio a. C.; llegarían piedras exóticas desde la zona de Zamora; en la II Edad del Hierro los mercaderes del sur (por el valle del Jerte o por el paso que luego sería la vía romana de Emerita a Asturica)

y por el este, vía valle Amblés, traerían el hierro y con ellos herramientas, armas y objetos simbólicos de gran valor en ese tiempo, procedentes del Mediterráneo y del sur de la península, muy rico en ese tiempo y más adelantado como consecuencia del contacto con el Mediterráneo, hervidero de cultura y civilización durante el I milenio a. C. Por esas rutas llegarían, además, los peligros que acecharon a estas tierras, desde las tribus germánicas, más conocidas como los bárbaros del norte, hasta los musulmanes en su barrido de la península de sur a norte en el 711. Esos dos peligros que sepamos como más recientes, pero de igual modo la arribada a las tierras del interior del cartaginés Aníbal en el 220 a. C., buscando aprovisionarse para emprender una importante campaña de ataque a su oponente Roma, buscando la hegemonía en el Mediterráneo. Y por rutas también llegó la plena Edad Media, que a partir del 1272 conoció la creación de la Mesta por Alfonso X y con ello una potenciación de los caminos por los que debía transitar el ganado trashumante de las ovejas merinas, organizando una importantísima red de cañadas, cordeles y veredas hasta su disolución entre 1827 y 1833.

II. 1 EL TIEMPO MÁS ANTIGUO

J. Francisco Fabián García

II.1.1. EL LEJANO PALEOLÍTICO EN EL VALLE DEL CORNEJA Y SUS AFLUENTES

LOS SERES HUMANOS SOMOS HEREDEROS de una larga evolución de la que se van conociendo las piezas sucesivas que constituyen sus etapas. Desde los diminutos seres vivos hace muchos millones de años hasta la actualidad, han tenido lugar muchas mutaciones que hicieron que, mientras unos seres se quedaban en el camino, otros evolucionaban hasta llegar al *homo sapiens* en que parece, solo parece, que se habrá detenido todo. Llevamos demasiados pocos miles de años siendo lo que somos como para que podamos pensar que la evolución se ha detenido porque haya llegado a su fin. No puede llegar a su fin porque eso significaría que había una meta, algo que no es así. No hay metas en la evolución, pero las etapas son tan largas que estaríamos tentados de creer que el hombre de hoy es una prueba de ello. Esto que decimos está en los libros de la evolución, por lo que no procede ahora detenerse en este asunto. Importa dejar claro algo fundamental que nos ayudará, en lo que aquí se quiere mostrar, para saber cómo eran los antiguos habitantes del territorio de Bonilla: con el aumento de la capacidad craneal y la destreza para fabricar artefactos –muy simples en principio– con los que ayudarse en la tarea de organizar la comida, el *Australopithecus* empezó en serio la cadena que llegaría al evolucionado hombre moderno. Esta acción de crear y perfeccionar herramientas es lo que distingue al ser humano, y a los que constituyeron su cadena hasta él, sobre el resto de los animales que hay y ha habido. Nadie más lo ha conseguido como el ser humano. Pero hubo un principio y ese tuvo lugar con los llamados australopitecos, hace de eso nada menos que dos millones de años, un lapso impensable para nosotros, que alcanzamos a vivir como mucho 90-100 años. Sin embargo, es real, tendríamos que retroceder con nuestro máximo de edad de unos 90-100 años 20.000 veces para llegar a aquellos homínidos velludos y primitivos, mucho más cercanos a los simios que a nosotros, para verlos golpear y romper las primeras piedras creando herramientas con las que facilitarse en algo la vida. De ahí a las naves espaciales no tripuladas, que van a Marte y nos mandan fotos, ha pasado mucho tiempo y una enorme cantidad de cosas sin parar de evolucionar. Eso constituye la historia del ser humano.

La cadena evolutiva entre los homínidos y el que somos nosotros no fue lineal ni directa, sino que conoció diversas ramificaciones de las que una, solo una, nos ha dado lugar a nosotros. Las demás se quedaron en el camino. Pero para ello tuvieron que pasar miles de años, algo, como ya se ha dicho, nada fácil de concebir en los seres humanos, que, al cabo, vivimos personalmente una ínfima parte de tanta cantidad de años que hicieron falta para que se gestaran los cambios.

Una de las ramificaciones del *Homo* (*Australopithecus*) *Habilis*, así llamado porque fue el creador de las primeras herramientas, fue el tan conocido *Homo Antecessor*, hallado en el famoso yacimiento burgalés de Atapuerca, que no solo vivió allí, como es lógico, sino también en toda la Meseta castellana hace, al menos, un millón de años. Un millón de años es una cifra que hay que pensar mucho para darse cuenta de lo que representa y de lo que puede representar en los lentos avances de la humanidad en cualquier sentido. En Atapuerca es donde más y mejor se ha estudiado a este individuo en el camino hacia el hombre moderno, pero sus huellas aparecen en otros muchos lugares, de ahí que hagamos mención aquí a ellos cuando abordamos las fases más antiguas de la historia de Bonilla de la Sierra. Atapuerca fue en aquel tiempo una cueva. En la zona objeto de este relato histórico, es decir, en el valle del Corneja, no las hay, puesto que estamos en terreno granítico y en el granito, a lo más, se forman abrigos, huecos en las rocas, espacios cubiertos por la yuxtaposición de dos grandes rocas que ofrecen un refugio, pero nunca cuevas profundas y acogedoras para la vida como las que hay en terrenos calizos. Aquí, en el valle del Corneja y en sus , por fuerza hubo de vivirse al aire libre. Puede que no fuera un problema como lo sería hoy con el clima presente, pero hay que tener en cuenta que, en tantos miles de años, el clima conoció cambios muy sustanciales. Hubo tiempos fríos y más cálidos en los que no era necesario guarecerse; además, aquellos homínidos tenían el cuerpo cubierto de pelo, algo muy importante para conservar el calor y aislarse del frío. Todo ello sucedió de una forma lenta y en nada perceptible para estos homínidos, con lo que se iban adaptando a la nueva situación sin darse mucha cuenta de ello, puesto que los cambios climáticos sustanciales se producen por lo general a lo largo de siglos, e incluso de los miles de años. Lo que hacían, sin más, era irse adaptando a las con-



Figura 1. El valle del Corneja. Escenario de la vida en el Paleolítico Inferior

diciones lentamente cambiantes, moviéndose de un lugar de vida hacia otros donde les parecían más propicios.

Figura 2. Bonilla y el valle del Corneja (Fotografía de Carlota Cerezo Carrasco)



Figura 2. Bonilla y el valle del Corneja (Fotografía de Carlota Cerezo Carrasco)

Aquellos seres que estaban en el camino para evolucionar a hominos estaban preparados para la vida a la intemperie, como el resto de los animales que poblaban estas tierras. El *Homo Antecessor* de Atapuerca y otro que le sucedió en el tiempo con un par de cientos de miles de años de separación, entre la plenitud de uno y del otro, son los protagonistas de lo que se conoce como Paleolítico inferior, una de las tres etapas en las que se divide el Paleolítico, que en este caso es la más antigua. El Paleolítico inferior fue un tiempo que duró muchos miles de años. En él, aquellos homínidos experimentaron un avance que iba a ser crucial en el camino hacia la humanidad desde el primate al hombre moderno: experimentó la creación de herramientas con las que prolongar la utilidad de sus manos. Esto empezó a cambiarlo todo. Primero fue el simple, pero intencionado golpeo entre dos cantos de cuarcita, cuarzo o sílex, que producía en el choque la extracción de una lasca cortante por las características cristalinas del material. El resultado de esta acción era doble: por una parte, se desprendía un fragmento que era útil por sí mismo si presentaba una arista cortante, ya que con ella se podía cortar, por ejemplo, la carne de un animal muerto para consumirla; por otra parte, en el canto rodado donde se había producido el desprendimiento de la lasca aparecía a su vez otra zona cortante como consecuencia de la fragmentación, con la cual también podían trabajar cortando carne, golpeando o transformando materiales más blandos, como la rama de un árbol para hacerle una punta. Con ambas, se daba la posibilidad de llevar a cabo actividades que facilitaban las acciones de su vida, como pueda ser manipulando la carne de los animales que cazaban o carroñaban. Esto, por simple que parezca,

significaba un adelanto, porque no es lo mismo cortar que arrancar. Con el tiempo, a base de extraer lascas de los cantos de cuarcita, observaron que podían dar una forma operativa para determinadas funciones al canto original, de manera que el canto le fuera útil por sí mismo, además de las lascas cortantes que se produjeran en el proceso. Así empezaban a tener varios tipos de herramientas adaptadas a las necesidades con las que ayudar a procurarse la comida, desprendiendo la carne de los animales muertos y, asimismo, rompiendo los huesos para extraerles el jugoso y nutriente tuétano.

Las herramientas resultantes de este proceso las llaman los arqueólogos para clasificarlas *cantos trabajados*, cuando se trata de meros cantos rodados de cuarcita con extracciones de lascas por ambas caras formando un ángulo agudo que constituye un filo. Cuando se trata de algo más complejo, con una forma definida e intencionada, lo llaman *bifaces* (dos caras, que es como se ha producido la talla). Cantos trabajados y bifaces, por ese orden cronológico, pero también coexistiendo, junto con las lascas cortantes desprendidas en el momento de la talla, son las herramientas propias y más típicas del Paleolítico inferior, que tuvo lugar entre algo más de 1.000.000 de años y el 120.000 a. C.

En el valle del Corneja se han hallado estas herramientas ya en cantidad suficientemente significativa, pero dispersa en las cercanías de los cursos de agua, como para saberse con absoluta seguridad que estos homínidos, en el camino de ser hominos, habitaron el valle del río y sus afluentes. El hallazgo de estas piezas lo constata. Pero han pasado tantos miles de años desde entonces y tantos procesos climáticos y geológicos que han modificado de unas formas u otras el terreno, que dichas herramientas no suelen encontrarse en el sitio donde fueron abandonadas, como sí sucede para épocas más recientes. Quiere decirse que, en tantos miles de años, lo que hallamos ahora en un punto determinado, no fue abandonado allí exactamente, por lo que es preciso llevar a cabo estudios geológicos para constatar cómo ha evolucionado el terreno desde entonces hasta ahora y, con ello, saber dónde fueron abandonadas y, por tanto, los puntos que frecuentaban para cazar y carroñar aquellos grupos de individuos que vivían de la caza, la carroña y la recolección de frutos salvajes, sin producir otra cosa que las herramientas que necesitaban. Lo demás lo tomaban de la naturaleza. Hoy el río Corneja es un río humilde, pero en tiempo del Paleolítico inferior fue muy distinto.

Lo que conocemos por ahora sirve, solo, para constatar la presencia de aquellos seres en el camino de lo humano, no más, algo que ya es bastante, porque hasta no hace mucho no se conocía en el Corneja el más mínimo indicio de su presencia.

En lo que más nos interesa aquí, que es en la zona de Bonilla de la Sierra, la presencia de aquellos homínidos está constatada también, es decir, que no se movían solo en el cauce del río Corneja, sino además en los arroyos afluentes. En realidad, se moverían en aquellos lugares donde hubiera algo que obtener, ya fuera caza o bayas silvestres con las que alimentarse e incluso materias primas para la fabricación de utensilios, puesto que hay cuarcita en forma de cantos rodados de una forma abundante. El llamado *río de Bonilla* es un afluente por la margen derecha, aguas abajo, del Corneja. Este *río*, que no es más que un arroyo en la actualidad, se va conformando con varios afluentes tributarios, como el arroyo del Maíllo, el arroyo Merdero, el del Convento, el de Valdenegro y el del Palancar, de manera principal. Juntos constituyen finalmente el *río de Bonilla*, que toma más entidad cuando abandona el término de Bonilla y se adentra en el de Mesegar, donde desemboca en el Corneja. En las inmediaciones de este río de Bonilla y sus afluentes han aparecido cantos trabajados y posibles bifaces que hablan de la frecuentación en la zona de homínidos del Paleolítico inferior. Homínidos contemporáneos, por ejemplo, de los tan famosos de Atapuerca. No son muchas las piezas conocidas, entre otras cosas porque no se han hecho batidas sistemáticas para detectarlas, pero su presencia es segura y si se investiga aparecerán, dando cuenta de más detalles de la vida de aquellos seres tan lejanos aún de nosotros. En toda esa zona hay abundancia de cantos de cuarcita, con lo cual tenían materia prima para fabricar las herramientas que precisaban, un factor importante para frecuentar el sitio, teniendo en cuenta que no disponían de otra cosa que de sus manos para llevar de un lugar a otro con ellos las herramientas que usaban.



Figura 3. Zona donde se han hallado restos del Paleolítico Inferior en el término de Bonilla

Por el momento tenemos la mera constatación de la presencia en la zona entre 1.000.000 y 120.000 años a. C. de herramientas que consisten, nada más, en

un canto rodado de río al que se le ha golpeado y extraído lascas en dos direcciones sobre un mismo punto, ocasionando con lo desprendido un filo cortante. Para lo que les era necesario, con eso era suficiente. Con tan pocos datos por ahora, lo que no sabemos es en qué consistió esa presencia en nuestra zona, si fue una especie sola la que anduvo por allí o fueron varias las que habitaron. Tampoco sabemos si fue prolongada, si era recurrente y en qué momento o momentos concretos de una franja cronológica tan larga tuvo lugar. En nada menos que unos 880.000 años debieron pasar muchas cosas de las que tenemos una limitada muestra para afinar más. Sin duda, en el futuro se van a conocer más datos con investigaciones más profundas.



Figura 4. Canto de cuarcita con talla cortante en un extremo

La presencia de grupos de homínidos en la zona aludida estaba en relación, como es conocido en otros yacimientos mejor estudiados, con la frecuentación de animales cazables que se movían buscando el agua, lo cual les hacía presa de sus depredadores, entre otros los que tallaban las herramientas, que a su vez podían ser presas también de otros depredadores, porque se trataba de subsistir sin ser comidos, cosa que no era nada fácil. A este respecto hay que decir que los animales que frecuentaban esta zona eran, por ejemplo, grandes paquidermos como el elefante, el hipopótamo, el rinoceronte, algunos carnívoros como el jaguar, el tigre de dientes de sable, el caballo, etc. De este tipo de animales hay constancia en el centro de la Meseta norte, por lo que es deducible que en lugares como el valle del Corneja los hubiera de igual modo. Con ellos competían los primeros habitantes del término de Bonilla.



Figura 5. El río Corneja en las inmediaciones de Bonilla de la Sierra

Mucho más no podemos añadir por ahora que el dato de su presencia, que no es poco para cifrar la antigüedad en la zona de la presencia de los primeros cazadores con herramientas para ello.

Si esto sucedió en algunos momentos entre 1.000.000 de años y el 120.000 a. C., no sabemos lo que pudo suceder durante los dos periodos que siguieron: el llamado Paleolítico medio (120.000 al 45.000 a. C.) y el Paleolítico superior (45.000-12.000 a. C.), aquel personificado por el llamado *hombre de Neandertal*, todavía no humano en propiedad, pero muy cerca de ello ya, y en el Paleolítico superior, ya con seres del género homo, es decir, directamente de nuestra especie, el conocido como *hombre de Cromañón*.

Del llamado Paleolítico medio —y por tanto del hombre de Neandertal que lo habitó— se conocen en el valle del Corneja algunos indicios en forma de herramientas, pero solo como tales indicios. Por ahora en la zona de Bonilla de la Sierra no hay constancia de restos, aunque no será extraño que puedan aparecer si se buscan a través de una investigación sistemática. Menos aún sabemos del Paleolítico superior. Fueron tiempos, ambos, en los que tuvieron mucho que ver las glaciaciones, épocas de frío intenso en las que habitar en el valle del Corneja no debió de ser cosa fácil. Pero cuando se habla de frío en este tiempo es necesario decir que a la par que tenían lugar largas épocas de mucho frío, que podían ser de varios miles de años, había también etapas intermedias de larga duración (*interestadios glaciares*) en las que el clima era más propicio para habitar en nuestra zona. No muy lejos del valle del Corneja, cerca del río Tormes, en el municipio salmantino de El Tejado y dentro del complejo arqueológico conocido como cerro del Berrueco, existe un asentamiento conocido como la Dehesa, en el que concurría un grupo de cazadores en torno al 12.000 a. C. para cazar los animales que frecuentaban un curso de agua menor que desembocaba cercanamente en el río Tormes (Fabián García, 1986). Fue una especie de campamento que se ocupaba en función de los movimientos de los animales y estaría ocupado en momentos en los que el frío no era tan glacial. La existencia de este lugar quiere decir que en ese tiempo había poblaciones del hombre de Cromañón en la zona. Al ser yacimientos al aire libre, es decir, sin recurrir a las cuevas que en ese tiempo se utilizaron en las zonas calizas de la costa cantábrica y levantina, sobre todo, y que en esta tierra no había, resultan difíciles de detectar por los arqueólogos más casos similares, por lo que es muy probable que haya muchos más de estos lugares todavía desconocidos. Fueron, además, campamentos muy pequeños, lo cual, unido al tiempo transcurrido, hace que aún sean más difíciles de descubrir. El hábitat de la Dehesa sirve para pensar que el valle del Corneja fue habitado también, al menos, durante alguno de los periodos del Paleolítico superior en los que el clima fuera más benigno. Pero hay que reiterar que es poco lo investigado hasta el momento y lo difícil que resulta dar con estaciones de este tiempo.

II. 1. 2. UN GRAN CAMBIO CLIMÁTICO Y AMBIENTAL Y EL ORIGEN DEL MUNDO MODERNO. EL NEOLÍTICO Y LAS EDADES DE LOS METALES

Vista la historia más antigua como aparece en los libros, cuando se habla de grandes cambios parece que estos hubieran tenido lugar de un año para otro. Pero no fue así. Salvo los cambios ocasionados por hechos determinados y concretos (impactos de meteoritos, guerras, invasiones...), que parten de poco más que de un día en concreto, los cambios más grandes de la humanidad que se han dado en el pasado han tenido lugar sin que los seres a los que le tocó vivirlos hayan tenido percepción real de ellos. Todo fue tan lento, largo y paulatino, afectó a tantas generaciones —cada una con una vida relativamente corta— que esos cambios solo se han podido advertir a través del estudio de la historia, mucho tiempo después.

En la historia de la Tierra se han dado condiciones y situaciones para muchos de estos cambios, hoy detectables a través de las ciencias que, como la historia, se dedican a reconstruir el pasado y, dentro de él, todo tipo de pasados concretos, ninguno tan trascendental para la historia de la humanidad como el que vino dado por un cambio climático que sirvió para que el ser humano, al igual que algunos de sus antecesores homínidos en la cadena evolutiva, que llevaban más de un millón de años estancados en un modo de vida cazador recolector, se viera envuelto de forma paulatina en una transformación inconsciente, pero con consecuencias, que le llevó poco a poco hasta en complejo mundo que conocemos hoy, con sus bondades y perversiones.

Todo empezó a partir del 12.000 a. C., tiempo en el que las glaciaciones, el frío intenso que llenó de hielo el hemisferio norte, dio paso a un clima más suave, con sus consecuencias correspondientes: cambio de flora, de fauna y por tanto provocando unas condiciones nuevas para la vida, que la inteligencia del ser humano fue aprovechando a su favor para evolucionar sin solución de continuidad. El cambio paulatino duró unos cuantos miles de años, con lo cual nadie fue consciente en realidad de ello, solo lo sabemos ahora, a base de estudiar las huellas que esos tiempos dejaron, mediante la reconstrucción histórica de los hechos y las circunstancias. Las transformaciones fueron lentas, continuas, progresivas y no se dieron en bloque, sino que fueron apareciendo a través de siglos, interactuando entre ellas y provocando otras, además.

La transición gradual del Paleolítico superior al Neolítico motivada por el cambio en el clima se conoce, para entenderlo mejor, como Mesolítico. Se trata de un tiempo que en la península ibérica pudo durar entre cinco y seis mil años, tiempo

en el que no conocemos ningún dato que nos verifique la presencia humana en el valle del Corneja, lo cual no implica que no se produjera, puesto que lo que sabemos hoy no es definitivo y menos aún para tiempo tan remoto y cuyas huellas no son fáciles de encontrar. Hubo, pues, un tiempo de transición muy largo que desembocó en la plenitud de un tiempo nuevo, del que sí sabemos bastante.

El Neolítico implicaba un gran cambio histórico que llevaba en sí las esencias y el germen de que componen lo bueno y lo malo del mundo contemporáneo.

Los seres humanos, que habían sobrevivido sobre todo en cuevas los rigores de las glaciaciones, sin producir nada, solo a expensas de la caza y la recolección de frutos silvestres, se encontraron a partir de la bonanza paulatina del clima con un panorama general distinto, cambiando así sus modos de vida poco a poco. La domesticación de determinados animales y la invención de la agricultura permitieron dejar de estar a expensas de los hábitos y movimientos para cazar los animales salvajes. Esto llevó a la sedentarización y a la creación de asentamientos estables. El nuevo modo de vida supuso, por otra parte, una transformación en el paisaje, que desde ese momento modificó en función de las necesidades de la actividad humana. Había que talar el bosque indiscriminado para organizar las tierras de cultivo y los prados para el ganado allí donde se organizaba el asentamiento. Algo muy importante ligado a este proceso de cambio fue la invención de la cerámica, que, si reparamos en su importancia, es capital en muchos sentidos para el ser humano y está funcionalmente acorde con la producción de alimentos. El ser humano alcanzó con estas conquistas una conciencia nunca antes alcanzada en su capacidad de dominio de la naturaleza, lo cual le ampliaba los horizontes para seguir evolucionando (Guilaine, 2018).

Al conjunto de cambios y su trascendencia para el ser humano se le ha llamado *Revolución neolítica* por cuanto de drástico fue el cambio. Pero todo esto llegó de manera muy pausada. Aunque se dio en distintos puntos de la Tierra de forma, al parecer, independiente, lo que tiene que ver con nosotros empezó en el Próximo Oriente hacia el 10.000-9000 a. C., avanzando hacia el oeste de manera lenta por varias vías. La domesticación de determinados animales parece ser que fue lo primero y la agricultura después. El noveno milenio a. C. fue crucial en el Próximo Oriente para la agricultura y la ganadería. Hacia el 7000 a. C. la cerámica ya se utilizaba en Turquía, el Éufrates y Anatolia. A la península ibérica el Neolítico llegó primero a las costas levantinas hacia el 6000 a. C., penetrando hacia el interior en torno a mil años después. De esa manera, paulatinamente, Europa fue conociendo un proceso de neolitización en dirección este a oeste por el que la sustitución de la vieja actividad exclusiva que era la caza, en favor de la producción, llevó a un tipo de sociedad por completo distinta, en la que las relaciones sociales, enseguida

basadas en la posesión de bienes, irán constituyendo un eje en que se movieron las sociedades productoras.

En nuestra península ibérica, entre el 5800 y el 5500 a. C. se dan los primeros establecimientos neolíticos en la costa catalana. Se piensa que entre el 5500 y el 4900 a. C. se produciría la introducción del Neolítico hacia las tierras del interior peninsular, aunque nuevas investigaciones plantean bastantes posibilidades de que fuera antes de esa fecha, es decir, que, inmediato de la llegada a la costa catalana, se prolongaría el avance hacia el interior. En tanto surgen nuevas pruebas que lo atestigüen, para lo que aquí interesa podemos decir que hacia el 5500 a. C. ya había productores con economía neolítica en el centro de la península ibérica. Lo más cerca del valle del Corneja que conocemos es en el vecino valle Amblés, donde las excavaciones en un lugar que se llama la Atalaya, en Muñozpepe (Ávila) sitúa una ocupación similar a la que vamos a abordar de la Mueda, de Bonilla de la Sierra, en la segunda mitad del VI milenio a. C., en concreto entre el 5300 y el 5000 a. C. (Guerra Doce et alii, 2017). Pero como por ahora no tenemos todos los datos para afinar mucho en fechas precisas utilizando el método de datación del carbono 14, lo que haremos a continuación es generalizar sobre lo que tuvo lugar entre, aproximadamente, el 5500 y el 3000 a. C., tiempo en el que puede decirse que el valle del Corneja, y dentro de él el término municipal de Bonilla de la Sierra, fue ocupado por las gentes que ya practicaban las bases del Neolítico.

En el periodo tan largo de tiempo que abordamos de 2500 años (5500 y el 3000 a. C.), la nueva forma de vivir neolítica basada en la producción sustituyó a todo lo que había sido la forma de vivir paleolítica basada en la caza y la recolección. Si había en el territorio que estudiamos cazadores que se reconvirtieron en productores neolíticos mediante el contacto con recién llegados portadores de nuevas ideas, o si estando los cazadores en el lugar recibieron los sucesivos inventos nuevos transmitidos por vecinos, es algo que no sabemos. No habiendo huellas conocidas de gentes cazadoras en la zona inmediatamente anterior al 5500 a. C., no podemos suponer otra cosa que no sea que fueron gentes venidas de otra parte las que arribaron al futuro territorio de Bonilla de la Sierra, buscando lugares propicios para practicar su nueva economía basada en la práctica de la ganadería y de la agricultura y, por descontado, sin dejar de practicar la caza como complemento, algo que no se abandonó en ningún momento a lo largo de la prehistoria, como atestigua la presencia de huesos de animales salvajes entre los restos de fauna que aparecen desechados.

A partir de las huellas que conocemos, no podemos presuponer que fuera una población importante la que penetró en las tierras del interior y que acabó llegando a Bonilla. La concomitancia en los restos que dejaron asocia a estas gentes

con el sur de la península ibérica, pero también hay elementos de la zona levantina, con lo cual puede ser que desde una zona y otra se produjeran movimientos hacia el interior. La razón por la que se movieron de sus lugares de origen hasta llegar aquí es un enigma todavía, pero puede entenderse que las poblaciones se movían en función de la necesidad de encontrar mejores posibilidades para asentarse. La cantidad de lugares habitados entonces, hoy preciados yacimientos arqueológicos, no es muy abundante, lo cual induce a pensar que la penetración de las gentes portadoras del Neolítico no fue masiva, sino lenta y paulatina. De esa ocupación neolítica se pueden distinguir dos momentos: uno en el que se ocupan abrigos rocosos a modo de cuevas, como el que hablaremos de la Mueda, en Bonilla de la Sierra, y otra, donde las ocupaciones están más ligadas al aire libre. Las primeras tienen lugar en la segunda mitad del V milenio y primera mitad del IV a. C. La otra hasta poco más allá del 3000 a. C.

La primera fase es la que puede decirse como la de los primeros portadores del Neolítico, los que arribaron con nuevas ideas para organizar la vida y fueron recibidos por los cazadores que había aquí, encontrándose con tierras inhóspitas en las que organizarse la vida. Pero ya hemos dicho que también pudo darse que los que vivían recibieran la influencia de vecinos que a su vez habían recibido las influencias de otros vecinos, hasta ser conocedores unos y otros, poco a poco, de las ventajas del Neolítico. En la actualidad, están identificados lugares de habitación neolíticos de esa primera fase cercanos al valle del Corneja en la zona salmantina de Béjar (Vallejera, Valdesangil, Béjar) (Fabián García, 2012) y en el valle Amblés (Muñotello, Robledillo, Muñozpepe, Ávila...) (Fabián García, 2006; Guerra Doce et alii, 2017). Entre estos y la Mueda, en Bonilla de la Sierra, componen un núcleo homogéneo de la ocupación habida en el Neolítico más antiguo del suroeste de la Meseta norte, del que sabemos algunos patrones esenciales de su forma de vivir, como, por ejemplo, sus hábitats, comunes en las condiciones para todos ellos, a lo que hay sumar las formas y decoraciones de sus cerámicas, así como algunos de los instrumentos de piedra más característicos, los animales que consumían y las características de los espacios ambientales que eligieron para vivir. De los yacimientos neolíticos que hemos citado no podemos decir si fueron la mayoría estaciones distintas y contemporáneas o, dado que estamos hablando de unos 500 años de tiempo en que las situamos, fueran la misma comunidad esencial moviéndose por la zona e incluso segregándose en alguna más a lo largo de ese tiempo con muchas generaciones involucradas en ello. De una u otra manera, hay que pensar que no fueron muchos. Aquella penetración de los primeros fue costosa. El terreno no era favorable para los nuevos hábitos económicos que implicaba el Neolítico. La economía neolítica exigía desbrozar terreno para los cultivos y para la ganadería, algo que no necesitaron los cazadores que habían vivido en el mismo territorio. Para ello y para la agricultura se inventaron las hachas y azuelas pulimentadas, para desbrozar el terreno y cavar.

Por el este, a través de datos muy importantes del vecino valle Amblés, sabemos algo muy valioso que es aplicable también al valle del Corneja y por ende a la zona de Bonilla de la Sierra. Entre el 5056 y el 4544 a. C. el fondo del valle Amblés, por donde discurre el río Adaja, era planicie cubierta por completo de vegetación (Dorado Valiño, 1993). Los lugares que se cubren de forma natural de vegetación se presentan como sitios poco practicables en todos los sentidos, debido precisamente a la falta de ordenación en la flora. Unos mil quinientos años después, estaba como le vemos hoy: con el fondo del valle despejado y con las laderas pobladas de vegetación, porque en las laderas no se podían obtener tierras de cultivo, ni prados para el ganado y, por tanto, no importaba que estuviera así (Fabián García, 2006: 448-449). Sin embargo, las zonas de más incidencia agraria fueron deforestadas en un proceso gradual. La economía neolítica lo deforestó de manera progresiva en un plazo de en torno a 1500 años. Sabemos esto por los estudios de polen fósil¹ que se han llevado a cabo en ese valle y que determinan con mucha exactitud el paisaje antiguo. Es lógico que aquella gente tuviera que obtener tierras para el cultivo y prados para el ganado con el fin ponerlo a disposición de su economía agraria, para lo que pocas acciones eran más eficientes que el incendio, que en ese tiempo quemaría mucho más de lo necesario. La presión del ser humano había provocado la desaparición de la masa arbórea natural del fondo de ese valle.



Figura 6. Cerro de la Mueda desde el sur

Algo muy similar debió de suceder en el vecino Corneja, en cuya zona del fondo del valle la vegetación sería también profusa como consecuencia de las características del clima atlántico, cálido y húmedo, que hubo en ese momento. Si no se despejaba de vegetación no era posible desarrollar el nuevo modo de vida. Esa deforestación debieron de empezarla los habitantes del lugar de la Mueda, en la zona sur del término de Bonilla de la Sierra, en un promontorio bien visible compuesto por grandes bloques graníticos redondeados, dando vista en la inmediatez al

río Corneja, a poco de haberse liberado del terreno de montaña a la altura del casco urbano de Villafranca de la Sierra. Un grupo de gentes neolíticas eligieron este sitio por tres razones: primero, porque estaban cerca del curso de agua que era el río Corneja, puesto que el agua era vital; segundo, porque los prados de la vega de inundación del río en esa zona permiten pastos de calidad todo el año para la ganadería; y tercero, porque en el promontorio de la Mueda, entre lo abigarrado de los bloques graníticos, se forman covachos y abrigos que, bien acondicionados, son habitables. No quiere decirse que vivieran por necesidad en estos abrigos o solo en ellos, pero algo relacionado con ellos había entre estas primeras gentes neolíticas, porque el conjunto de los yacimientos neolíticos que conocemos de este momento en el sur de la Meseta norte está ligado a lugares similares. Tal vez el hábitat lo constituían los covachos y otras construcciones artificiales habitables en sus inmediaciones. En el promontorio de la Mueda hay varios de estos lugares que pudieron ser habitados. En ellos aparecen los fragmentos de cerámica que atestiguan su ocupación en tiempo neolítico y en el posterior del Calcolítico o Edad del Cobre. Lo que no sabemos es si fue una ocupación continuada o distinta, más bien habrá que pensar que no fue continuada. Las características del sitio debieron de ser tentadoras en varias épocas.



Figura 7. La Mueda. Detalle del roquedo granítico que lo compone

Las investigaciones no han hecho más que empezar en el camino de profundizar en la vida de estos primeros colonizadores neolíticos de las tierras del interior, entre ellos los de la Mueda. Habrá que confirmar todavía muchos detalles sobre su forma de vivir en el tiempo nuevo que se abrió hace 7000 años. A lo que parece, por

los lugares en los que se asentaban y por los estudios que se han hecho, podrían ser gentes dedicadas sobre todo e incluso de manera íntegra a la ganadería, más que a la agricultura, sumándole la caza como complemento de la dieta, de la que estas poblaciones no se habían olvidado.

Los terrenos en las inmediaciones de los lugares de habitación propician más un modo de vida en esencia ganadero que la combinación con la agricultura, como sucedería 1500 años después, en la Edad del Cobre. La agricultura exige más esfuerzo, es necesaria la combinación de tierra propicia para el cultivo y del lugar con las características físicas para el asentamiento (los covachos habitables). No era operativo tener los cultivos en un lugar poco a la vista, no cercano al lugar donde vivían, porque ello implicaba correr el riesgo de perderlos. Algunos de estos hábitats neolíticos están en sitios tan apartados de las tierras de labor posibles que no puede pensarse que se practicara la agricultura cerca de ellos. Solo se podrían practicar el pastoreo y la caza.



Figura 8. La Mueda. Covacho habitado en el Neolítico

Por otro lado, el estudio de los pólenes fósiles en yacimientos similares próximos a la Mueda no ofrecen datos de polen de cereal, que tendrían que darse si hubiera habido campos de cultivo cercanos, por lo que este dato se viene a sumar a la posición del hábitat en zonas de vocación en exclusiva ganadera, fundamentalmente pastoril. Los animales que aparecen representados a través de los desechos conservados, hablan, más que nada, de una ganadería constituida por rebaños de

cabras y ovejas, con presencia de vacas, sin estar seguros de que fueran domesticadas o todavía salvajes y, por tanto, objeto de la caza, como eran con seguridad el caballo, el ciervo, el conejo, la liebre y el jabalí, cuyos huesos han aparecido conservados en una excavación de un lugar similar en el inmediato valle Amblés, que para tantas cosas es una referencia, por vecindad con el del Corneja. A ello se uniría en la dieta la recolección de frutos silvestres, como, por ejemplo, las bellotas, bien representadas en la zona por la encina, que aunque no era tan profusa como la tenemos hoy, ya estaba presente. La bellota del roble, también presente debido a las características del clima cálido y húmedo que se dio en ese momento, podría consumirse de igual modo, si bien es necesario eliminarle el intenso amargor de los taninos, algo que se hacía mediante el tostado. El poder alimenticio de las bellotas sin duda hubo de ser valorado, como lo ha sido a lo largo de la historia antigua e incluso de la reciente en tiempos de escasez. No debe olvidarse que en la remota antigüedad todo lo que era medianamente consumible se aprovechaba, nada era desechado. Las bellotas, molidas y mezcladas con agua o con leche, daban como resultado una especie de gachas que aportaban alimento.



Figura 9. Encina situada en un prado en el Oeste de Bonilla de la Sierra

Algunos distintivos con los que mejor se identifica a aquellas gentes son los de algunos elementos de su utillaje de herramientas y armas, y las formas de decorar la cerámica. Hay que recordar que ellos fueron los primeros que utilizaron los recipientes cerámicos, fabricados a mano, es decir, sin el uso del torno, que llegó aquí más de tres mil años después. El valor en la operatividad de la vida de aquellas sociedades debió de ser muy grande, porque permitía guardar y preservar alimen-

tos, así como someterlos al fuego sin riesgos. El invento de la cerámica, bien pensado, fue un importante avance que no debe olvidarse como uno de los significativos progresos de la humanidad. Aun tratándose de puntos muy alejados entre sí dentro de la geografía ibérica, las decoraciones de las cerámicas los asociaban a unos y a otros, lo que está hablando claramente de sus movimientos y relaciones, de forma que todos participaban de una análoga mentalidad para llevar a cabo determinadas acciones. Esos movimientos tendrían que ver con las vicisitudes que planteaba un mundo económico precario y sometido a muchas contingencias. Además de hablar de los movimientos, la decoración similar de la cerámica está hablando de algo más, de la simbología que la decoración tenía, puesto que era semejante entre puntos muy alejados. Algo había —que no era la mera decoración— que unía a unos y a otros usuarios, tal vez simbologías como una forma de lenguaje que todos sabían interpretar, algo parecido a lo que había sucedido y sucedía también en el Neolítico con las pinturas y los grabados rupestres.

De los recipientes que utilizaban, solo decoraban unos cuantos, lo cual implicaba una distinción, tal vez una función determinada, algo que no ha dejado de hacerse en los tiempos actuales con nuestros recipientes, sean del material que sean.

Las decoraciones se basaban, sobre todo, en el empleo de tres técnicas grabadas o aplicadas sobre el barro fresco antes de la cocción. Las tres están presentes en la Mueda, lo que ha servido para caracterizar a sus cerámicas —sin lugar a duda— en el Neolítico inicial del interior de la Meseta norte. La decoración consistía, por una parte, en líneas gruesas hechas a punzón. Otras veces, esas líneas se hacían no con un trazo continuo, sino como un encadenamiento de aplicaciones de la punta del punzón de forma que creaban una línea de punzadas. Esta técnica se conoce en el mundo de la arqueología como técnica de Boquique, porque se identificó por primera vez en una cueva de la ciudad cacereña de Plasencia, que es la cueva de Boquique. El tercer tipo —hallado también en la Mueda— consiste en aplicar en la superficie del recipiente cordones de barro que lucen en resalte, formando diversos motivos. Estos mismos motivos los encontramos no solo en la Meseta, sino

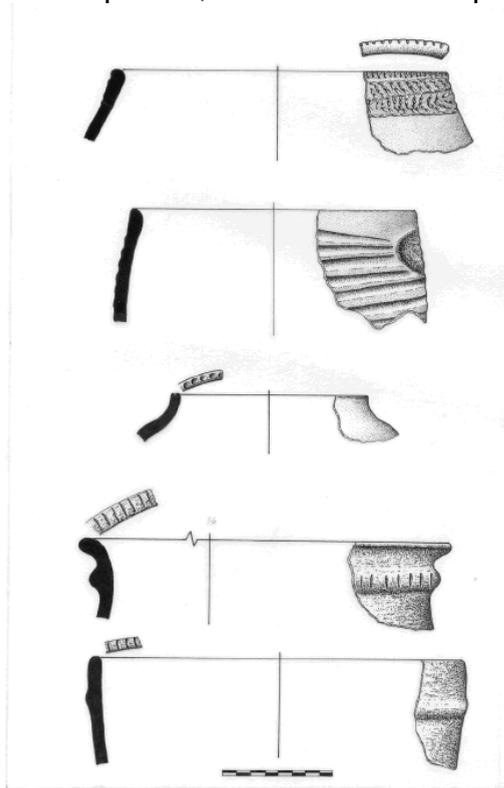


Figura 10. La Mueda. Cerámicas decoradas neolíticas

en la práctica por toda la geografía peninsular, lo cual —insistimos— está hablando de las relaciones y movimientos que las gentes neolíticas tenían en un tiempo en el que no existían los animales de carga y los desplazamientos, eran, por tanto, a pie y transportando en ellos lo absolutamente necesario para organizar la vida en otro lugar.

En la Mueda, al ser un lugar donde hemos detectado la presencia de dos momentos distintos en el tiempo, aunque consecutivos, la mayor parte de las cerámicas aparecen en superficie mezcladas las de un tiempo y las de otro, sin que las podamos diferenciar de otra forma que cuando aparecen decoradas.

Sus herramientas fueron solo de piedra, del metal todavía no se tenía noticia en la península ibérica en tiempo neolítico. Piedra pulimentada o tallada, madera y hueso, eran los materiales usados. Con ellos fabricaban las herramientas para la vida diaria y también las armas que precisaban, al menos para la caza, sin descartar que sirvieran asimismo cuando se produjeran conflictos, de los que la arqueología sabe ya mucho. Pero herramientas y armas se tallaban en determinados tipos de piedra, las que eran favorables tanto para la talla como para la eficiencia que se buscaba. No valía cualquiera y eso debió de implicar que era forzoso ir a buscar el tipo de rocas más propicias allí donde se las podía encontrar. Eso o intercambiarlas con otras gentes en el mismo territorio o en territorios cercanos que las tuvieran y estuvieran dispuestas a cambiarlas por algo o a regalarlas a través de actos amistosos, muy propios de los pueblos prehistóricos. En este sentido los habitantes de la Mueda no disponían de sílex, necesario para las herramientas y armas de pequeño tamaño, ni, que sepamos, de la corneana, fibrolita o silimanita, las rocas más utilizadas para fabricar las indispensables hachas pulimentadas. Tuvieron que irlo a buscar a otra parte.

El sílex que se utilizó en la Mueda podría proceder del vecino valle Amblés o de Extremadura, llegado a través del valle del Jerte o del paso de montaña que con el tiempo sería el camino romano conocido como Vía de la Plata, un poco más al oeste. Por el tipo de sílex encontrado en la Mueda y en el valle del Corneja, tanto en el Neolítico como después, es muy posible que su procedencia fuera más extremeña que abulense. Ese hecho de necesitar la materia prima e ir a buscar o recibirla de otros que lo tuvieran ya por las razones que fueran, constituye un aspecto interesante para reflexionar. En ese tiempo no había medios de transporte como los que tenemos hoy, ni caminos iguales, ni mapas para llegar a los lugares. Y, sin embargo, llegaban los materiales a todas partes donde eran precisas. Eso quiere decir varias cosas: que la vida en un tiempo tan antiguo era verdaderamente dinámica, que se conocían bien los territorios, que había rutas que dominaban y que tenían un sistema de relaciones —primitivo, pero bien establecido y eficiente— que permitía solucionar

los problemas. Gracias a eso sobrevivieron ante las dificultades. A su manera y con sus posibilidades, los habitantes de la Mueda participaban de un mundo básico en lo material y también complicado, pero con una organización suficiente como para funcionar. Tanto es así que salieron adelante y sobrevivieron, aunque con muchas vicisitudes, las propias de vivir en un tiempo con muchas carencias, sobre todo si lo comparamos con los tiempos actuales.

Con elpreciado sílex y a veces con el auxilio del cuarzo, el cristal de roca y la cuarcita locales para herramientas menos elaboradas y circunstanciales, los habitantes de la Mueda fabricaban punzones, raspadores y láminas u hojas (fragmentos de sílex alargados y largos con los filos muy cortantes) que servían, estas últimas, para cortar y para fabricar, troceándolas a su vez, lo que los arqueólogos llaman *microlitos geométricos*, que son pequeños elementos en forma de trapecio o de segmento de círculo, conseguidos mediante un cuidadoso retocado de algunos de sus lados para obtener en ellos una punta que, insertada en un palo, servía de arma relacionada con jabalinas y flechas de arco. Todavía no eran las puntas de la flecha de la etapa siguiente, pero hacían una función similar. La necesidad y la inteligencia habían hecho que aquella gente tuviera todo un instrumental para hacer frente a lo que requería la vía diaria. Con estas herramientas y las que conseguían de los huesos desechados, más la madera, que lamentablemente no se ha conservado, el pequeño grupo humano habitante de la Mueda se dedicó a explotar el territorio en torno a su hábitat, con los prados en la ribera del río Corneja como lugar principal, con agua, pastos, madera y animales para cazar como complemento de su dieta.

No disponemos por ahora de muchos datos para conocer sus formas de organización social. Pero, por asociación con otros lugares donde se conoce mejor, sabemos que eran pequeños grupos que pululaban por distintos territorios aprovechando los recursos posibles, hasta que estos escaseaban por la razón que fuera y era inexcusable buscar otros nuevos. Eran grupos cuyo miembros estaban ligados por lazos de sangre, que participaban de un engranaje social con otros grupos, de tal manera que a través de ellos conseguían objetivos vitales como los intercambios de información, de objetos y de materias primas indispensables, pero también otros fundamentales, como los matrimonios necesarios para la continuidad de los grupos, e incluso para la purificación y oxigenación genética, de la que, aunque no se tuviera un gran conocimiento científico, sabían por la experiencia que era inevitable para garantizar que los grupos humanos no se contaminaran con taras provocadas por la endogamia. Por esta razón, grupos como el de la Mueda participaban de encuentros y ceremonias con otras gentes y en momentos muy concretos, determinados por la posición del sol a través de los solsticios y equinoccios, su único calendario, fácil de usar y muy eficiente con solo observar el recorrido anual del Sol

a través de una referencia en el paisaje por el que el astro iba discurriendo a lo largo del año. En esos eventos, en los que se reunían los distintos grupos en una fecha fija y en un punto determinado bien conocido de todos, los intercambios de información, de objetos y de personas empezaban a ser manejados por aquellos individuos mejor colocados en la escala social, bien fuera por su éxito económico en medio de la carencia general o bien por su astucia relacionada con el mundo religioso, o por las dos razones. Y con ello empezaba, en tiempo todavía tan remoto, a aparecer el mundo moderno, en el que la importancia de lo económico constituye una forma de prestigio social, con todas las consecuencias va reportando en la sociedad, entonces y ahora. El fenómeno neolítico, con la producción de alimentos, como ya se ha dicho al principio de este capítulo, cambió la estructura social del ser humano sin solución de continuidad, dándole a las sociedades una complejidad cada vez mayor.

II.1.3. LA EDAD DEL COBRE EN LA MUEDA. EL TRIUNFO DE LOS INVENTOS NEOLÍTICOS

Lo que sabemos del Neolítico en la Mueda es tan poco, es tan testimonial, que no permite saber cuánto duró la ocupación del sitio, ni si fue única o recurrente cada cierto tiempo, en función del aprovechamiento de los recursos que ofrecía su entorno y de los modelos económicos que practicaban. Solo sabemos que, por analogía con otros hábitats similares, tuvo lugar entre el VI y el V milenio antes de Cristo. De ese lugar se sabe tan solo que, al menos unos 2000 años después, otras gentes lo ocuparon de igual modo. El hecho de que las investigaciones allí no vayan más allá de los datos recogidos en superficie limita mucho el conocimiento sobre el uso del lugar. Con tan pocos elementos de juicio, solo puede decirse hoy en día que, en algún momento entre el 3000 y el 2500 a. C., también estuvo ocupado el promontorio granítico de la Mueda. Para entonces ya no se ocupaban los abrigos rocosos que dos mil años antes habían servido como refugio a las gentes recién neolitizadas. Al menos dos mil años después, que en realidad es mucho tiempo y muchas las generaciones que fueron sucediéndose, volvió a ocuparse el sitio con pruebas reconocibles hoy. Quizá entre uno y otro tiempo hubo más ocupaciones, es muy probable, porque el lugar es muy tentador desde el punto de vista económico, y el trasiego de gentes en la prehistoria fue mucho, buscando sin cesar las bases económicas para sobrevivir. Pero no conocemos pruebas de ello a falta de excavaciones, así que solo puede hablarse sobre las certezas conocidas.

Dos mil años después era ya lo que los historiadores, clasificando la historia en etapas, llaman la Edad del Cobre o Calcolítico. En ese tiempo, la economía neolítica de la producción agropecuaria se había asentado de manera definitiva, con las derivaciones en muchos sentidos que implicaba eso y de las que iremos hablando.

Por supuesto, dos mil años de experimentación habían dado para evolucionar positivamente, presentándose el Calcolítico como un tiempo donde se podía hablar ya de triunfo de la economía agraria, basada en la agricultura y la ganadería, con el complemento siempre presente de la caza, y en el que, además, los intercambios, como forma más ancestral del comercio bien organizado que vino después, fue ya un elemento importante de difusión, de relación y de tal vez en algunos casos también de conflicto.



Figura 11. El cerro de la Mueda desde la vega del río Corneja

En este tiempo, el valle del Corneja conoció una ocupación por fuerza mayor que la que tuvo lugar en el Neolítico. Sin duda, el progreso en la economía de la producción dio como resultado una mejor alimentación y con ello un aumento demográfico. Los hábitats calcolíticos de este momento se multiplicaron considerablemente respecto a los escasos correspondientes al Neolítico. Esto pasó por igual en el vecino valle Amblés, exponente de la misma progresión (Fabián García, 2006). Tanto como en las tierras llanas al norte, en lo que ya es la penillanura del valle del Duero. Tanto en el valle del Corneja como en el Amblés proliferaron las ocupaciones calcolíticas en la baja ladera, en el contacto con las tierras llanas del fondo del valle, aptas para el cultivo. Habitaban bien sobre pequeños promontorios similares al de la Mueda o bien en la baja ladera, al pie de las primeras tierras llanas. También, hay algunos hábitats en sitios bien altos que denotan una economía puramente pastoril, tal vez heredera de la neolítica. Los poblados de las zonas bajas estaban, sobre todo, en la cara sur del reborde norte, el que quedaba más abrigado respecto del frío que llega del norte, el que azota con más rigor estas tierras. Pero además hay algunos significativos en el reborde sur. El clima era templado y seco, menos húmedo

que el del Neolítico, aunque con inviernos fríos debido a la altitud del paraje, lo cual implicaba buscar estrategias para protegerse. En esa posición ambiental de la cara sur del valle, además de protegerse, tenían a mano las tierras que cultivaban, algo esencial en una economía mixta agrícola y ganadera. Este detalle está constatado por el polen fósil de cereal, que muestra la presencia de los campos de cultivo de trigo y cebada inmediatos a los hábitats.



Figura 12. Vega y curso del río Corneja desde la Mueda

II.1.4. LA VIDA EN LA MUEDA Y SU RELACIÓN CON LOS GRANDES ACONTECIMIENTOS GENERALES

El megalitismo (las construcciones rituales a base del uso de grandes piedras), que había irrumpido con fuerza al final del Neolítico, cuando tal vez la Mueda estuviera ocupada también, como lo había estado antes, se mostrará durante la nueva etapa calcolítica como un exponente de la ritualidad, en muchos casos relacionada con los muertos, con la idea de apropiación de los territorios, el culto a los antepasados y el encumbramiento de determinados personajes con éxito económico a lo más alto de las sociedades de un territorio. El megalitismo conocido para estas tierras del sur de la Meseta fueron los dólmenes: grandes construcciones constituidas por una cámara circular de grandes piedras y un pasillo de acceso a ella. A su vez, rodeado por un túmulo de tierra y piedras que le daba la monumentalidad necesaria para que constituyera una referencia visual en un punto determinante y favorable del paisaje.

Estos monumentos, contruidos, como ya hemos dicho, en el final del Neolítico mediante un gran esfuerzo colectivo, puesto que las herramientas para tallar las grandes piedras no eran todavía de metal, siguieron utilizándose en la ritualidad calcolítica igualmente, es posible que más, porque la complejidad que iban alcanzando las sociedades así lo propiciaban. Sin solución de continuidad, por tanto, siguieron haciendo uso de estos monumentos. Por las razones que sean, no conocemos apenas casos en el sureste de la Meseta en lo que afecta al alto Tormes, valle del Corneja y valle Amblés, pero sí abundan en el Tormes medio y en la zona oeste de la provincia de Salamanca, como continuación de lo que sucede al otro lado del Duero, en las tierras portuguesas de las Beiras, donde los hay por cientos. En el valle del Corneja propiamente no se conoce ningún dolmen, el más próximo está en el municipio salmantino de Navamorales, en el límite con Ávila, en la zona inmediata a la confluencia del Corneja y el Tormes. Puede que hubiera alguno más en pleno valle del Corneja, pero o no lo conocemos porque se encuentre muy desdibujado por el paso del tiempo y haya pasado desapercibido, o no se haya conservado debido a la intensidad de los trabajos agrícolas y a los expolios continuados que han tenido lugar en ellos, ya que han estado desde mucho tiempo atrás ligados a leyendas de tesoros escondidos que siempre han contado en todos los tiempos con alguien dispuesto a encontrarlos.

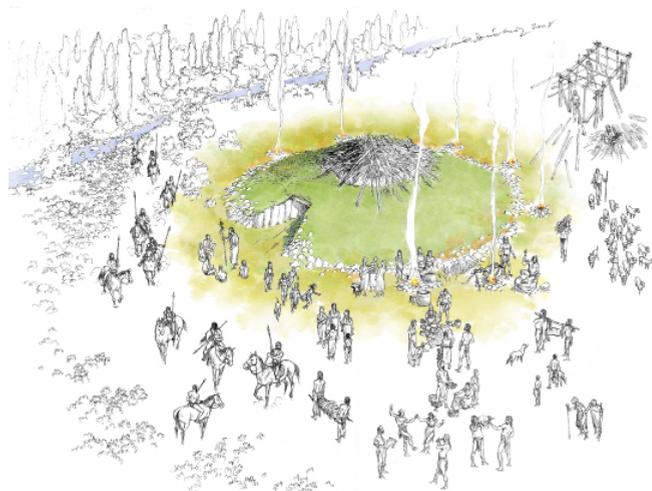


Figura 13. Reconstrucción del ambiente en torno a un dolmen (Ilustración de J. Muñoz-Domínguez)

Hubiera o no alguno más en el valle del Corneja, los habitantes de la Mueda sin duda conocieron el dolmen del *Torrión* en Navamorales (Santonja et alii, 1984) y cabe que asistieran a las concentraciones de gentes venidas de los entornos para celebrar en una época del año determinadas ceremonias y contactos entre ellos. La orientación *reglada y normativa* de los corredores de los dólmenes, prácticamente

todos orientados al SE, indica que en algo tenía que ver la salida del sol por el este en un determinado tiempo del año, el elegido para reunirse como forma de calendario. La presencia conocida en muchos casos de estelas en el interior de la cámara, que seguramente ocupaban la zona central, hace pensar que estas estelas quedarán iluminadas por el sol naciente en esos determinados días del año, que podían tener que ver con los solsticios y equinoccios como condicionantes de estas ceremonias. La presencia en los casos excavados de enterramientos en la cámara plantea la idea de que además fueran la tumba de determinados individuos que merecían estar allí, aquellos personajes, que, aunque fuera dentro de una economía de subsistencia, tenían más éxito en la producción y por lo tanto disponían de excedentes con los que invertir en prestigiarse delante de los que no llegaban a lo mismo.

Se puede pensar que en asentamientos como el de la Mueda, por su reducido tamaño, por ser en realidad *granjas* con una estructura familiar, no daban por sí mismos para otras jerarquías que las propias del estamento familiar, puesto que, como veremos a continuación, el patrón de los asentamientos calcolíticos, al igual que lo había sido el de los neolíticos, consistía en una especie de granjas de reducido tamaño, integradas por miembros emparentados por lazos de sangre. La jerarquía vendría dada a través de la relación de estos sitios con otros similares en un determinado territorio, en el que en conjunto constituían una comunidad más amplia y en la que determinados personajes de sitios concretos establecían un determinado liderazgo basado en motivos económicos, mostrando su poder y su autoridad precisamente en las concentraciones de las gentes de todos los poblados de una zona en torno a los dólmenes. Era allí donde mejor podían hacerlo, cuando confrontaban su capacidad económica con la de los demás, estableciendo la distancia y el prestigio que encumbra a los mejor situados económicamente sobre los demás, adquiriendo el respeto y el liderazgo necesarios para tomar decisiones, si es forzoso, sobre el resto. Para hacerse mejor una idea de estas situaciones que vivieron también los habitantes calcolíticos de la Mueda, con las debidas distancias en el tiempo y en la evolución de las sociedades, podemos decir que las concentraciones en estos lugares eran algo similar a lo que eran hace menos de medio siglo las romerías a las ermitas campestres, que no eran otra cosa en realidad que pretextos para la concentración, en todos los sentidos, en torno a una fiesta religiosa, donde se mezclaban con éxito dos factores fundamentales: la devoción religiosa y a la atracción lúdica de las gentes idas de los pueblos cercanos.

De igual modo, como en la etapa neolítica precedente, lo que sabemos de los calcolíticos de la Mueda es muy general e impreciso, tenemos que extrapolarlo en muchos de los lugares cercanos, ya que hay que reiterar que no se han llevado a cabo investigaciones arqueológicas en profundidad que hubieran proporcionado documentos para concretar más. Conocemos que vivían en cabañas circulares de

piedra y madera forradas de barro, porque han aparecido algunos fragmentos quemados de esos barrotes que forraban las cabañas con la impronta visible en negativo del tronco que, al lado de otros troncos similares haciendo, entre todos, el círculo de la cabaña, constituían un espacio circular de unos 6 m de diámetro. Esas y no más eran sus casas, con un hogar en el centro para el fuego, donde se hacía la vida interior y previsiblemente sería aquel el lugar para dormir. Aunque no se ha excavado ninguna en la Mueda, sí se ha hecho en tiempo contemporáneo en varios lugares del vecino valle Amblés y del próximo valle del río Becedillas, en concreto en la llamada Teta de Gilbuena, de forma que podemos asumir sin riesgos que en la Mueda estaríamos ante un patrón doméstico algo similar.

A juzgar por la presencia más abundante de restos, la granja que hubo en la Mueda pudo estar en una plataforma despejada de rocas que hay en la zona que mira hacia el norte. Allí era más fácil desarrollar las construcciones que constituían el hábitat o por lo menos, algunas de ellas, en las que también estarían las construcciones destinadas a guardar las existencias de alimentación y remanentes para la próxima siembra. Pero aunque parece que fuera en ese punto la zona de habitación, no debe descartarse que entre las rocas, en los espacios que quedan entre el enorme abigarramiento de bloques graníticos, protegidos por ellas, hubiera desde cabañas a los cobertizos precisos para albergar a los animales y para guardar todo aquello de valor en la vida cotidiana de lo que dependía su vida, como, por ejemplo, las herramientas o la indispensable leña para el fuego diario, que era indispensable mantener seca porque, sin el fuego en tiempo prehistórico no se podía vivir de ninguna manera. El hábitat, sin duda, constituía un compendio de construcciones que garantizaban la vida en condiciones normales de una comunidad, que, aunque de un número reducido de miembros, necesitaba todo lo relativo para garantizar la supervivencia del grupo.

Los que vivieron en la Mueda eran culturalmente los primeros metalúrgicos de la historia. Por eso se llama a ese tiempo Calcolítico (de χαλκός, que en griego significa 'cobre'). No conocieron otro metal que el cobre y el oro, pero dada la menor abundancia de oro era más popular el cobre, que todavía en este tiempo no cambió gran cosa en la vida de la gente, porque resulta relativamente blando para el trabajo. Pero menos era nada y resultaba más eficaz que la piedra para algunas actividades. Hasta que no llegó a la península ibérica la mezcla con el estaño, que hizo el bronce, varios siglos después, el cobre fue un progreso, pero no demasiado. Se usaba más que nada para determinadas herramientas, como punzones, hachas y puñales. Los punzones y las hachas para el trabajo y los puñales puede que como símbolo de prestigio y autoridad. Lo importante es que ya conocían el cobre, ya lo buscaban, ya lo comerciaban y ya servía en muchos casos como un elemento que prestigiaba a los que lo tenían. Por lo que vamos sabiendo de otros muchos lugares de este mo-

mento, la fundición del cobre (que se produce a partir de 1085º) era una tarea que conocían y dominaban con naturalidad en los asentamientos, porque en casi todos en los que se han hecho excavaciones han aparecido restos que implican fundición local, lo que indica que era un material que circulaba con naturalidad entre las poblaciones. Para ello había que proveerse del mineral o, siempre que fuera posible, reciclar lo que ya no estaba en condiciones de servir. Pero llegar a los 1085º no es fácil, implica una tecnología que, aunque básica, exigía de unos métodos eficaces para la fusión, que —como hemos dicho— eran comúnmente conocidos. El mineral de cobre podía tenerse a mano o no. Si estaba en territorios de otros, estos podían regalarlo como forma de acuerdo o cambiarlo por algo que necesitaran ellos del demandante, formas ambas que se dieron en la prehistoria. Está bien constatado que en el vecino valle Amblés, sobre todo en su mitad este, hay cobre, lo cual pudo ser una fuente de aprovisionamiento para las poblaciones cercanas. Los habitantes de la Mueda participaron en intercambios, fueran en forma de comercio o de solidaridad, puesto que no había cobre en el territorio que podían controlar. Si alguna vez se investiga a fondo su ocupación calcolítica, aparecerán los indicios, de la misma forma que han aparecido en otros yacimientos cercanos de la zona al este (valle Amblés) o al oeste (zona del río Becedillas o de la comarca de Béjar).

Pero, aunque ya empezaran a usar el cobre, la piedra siguió siendo en este tiempo el material más utilizado para las herramientas, acompañado del hueso y de la madera. El sílex y el cuarzo —más el primero— cubrían bien las necesidades de pequeñas herramientas cortantes o punzantes. La corneana, la fibrolita y la anfíbolita abastecían a su vez las que podían tener para herramientas más resistentes, dedicadas a la corta de ramas y como azadas para la agricultura. Las flechas, como los elementos de las hoces para la siega, se hacían sobre todo en sílex. Sílex no lo hay en la zona, con lo cual debían ir a buscarlo o recibirlo desde otra parte. Por lo que sabemos, a pesar de que el valle Amblés estaba más cercano y en él hay sílex en forma de cantera y asimismo de pequeños nodulitos, no procedía de allí el que usaron en la Mueda, como sucedía también en los demás hábitats de la zona del Corneja y la comarca de Béjar. Por el aspecto del que se conoce en la Mueda, se parece en mucho al que hay en abundancia en la alta Extremadura. Es muy posible que proceda de esa zona. Habría llegado por las dos rutas posibles: por el valle del Jerte desde la zona de Plasencia o por lo que era el paso natural que discurre cercano a Béjar, el que, con el tiempo, más de dos milenios después, sería la vía romana de Asturica a Emerita, conocida hoy como Vía de la Plata. Este aspecto debe llamar a la reflexión sobre las relaciones y estrategias entre las gentes de la antigüedad, ya que el que poseía en su territorio el bien que otro buscaba, seguramente esperaba de él algún tipo de compensación o al menos de un acuerdo amistoso del que las dos partes se beneficiaran. Es decir, que entre las poblaciones de cada zona había indispensables relaciones, de las que los habitantes de la Mueda no pudieron estar

al margen. De sílex se conocen procedentes de la Mueda puntas de flecha calcólicas bien trabajadas a base de extraer pequeños fragmentos de sílex de una lasca apropiada hasta darle la forma precisa para que, colocada en la punta de un palo, pudiera ser lanzada desde un arco. Necesitaron también fabricar en sílex, hasta que fue posible hacerlo en cobre, las piezas dentadas de las hoces para segar el cereal, insertadas consecutivamente en una madera curvada.

El hueso no se conserva en el valle del Corneja debido al carácter ácido de los suelos; por lo tanto, poco sabemos de las herramientas que usaban en la Mueda de ese material. No sería muy diferente de las herramientas que se fabricaban en huesos de vaca y de oveja en el vecino valle Amblés, donde los suelos son menos ácidos y se conserva el hueso. Las herramientas en hueso no eran otras que espátulas para el acabado de los recipientes cerámicos, punzones sobre huesos (metápodos) de las patas de las ovejas y cabras, agujas, raspadores y en algunos casos puntas de flecha y amuletos. Esta forma de reciclar materiales era muy propia de las poblaciones prehistóricas, que por necesidad tenían que aprovechar todo lo posible para disponer de las herramientas con que afrontar la vida diaria.

Precisamente la aludida ausencia de huesos eliminados por las características del suelo limita el conocimiento de la cabaña ganadera en los yacimientos del valle del Corneja y con ello en la Mueda. Hemos de recurrir de nuevo a los datos de valles cercanos como el Amblés para definirlo. No sería muy diferente, porque las bases económicas de uno y otro —y su proximidad— son las mismas. A través de ello puede decirse que el pastoreo de cabras y ovejas constituía la mayor parte de la base ganadera doméstica, con presencia también de cerdo y con caballos que estaban en el primer estadio de su domesticación (Fabián García, 2006: 453). Esa base doméstica se veía complementada con la caza, que nunca dejó de practicarse, si bien cada vez más remitente. Aquella gente contaba con una estrategia de producción bien organizada, basada en la experimentación, la tradición y en el contacto con otros asentamientos, que les garantizaba tener una forma de subsistencia con la que sobrevivir en condiciones normales. Pero cuando esas condiciones normales se alteraban por alguna contingencia, la precariedad de la vida de gentes como las de la Mueda debía verse agravada notablemente, con lo cual se alteraba el equilibrio cotidiano, dando lugar a una situación que implicaba tomar decisiones, como la que los debió de llevar a marcharse de allí en algún momento de la segunda mitad del III milenio a. C.

Uno de los elementos más conocidos de la vida cotidiana en la Mueda es la cerámica procedente de los recipientes que usaban. Como allí mismo en el Neolítico anterior y como todavía hasta el final de la Edad del Hierro en esa zona, allá por el siglo III a. C. los recipientes cerámicos se confeccionaban a mano, cociéndolos



Figura 14. La Mueda. Fragmento del filo de un hacha pulimentada de corneana

después a temperaturas en torno a los 700° en hornos excavados en la tierra. Las formas de los recipientes determinaban el uso, es decir, como sucede hoy, porque esa es la lógica de un recipiente. En este sentido lo que se conoce de la Mueda no es distinto de lo que conocemos para toda la zona: que los recipientes, con distintas capacidades según el uso que se le fuera a dar, tenían como patrón fundamental la forma esférica en sus diferentes variedades; o lo que es lo mismo, que las formas iban desde usar escudillas que apenas representaban un pequeño casquete de la esfera, a ser media esfera (el cuenco semiesférico, la más común) o a llegar a casi la esfera completa en los casos de recipientes para contener algo que no debía precipitarse por el borde. El uso determinaba la variedad elegida, como también la forma del acabado, en el que había recipientes toscos, aceptablemente manufacturados, y otros pequeños (suelen ser pequeños estos recipientes) en los que el cuidado general es exquisito, tanto en la decantación de la pasta, siempre muy fina, como en el bruñido de la superficie. Esos vasos de tan cuidada confección, en cualquier caso, tenían un cometido especial del que no sabemos mucho. En ocasiones se decoraba con signos que representaban un mensaje, porque —como dijimos para el Neolítico— ese mismo símbolo se repetía en muchos hábitats contemporáneos a larga distancia. No era una mera moda, como sucedería hoy en muchos casos, sino un mensaje, un símbolo que era capaz de transmitir una idea que, a falta de un alfabeto —para el que faltaban aquí dos milenios—, manifestaba algo que todos podían comprender, una especie de lenguaje, si no universal, sí generalizado a muchas gentes y a mucha distancia entre ellos. Esos signos en las cerámicas se hacían en la pasta de barro fresca, antes de la cocción, y eran variados dentro de una misma *ideología* de representación, donde había series de rayas, de puntos en horizontal y en vertical o triángulos invertidos rellenos de puntos que podrían estar relacionados con la fertilidad, una preocupación trascendental entre aquellas poblaciones, de las que, a lo que sabemos para el sureste de la Meseta norte a partir de los enterramientos estudiados, aproximadamente una de cada ocho llegaba a la edad adulta (40-60 años) (Fabián García, 2006:439). La mortalidad debía de ser muy elevada en todas las edades, más significativa en el tramo de la infancia, circunstancia que continuó hasta principios del siglo XX. No sería tampoco un problema menor para las mujeres

sobrevivir a los partos. Así, la fecundidad debía de ser una preocupación constante para aquellas gentes, de ahí que una parte importante de su ritualidad estuviera dedicada a ella, y por eso los recipientes decorados con triángulos rellenos de puntos en su interior pudieron tener que ver con ese aspecto. Nos dan una pista las representaciones femeninas halladas en la península ibérica, en las que el pubis adopta exactamente la forma de ese símbolo, marcando el sexo mediante ese triángulo relleno de puntos a modo de vello púbico.

Al no haberse llevado a cabo excavaciones en la Mueda y no tener datos sobre los desechos de la fauna consumida, ni tampoco enterramientos humanos que hablen de la dieta de sus habitantes —que queda reflejada en la composición de los huesos—, no podremos decir mucho más que no sea la comparación con los yacimientos vecinos, en los que sí se han llevado a cabo investigaciones con más profundidad. Los habitantes de la Mueda, por su posición dentro del paisaje económico, podemos pensar que participaron de una economía mixta, agrícola y ganadera, aunque lo más cercano que tenían era lo ganadero. Es previsible que también tuvieran campos de cultivo de cereal cercanos, que no necesitarían mucha extensión, dado lo reducido de los asentamientos. Dan cuenta de ello el hallazgo de molinos y molderas de mano para triturar el grano, artefactos que, además, servían para triturar las bellotas y hacer con ellas una nutritiva harina. No es infrecuente encontrar en las paredes de las cercas próximas al hábitat molinos barquiformes y manos de molino con los que molían el grano y las bellotas. Los primeros, eran piedras ovales o rectangulares con una concavidad longitudinal, producida por el desgaste al moler, que les daba forma de barca, de ahí lo de barquiforme. En esta piedra se extendía el grano, que se molía con una mano de molino, consistente en un canto de río redondeado, adaptable a la mano, que se presenta, como en el de la figura, aplanado por una de sus caras debido al uso de la molienda. Esta acción provocaba el desgaste de la piedra, que se incorporaba al salvado resultante, lo que motivaba, como se ha visto cuando se han estudiado enterramientos en lugares cercanos, un progresivo desgaste muy significativo en las muelas, puesto que, además de lo blando del cereal, también masticaban las partículas de piedra que se producían en la fricción.

Otro de los elementos frecuentes en los hábitats calcolíticos que también se conocen en la Mueda, con importante significación sobre las actividades llevadas a cabo, son las pesas de telar de barro, indicadoras del tejido de la lana en estos lugares, algo que viene apoyado por las fusayolas de barro que formaban parte de la rueca de hilar.

Sobre el aspecto de los habitantes de la Mueda, a falta de enterramientos estudiados en esta zona, podemos extrapolar los mejor conocidos del valle Amblés y de la inmediata comarca de la Moraña abulense al norte de ese valle. Estos y los

habitantes de la Mueda sin duda no serían muy distintos. La población para este tiempo en esas zonas vecinas mejor estudiadas hablan de individuos con estaturas medias de 1'64-1'59 m los hombres y 1'51-1'47 m las mujeres (Fabián García, 2006: 437). Decimos que no serían distintos, pero hay diferencias que podríamos llamar culturales entre unos y otros que han de obedecer a alguna razón. Los restos que encontramos en los hábitats de la zona del valle Amblés-la Moraña en este tiempo difieren de los que hallamos en el valle del Corneja y por tanto en la Mueda. Hay diferencias claras en las decoraciones de las cerámicas, incluso en algunas de sus formas, en el tipo de sílex que usaban y algunos otros elementos de los que componían su instrumental, que indican una diferencia entre las gentes que vivieron a un lado y al otro. No sabemos lo que esto puede significar, pero algún significado debe tener, puesto que las diferencias en territorios inmediatos obedecen siempre a algo. Pudieron ser grupos diferentes procedentes de otros lugares, con lengua diferente que provocaba mayor incomunicación con los vecinos... Es solo una hipótesis, pero, como decíamos antes, las diferencias culturales han de tener algún significado. Tal vez, la cercanía y mejor accesibilidad a los pasos que comunicaban con el sur hacía al valle del Corneja los relacionaba mejor con la alta Extremadura, donde a lo que parece todo era más semejante.

Algo tan importante para cualquier grupo humano a lo largo de la historia, como es el tema de la muerte, se escapa, también, a nuestros conocimientos concretos en la Mueda y en el valle del Corneja. Hay que volver a echar mano de los datos de las inmediaciones, que son más abundantes y que no serían distintos de los de nuestro territorio para hacer una aproximación a su comportamiento funerario. Hasta donde sabemos de las poblaciones calcolíticas del interior peninsular, entre



Figura 15. La Mueda. Mano de moldera para molino barquiforme

las que están incluidas las del valle del Corneja, el comportamiento respecto a la muerte no implicaba que hubiera un cementerio, como los que se dieron posteriormente desde la II Edad de Hierro. Al margen de que a algunos —y por las circunstancias que fueran— se les enterrara en los dólmenes, al resto, en unas poblaciones en las que había un alto riesgo de mortalidad, con esperanza de

vida muy corta, no sabemos con exactitud lo que hacían con ellos. Hay constancia de enterramientos colectivos que se asemejan a *pudrideros* funerarios, es decir, lu-

gares donde se depositaba a los muertos, todos juntos, considerando que el alma ya no moraba en el cuerpo. Esto es muy propio de las poblaciones primitivas. Por tanto, lo que quedaba del vivo una vez muerto era el cuerpo físico, ya inerte, sin vida y sin el espíritu que lo había habitado en la vida, que tras la muerte deja el cuerpo y tiene un destino más complejo e inmortal. Pero el cuerpo le había pertenecido, aunque fuera ahora una mera carcasa, había formado parte de la vida de un ser y, por tanto, se le concedía alguna licencia y respeto todavía. En algunas culturas se conoce lo que se llaman *casas de los muertos* como última morada del cuerpo (Fabián García, 1995 y 2006: 475-478). Un lugar donde se lleva a los muertos, todos juntos, a descomponerse. Lo que después de eso se haga con ellos ya no ha sido siempre igual. A veces se los entierra en un lugar o a veces la arqueología los encuentra en el pudridero, y los encuentra desordenados y en un estado tan caótico que lo interpreta como un mero pudridero, no como los ocasionales enterramientos con los que se pretende honrar la figura del difunto y su valor social mediante la dignificación de la tumba con algún tipo de monumento. En este sentido, cada vez hay más casos conocidos de enterramientos de este tipo, por lo que lo más probable es que los habitantes de la Mueda siguieran también esta misma forma de abordar lo funerario. Es decir, que tuvieran un lugar para depositar los cadáveres donde pudrirse, dejándolos allí o procediendo con ellos, si se marchaban del lugar, a un enterramiento sin ostento alguno, tan solo por ocuparse de que en su ausencia nadie los profanaría, por más que fueran ya un montón de huesos desordenados, puesto que su espíritu estaría en otro ámbito. Este comportamiento funerario parece poco a poco confirmarse con la evidencia de más pruebas. Al margen de ello quedaban los enterramientos con deseo de distinción. Es lógico pensar que en una economía de producción, como era la calcolítica, algunos individuos, por su pericia en el manejo de las bases económicas, por la inversión mayor de esfuerzo, por la posición favorable del lugar de la explotación de los terrenos y / o por su inteligencia en cualquier sentido de la vida, llegaran más lejos en su capacidad económica. En una sociedad en la que por lo general no sobraría nada, más bien escasearía y, más aún, en momentos de malas cosechas, plagas, etc., quien tenía excedente de producción después del consumo interno podía invertirlo en acciones tales como banquetes —dar porque sobra es motivo de consideración social—, conseguir mediante intercambios bienes no al alcance de los demás que les elevan socialmente ante los que no los tienen, etc., marcando con ello su prestigio sobre el resto. Prestigio que estarían muy interesados en mantener esos individuos para estar en lo alto de la sociedad, que por más que no tuviera grandes diferencias sociales era una aspiración muy propia de la condición humana. Las tendría a un nivel más modesto, pero las tendría. Una de las formas de manifestar ese prestigio, al hilo del aspecto funerario que estamos tratando, sería en los enterramientos, por ejemplo, haciéndose enterrar en los dólmenes, el monumento donde todos acudían a participar de ceremonias comunitarias y donde cualquier distinción implicaba una gran publicidad. Pocos sitios y en pocos momentos

mejores para manifestar el prestigio sobre el resto eran tan propicios como hacerse enterrar allí; implicaba una autoridad social muy especial que no solo dignificaba al personaje, sino también a sus descendientes. Esto que decimos se fraguó, de forma más notoria, al final del Calcolítico, cuando ya circulaban los conocidos vasos *campaniformes*, recipientes de formas muy estandarizadas, con una profusa, especial y cuidada decoración, en los que se piensa que pudo consumirse algún tipo de bebida estimulante (se ha constatado cerveza en ciertos casos). Esos vasos formaban parte del ajuar exclusivo de ciertos personajes (los que tenían excedentes de cereal para hacer cerveza, por ejemplo), junto con puñales, puntas de lanza y hasta joyas de oro. Eran las tumbas de estos personajes de mayor prestigio social, enterrados en los dólmenes por el prestigio que daba hacerlo allí, como hemos dicho antes, pero también fuera de ellos, en monumentos especiales que servían para honrar y consolidar su memoria.

Este ambiente formó parte del contexto en el que participaron los habitantes de la Mueda, de los que es previsible que alguna vez se encuentren las pruebas que sirvan para ratificarlo con detalle. Pero para eso habrá que hacer excavaciones arqueológicas.

¿Cuándo y cómo terminó la ocupación de la Mueda? Es difícil saber esto sin llevar a cabo excavaciones con que datar por carbono 14 el principio y el final de la vida allí. Con los datos que tenemos, de los que hay que reiterar que son muy limitados y sirven solo para una reconstrucción muy general, podemos decir que la ocupación no utilizó la cerámica campaniforme, de la que tenemos conocimiento en el vecino valle Amblés hacia el 2400 a. C. De esta cerámica, dotada de una importante complejidad decorativa y sujeta a tres formas muy definidas y estereotipadas, no tenemos constancia en la Mueda, pero circuló en el valle del Corneja, que sepamos al menos en cuatro lugares próximos, uno de ellos en lo alto del cerro donde luego fue edificado el castillo de El Mirón, la gran atalaya para el control del valle del Corneja. Esta cerámica tuvo una gran importancia simbólica entre el 2400 a. C. y aproximadamente el 1800 a. C., acompañando a los enterramientos de aquellos que se habían encumbrado como líderes de la sociedad y se hacían enterrar con determinados atributos propios de su estatus. Puede que la Mueda fuera abandonada antes de ese tiempo o puede ser que lo fuera ya durante el uso de esa cerámica y tuviera que ver con los cambios medioambientales que se iban a dar en torno al 2200 a. C. y que iba a terminar con un tiempo, para iniciar otro nuevo marcado por una nueva economía, con sus correspondientes consecuencias en todos los aspectos.

II.1.5. OTROS INDICIOS DE OCUPACIÓN POSIBLEMENTE CALCOLÍTICA EN EL TÉRMINO DE BONILLA DE LA SIERRA

La Mueda no es el único lugar donde hay indicios que apuntan a una ocupación calcolítica. Hay más puntos dentro del término municipal donde aparecen restos que así lo atestiguan, aunque en ellos las evidencias no son tan claras. En el paraje de los Majadales se han hallado fragmentos cerámicos que hablan allí de la vida en tiempo prehistórico. Pero los restos aparecen tan dispersos y son tan poco abundantes que no dicen apenas otra cosa que se trata de ocupaciones en algún momento del III milenio a. C., siendo la intensidad de su ocupación más baja que la que se vislumbra en la Mueda. Este lugar puede haber sido una prolongación o ramificación de la ocupación de la Mueda en determinadas coyunturas o, por el contrario, un hábitat al margen, de algún tiempo dentro de los varios siglos de duración del Calcolítico.

Los Majadales es una loma amesetada que discurre de oeste a este coincidiendo con la zona de contacto entre el fondo y el reborde norte del valle, de forma que se participa potencialmente de los dos ambientes, el ganadero de la sierra y el agrícola de las tierras llanas. Más bien parece que este lugar fuera sitio de explotación sobre todo ganadera.

En los Majadales los restos de la ocupación se extienden por lo alto de la loma y la ladera que cae a zona más llana. Desde ella se da cumplida vista a las tierras cercanas al sur, surcadas de norte a sur por los cauces de los arroyos del Maíllo y de Valdenegro. Los restos se encuentran esparcidos por la superficie de forma discontinua, lo cual tal vez esté indicando ocupaciones esporádicas, quizá temporales, que no tienen una localización precisa y que tuvieron que ver con los movimientos de las gentes con sus ganados, condicionados por determinadas coyunturas en las que se buscan los lugares apropiados para trasladarse en un momento dado o por un tiempo breve. Solo sabemos de esta ocupación que usaban cerámicas a mano, también sílex y hachas pulidas, lo cual parece situarla en el Calcolítico o tal vez más atrás, en el final del Neolítico.

II.1.6. RITUALES EN LAS ROCAS. LOS ALTARES RUPES- TRES DEL CANTO DEL MORTERO

En el pasado lejano —e incluso no tan lejano— la falta de conocimientos científicos para interpretar el mundo con todas sus complejidades dio lugar a creer que lo que no parecía tener una explicación evidente respondía a la acción de un ser superior que lo creaba, lo mantenía y lo gobernaba a su manera. Sin conocimientos

científicos suficientes, no quedaba otro remedio a los seres humanos que recurrir a esa explicación, acostumbrados a ver que nada tenía lugar en su vida cotidiana que no se le hubiera ocurrido crearlo a alguien con la capacidad de hacerlo.

Ante la impotencia que los seres humanos sentían al explicar y enfrentarse a determinados fenómenos, y la superioridad que les admitían a tales fenómenos, lo mejor era relacionarse bien con ellos y obtener su clemencia y favores que les hicieran la vida más fácil. Sin explicación científica, la mera visión del cielo encima mismo de la pequeñez del ser humano y los fenómenos que vienen de él (sol, luna, eclipses, estrellas, rayos, lluvia, nieve, estrellas fugaces...) crearon un mundo de explicaciones en el que los vivos estaban sujetos a los designios de esos seres superiores, creadores y gobernadores de todo. Y, además, había que explicarse de una forma tranquilizadora lo que sucedía después de la muerte, por explicárselo y por tranquilizar la vida terrenal, ya que vivir sin la esperanza de continuidad implicaba una soledad desconsoladora. Para paliar tales cosas, el ser humano habitante de la prehistoria inventó relatos e interpretaciones que le tranquilizaran en la vida y le hiciera transitar por ella, entre otras cosas, con esperanza en algo para después. Como vivían íntimamente ligados a la naturaleza y sus consecuencias, una buena parte de su preocupación era la de ganarse los favores de quienes trascendían al mundo terrenal, de forma que les pudieran facilitar lo que les fuera preciso para la vida. Les era necesario identificar y conocer los lugares en los que podían comunicarse con ese mundo superior.

En esa búsqueda, las rocas y las montañas jugaron un papel importante en su ritualidad. No fueron los únicos elementos de atención, pero aquí interesan de manera especial. Las montañas estaban tan cerca del cielo inalcanzable que ascen-



Figura 16. Los Majadales

der a ellas acercaba más a los humanos a quienes desde arriba gobernaban lo de abajo. Llevar a cabo rituales allí facilitaba el acercamiento. Pero también hacerlo en zonas más bajas. Puede que dependiera del tipo de ritual. Por ejemplo, allí donde

una enorme peña caballera parecía colocada en el punto exacto donde se la podía ver y donde se entendía que solo podía haberlo hecho un ser extraordinario, allí se descubría una manifestación de dioses o seres de otra dimensión, convirtiéndose

automáticamente en un lugar sagrado. Comunicarse con el creador a través de sus obras constituía un procedimiento lógico y obligatorio. Si se habían tomado la delicadeza de colocar aquella piedra gigantesca en tal sitio, es que tenían alguna conexión con el lugar. Nada mejor que frecuentarlo y hacerlo así partícipe de su mundo de creencias y relaciones con el más allá, facilitando con ello la comunicación y sus correspondientes favores de superior a inferior.



Figura 17. Ritual en torno a una gran peña (Ilustración de J. Muñoz Domínguez)

Pero el lugar de comunicación podía ser una peña caballera, para cuyas características no había explicación desde lo terrenal, o podía ser otra roca con un protagonismo suficiente en el paisaje como para que desde ella se pudiera canalizar un ritual que fuera visto, entendido y agradara a quien iba dirigido. La frecuentación de esos sitios para llevar a cabo rituales implicaba en muchos casos transformaciones en ellos que los identificaran como tales, que les distinguieran del entorno y que los monumentalizaran, puesto que ese punto en concreto del paisaje era una referencia para las gentes, un sitio diferente donde se llevaba a cabo algo de vital importancia para los vivos: la relación con las fuerzas que lo gobernaban todo y a las que estaban expuestos los habitantes de un territorio para bien y para mal, dependiendo de su comportamiento, comportamiento que dependía de las acciones de los humanos para con las fuerzas que operaban en otro mundo y con el ser

superior. Para entender mejor este mundo diremos que los templos, sea cual sea la religión a la que remiten, responden de alguna manera a las esencias ideológicas que nacieron en el pasado más remoto, y lo hicieron como una respuesta a lo que no se conoce, pero inquieta durante el tránsito por la vida, de ahí que, por su tipología, los llamemos desde la investigación arqueológica altares rupestres como forma de entendernos. Han cambiado las formas a partir de las particularidades culturales, pero no ha cambiado el concepto de fondo y su tradicional «complejo de inferioridad» ante lo superior, a lo que cree que no le queda más remedio que sublimarse y para lo que es necesario trabajar en una buena relación.

Los progresos cada vez mayores en el conocimiento del pasado han permitido identificar ya muchos de estos lugares por las diversas geografías, estableciendo una larga lista de variedades formales. En esa variedad —dentro de una cierta uniformidad—, por su tipología unas veces tienen que ver con el tiempo del que datan; otras con la oferta que imponía la naturaleza para crear los escenarios; y aun otras con la particular forma de interpretar los rituales de un determinado grupo humano. Esa forma de interpretar los rituales no estaba por necesidad sujeta a una norma específica, como estuvo tiempo después con los cánones reglados impuestos por una religión que llevaba aparejada toda una organización detrás. Si estaba sujeta a algo era por una cuestión cultural de un territorio determinado y de los contactos entre unos y otros, que les asimilaban en conceptos, escenarios y rituales. Para la llamada prehistoria reciente, que ocupa del Neolítico a la Primera Edad del Hierro, se conocen varios tipos de lugares que podríamos llamar *sacros*, mucho de ellos, como los que vamos a tratar a continuación, identificados como tales sacros por sus características morfológicas, por no presentar en su entorno restos que hablen de una utilización en la vida diaria, por su posición en el paisaje del que forman parte y por las acciones humanas que han dejado huella física en su arquitectura natural. En la investigación arqueológica se ha dado a estos lugares la denominación —como hemos apuntado un poco más arriba— de altares rupestres, por entenderse que en ellos se llevaron a cabo rituales en una determinada roca, en la que hay huellas evidentes de diferenciación intencionada con las demás de su entorno.

El tipo de rituales y ceremonias nos es desconocido, pero, volviendo a lo dicho con anterioridad, debieron de ser muchos los llevados a cabo en tiempos tan remotos, debido a la gran cantidad de ayuda que el hombre prehistórico precisaba de quien creía poseedor del poder para darle los medios con que organizar la vida sin carencias. Ante tanta necesidad de ayuda es lógico pensar que la ritualidad fuera extensa y variada, aunque no siempre haya dejado huella reconocible para la arqueología.

El término municipal de Bonilla de la Sierra cuenta con —al menos— tres testimonios de ritualidad prehistórica. Esta situación, nada frecuente, se hace extraña y de momento no hay una interpretación para ello. Los dos altares rupestres previsiblemente más antiguos que se conocen están el uno en el lugar llamado el Canto del Mortero y el otro en Navalterrero, ambos en puntos distintos y opuestos del valle del arroyo Merdero, cada uno a un lado, distantes poco menos de 3 km en línea recta. El otro de los testimonios tendría más cabida en la Edad del Hierro y lo abordaremos aparte.

El Canto del Mortero es conocido desde principios del siglo XXI (Fabián García, 2010) gracias a las noticias de Rafael Sánchez Gutiérrez. Se encuentra a 1'6 km al norte del casco histórico de Bonilla de la Sierra, sobre una pequeña meseta que sobresale sobre el paisaje circundante, a 1148 m de altitud. La meseta se alza a partir de la erosión antigua de los terrenos cercanos por el este y el oeste, permaneciendo elevada sobre lo erosionado, a causa de la presencia de materiales graníticos más duros que han resistido durante milenios a la erosión de materiales más blandos. Esta circunstancia le da al lugar un protagonismo que fue fundamental en la elección del sitio. Corona la elevación un doble afloramiento de bloques graníticos, separados por una suave vaguada que los individualiza. En cada uno de ellos hay un elemento donde se aprecia la mano humana en la transformación de una roca. Como en tantos otros casos de lugares especiales de cualquier época para actos al margen de lo cotidiano, la meseta donde se encuentra el Canto del Mortero constituía y constituye una referencia visual en un entorno amplio, queriendo con ello mostrar su valor simbólico, algo muy importante cuando se trata de lugares con una significación ritual, en todos los tiempos, culturas y religiones.



Figura 18. Canto del Mortero, donde se advierte el protagonismo de la roca principal

De las dos unidades que se distinguen en la meseta, en la más al sur destaca por su envergadura la roca donde está el altar rupestre, rodeada en semicírculo de otros afloramientos rocosos que parecen arroparla, emergiendo ella de entre las demás con un claro protagonismo, por su altura y por su aspecto más proporcionado y majestuoso, de tal manera que no compite con ninguna otra de su inmediato entorno. Si es que de verdad se produjeron rituales en esta roca, como cabría sospechar, los oficiantes podrían ser observados desde cualquier ángulo por los espectadores situados en la plataforma en torno a ella, en un plano bastante más bajo, pero observando todos sus movimientos. Hay que tener en cuenta que la roca destaca sobre la plataforma desde su zona más alta 6'8 m por el este y sur y algo menos por el oeste y norte: 4'9 y 5'30 m respectivamente. Enseguida, hacia el sur, la vista del paisaje se abre hacia el valle del Corneja. Ascendiendo a lo alto de la roca y mirando hacia el sur, la sensación es la de hallarse dominando un amplio espacio visual, circunstancia que pudo tener su importancia en la elección y las funciones del sitio.



Figura 19. Canto del Mortero, por la zona de ascenso con entalladuras en la roca

La gran roca tiene forma troncocónica, con una plataforma horizontal en la cúspide de 13-14 m², levemente inclinada hacia el este. En ella hay una serie de canales que recorren la piedra en todas direcciones. Hacia el centro, y excavado en uno de los canales, hay un hoyo completamente circular de 0,55 m de diámetro y una profundidad de 0'38–0'42 m. En principio podría pensarse que es una marmita de gigante natural de las habituales en paisajes graníticos, pero su aspecto general, marcado por la regularidad de sus dimensiones y la disposición central que tiene en

la plataforma, hace creer en su artificialidad, creándola de nuevas o sobre una natural que existiera y fuera reformada. Cuando cualquier líquido contenido en su interior llegara a 0'22 m de altura, dada la inclinación de la roca, rebosaría e iría cayendo por uno de los canales e incluso derivando en tres direcciones distintas.

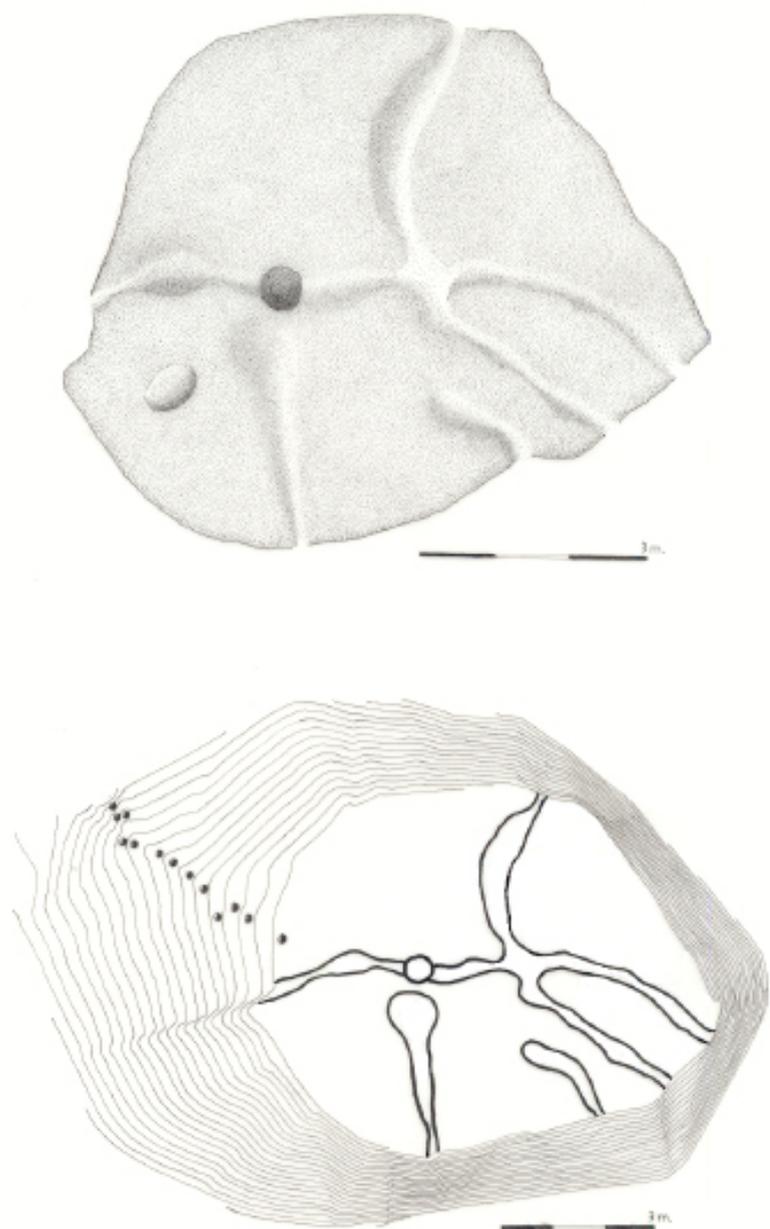


Figura 20. Planimetrías cenital y de alzado del Canto del Mortero

Para ascender a lo alto de la roca por la zona más accesible, la noroeste, donde la pendiente es moderada en 6'60 m de longitud, tallaron una serie de pequeños entalles que facilitaban el acceso, colocando los pies y también en algunos puntos más dificultosos las manos para ayudarse en la escalada. El número de entalles es de 15. En todos los casos, excepto en dos, las oquedades constituyen una línea ascendente y algo curvada. En dos puntos, ambos muy próximos e inmediatos a la coronación de la roca, en el espacio entre dos escalones, se tallaron otros dos conformando una línea paralela parcial. Cada uno de los escalones es poco profundo, pero suficiente para la función que desempeña. Sus dimensiones oscilan entre 20 cm de ancho x 26 de alto, el más grande, y 13 x 12 cm el más pequeño. La media del ancho está en 16,2 cm y la del alto en 18,6 cm. La distancia media entre los escalones es de 29 cm; la más larga, hacia la mitad de la alineación, es de 53 cm. Con estas características, el acceso a la roca no reviste una complicación especial. Los escalones facilitarían el acceso a la roca y el posterior descenso, sobre todo si se encontraba mojada. Estos escalones, aunque constituyeran un elemento funcional para el ascenso, tenían además la misión de distinguir la roca, de invertir en ella mediante alguna labor para hacerla diferente y con ello señalarla más aún como un lugar de especial transcendencia para la comunidad que la frecuentaba.



Figura 21. Canto del Mortero. Entalles en la roca y cazoleta central con canales

Interpretar el cometido antiguo de esta roca no resulta fácil. Es esencial reconocer que la escasez de restos en superficie (solo se conoce un fragmento de cerámica fabricada a mano) tiene que implicar que no tuvo un carácter cotidiano, es decir, que no estaba dentro de un lugar de habitación donde los desechos de la vida diaria son abundantes, sino que se usaría en determinados momentos y para actos muy concretos. Teniendo en cuenta esto, el protagonismo ambiental del sitio y su consiguiente carácter de referencia visual son factores muy importantes que hay que tener en cuenta para interpretarlo. Si a ello añadimos ciertas características morfológicas, como el hecho de la plataforma casi por completo horizontal en la cima, la presencia de canales supuestamente naturales en ella, tal vez ampliados, y de una cazoleta-pozo central, con razones para considerarla artificial toda o en

parte sustancial, tendremos, no obstante, un emplazamiento cuyas circunstancias inducen a creer que pudiera ser un lugar de utilización prehistórica relacionado con el mundo de las creencias y los rituales, es decir, un lugar con carácter simbólico. Además, guarda paralelismos con otros casos en la península ibérica conocidos de antemano. Uno de ellos en el mismo término de Bonilla de la Sierra, que más adelante veremos, y otros dos, relativamente cercanos en el espacio, en los municipios de Solosancho y Sotalvo, con recipientes en su cúspide, como el descrito con anterioridad (Fabián García, 2010). Pero nada sabemos concreto sobre los rituales que allí se llevaran a cabo. Ya hemos dicho que las necesidades de ayuda en la vida de las gentes desde el reino que mandaba en lo bueno y en lo malo, exigía una buena relación, relación que había que propiciar con los rituales. En la piedra del Canto del Mortero, por sus características en la zona de su cúspide, tal vez pueda intuirse algún tipo de acción relacionada con líquidos que habrían corrido por los canales aludidos, precipitándose por las paredes de la roca. Sabemos que en la antigüedad los rituales de sacrificios con sangre fueron algo habitual. Mucho tiempo después de lo que sucediera en el Canto del Mortero, en los ya evolucionados tiempos romanos, se llevaban a cabo sacrificios de animales con toda normalidad, e incluso en ese tiempo también, conquistada la zona de los vetones un siglo atrás, cuenta el historiador Plutarco que el cónsul Publio L. Craso en el 97 a. C. tuvo que hacer prohibición expresa a los vetones de Bletisama —actual Ledesma (Salamanca)— para que dejaran de hacer sacrificios humanos, los cuales, debían estarse haciendo con la misma naturalidad con la que los harían desde mucho tiempo atrás. Los sacrificios humanos fueron una práctica habitual hasta poco antes del cambio de era. No puede asegurarse nada a este respecto para el Canto del Mortero, pero podría estar dentro de la interpretación genérica de los rituales de sangre.



Figura 22. Canto del Mortero. Reconstrucción de un ritual en la roca (Ilustración de J. Muñoz Domínguez)

Muy próximo al Canto del Mortero, a 110 m al norte, todavía en la loma, hay otro testimonio que bien pudiera obedecer a una roca transformada con un sentido simbólico-ritual. Se trata tipológicamente de un caso distinto, pero muy especial también, con algún paralelo más en la provincia de Ávila, como uno del cerro de San Mateo (Fabián García, 2010: 254). En una roca que no destaca más de un metro del suelo, hay dos elementos significativos transformados a partir de una roca originaria: por una parte, una plataforma horizontal que remite al segundo elemento: una protuberancia destacada mediante un rebaje de la roca con forma ovalada (0,84 × 0,76 m), que alberga en su interior una concavidad bien definida, con una boca circular de 0,60 m de diámetro que desagua en un vertedero corto hacia el sur de 0,46 m, por el que se precipitaría cualquier líquido que llenara suficientemente la pileta. De manera complementaria hay un elemento anejo y asociado a ella, pequeño y horizontal, que parece concebido para el apoyo sobre él de algún otro elemento que pueda verter su contenido sobre la pila descrita en primer lugar. Tal vez pudiera tratarse del lugar donde se apoyará a un animal a sacrificar, si el ritual allí era el de sacrificio.



Figura 23. El Canto del Mortero-2. Altar rupestre

En cuanto a las circunstancias particulares, lo más destacable es el rebaje que tiene la piedra por tres de sus lados para hacer que resalte la pileta. La roca parece rebajada lo suficiente como para que sobresalga en la zona más alta casi 1 m. De esa forma, destaca con claridad una parte única de la roca, aquella en la que se encuentra la pileta. No se advierte una diferencia de composición en el granito

que hubiera provocado una erosión diferencial con la suficiente casualidad como para destacar precisamente la parte donde se encontraba una marmita de gigante natural, que pudo ser transformada, como parece indicar el hecho de que haya una cavidad y un reborde concéntrico en ella. Por tanto, es del todo posible atribuirle al conjunto un carácter artificial. No sería forzar en exceso la imaginación pensar que, si la pileta tuvo como destino contener determinados líquidos, esta repisa sirviera como antesala y complemento de su vertido, colocando allí, por ejemplo, recipientes. En ese mismo sentido, tampoco sería forzado pensar que sirviera para apoyar un cuerpo pequeño de animal, de forma que, si se le sacrificaba, la sangre cayera de manera directa a la pileta. Es tan solo una hipótesis que, naturalmente, obliga, primero, a autenticar el lugar como tal altar rupestre, pero en lo que para ello confluje de modo positivo una serie de circunstancias que, sin forzar la realidad, parece apoyar su candidatura a estar dentro de ese amplio y complicado apartado de la arqueología conocido como los santuarios y altares rupestres.



Figura 24. Canto del Mortero-2. Detalle de la pileta protagonizada mediante el rebaje de la roca

Tampoco en el entorno de este segundo caso se conocen restos arqueológicos diseminados por el suelo que ayuden a conocer su cronología. Del Canto del Mortero, por asociación con otros similares, se puede dar como cronología desde el final del Neolítico y el Calcolítico (4000 a 2200 a. C.) hasta algún momento de la Edad del Bronce (2200-900 a. C.). Del segundo caso no es posible ni siquiera eso mismo, pero es necesario reflexionar sobre el hecho de que se encuentren en la

misma zona, lo cual podría indicar asociación directa o una continuidad como lugar sagrado en el tiempo con otro tipo de rituales. A este respecto hay que preguntarse si es casual o no que, a una distancia de tan solo 360 m por debajo del Canto del Mortero, estuviera entre 1581 y 1833 el pequeño convento de San Matías, del que apenas quedan hoy en día algunos restos. No sería la primera vez que un sitio pagano se terminó por convertir en un lugar cristiano, aunque para este caso habría que explicar la distancia entre la construcción del convento (siglo XVI) y el tiempo en que las piedras ligadas a antiguas creencias todavía tenían una atracción en la población en teoría ya cristianizada. Sabemos que Martín de Braga, un obispo de finales del siglo VI, estaba muy indignado con el culto a las piedras que aún se daba en la península ibérica, teniendo en cuenta que la religión cristiana gozaba de oficialidad y de consolidación desde finales del siglo IV. Tendríamos que conocer el nexo intermedio entre el siglo VI y el XIV en forma de algún templo medieval que hubiera habido en la zona, algo de lo que no tenemos ninguna noticia. Por ello, en tanto que no la tengamos, hemos de seguir pensando que la ubicación aproximadamente coincidente es solo una casualidad.

Solo investigaciones más profundas dirán algún día quiénes y durante cuánto tiempo utilizaron el Canto del Mortero. No puede asegurarse que fueran por necesidad los habitantes inmediatos de la zona, porque los lugares sagrados pueden serlo también para poblaciones distantes. Quizá, para entenderlo mejor, podamos asociar la presencia de rituales en estos lugares a algo todavía propio de nuestro tiempo, aunque con más trascendencia en el pasado inmediato: las romerías a santuarios campestres. Estos altares rupestres, como las ermitas y sus romerías correspondientes, son sitios sagrados donde las gentes acuden para realizar un ritual que tiene que ver con sus creencias. Eran lugares de reunión y de comunicación muy útiles para la sociedad en muchos sentidos, porque las celebraciones trascendían a lo religioso y eran, además, oportunidades para concertar pactos de todo tipo, para vender, intercambiar y para dar rienda suelta a lo lúdico, de lo que precisa de igual manera siempre el ser humano. Es decir, similar a lo que citábamos al hablar de los dólmenes cuando abordábamos la vida en la Mueda.

II.1.7. EL FINAL DEL CALCOLÍTICO Y EL PRINCIPIO DE LA EDAD DEL BRONCE

El clima del Calcolítico fue de modo progresivo evolucionando hacia una mayor aridez desde aproximadamente el 2500 a. C. Los estudios arqueo-palínicos llevados a cabo en el vecino valle Amblés y en las tierras llanas al norte de él, muestran un progresivo aumento de la aridez que desembocará hacia el 2200 a. C. en un notable máximo. Ese máximo provocará un cambio generalizado de la vida de las

gentes calcolíticas. Si antes se había vivido de la conjunción de la agricultura y la ganadería en una economía mixta, ahora la ganadería será lo predominante, puesto que la aridez no permitía garantizar las cosechas de antes. Las gentes debieron adaptar su economía a las nuevas condiciones, en vista de que el anterior modelo no daba los mismos resultados. Aquellos que vivían en terrenos menos favorables a la agricultura, pero la practicaban, sin embargo, tuvieron que optar por la ganadería como forma básica de economía. A este fenómeno de aridez se le ha denominado Evento climático 4.0. ka (Fabián García, Blanco González y López Sáez, 2006). Tuvo incidencia en todo el mundo y con la responsabilidad de haber sido el causante del fin de varias civilizaciones en diversas partes de la Tierra muy alejadas entre sí. La investigación arqueológica, y dentro de ella el estudio del polen fósil, no ha permitido saber aún las causas.

Aquellas granjas calcolíticas estables como la Mueda, que habían poblado los valles del Corneja y Amblés y que fueron las causantes de la deforestación paulatina de las llanuras del fondo del valle con objeto de abrir nuevos campos de cultivo y de prados para la ganadería, fueron entonces abandonadas en la mayor parte de los casos en favor de una economía ganadera que buscaba recursos para los ganados allí donde le era posible encontrarlos. La estabilidad de las granjas al lado de sus territorios económicos se tornó entonces en un cierto nomadismo cuyo alcance exacto no conocemos todavía, solo sabemos que se iba a los lugares donde se conservaban los pastos más tiempo en la época más cálida del año. El pastoreo se convirtió en el principal modo de vida y lugares como la Mueda, si no habían sido abandonados antes de ese momento, lo fueron para siempre ya, aunque las posibilidades para la práctica de la ganadería allí son buenas. Tal vez había sido abandonado antes. Eso pasó aproximadamente desde el 2200 a. C., iniciándose lo que por ello —y para entendernos por etapas en el estudio de la historia— fue el principio de la Edad del Bronce. Como máximo, pudo durar esa fase climática hasta el 1800 a. C., iniciándose en torno a ese tiempo un retorno a una economía mixta agrícola y ganadera, abandonada como modelo siglos atrás.

El abandono de un determinado modo de vida ha llevado por lo general acarreada una cadena de cambios que es en realidad la acomodación y la construcción del mundo correspondiente a la nueva vida, en la que, al cambiar la mentalidad, se arrastra a todo lo demás. El cambio en el modo de vida hubo de implicar transformaciones importantes. Valga el caso de las creencias y los rituales: puesto que las necesidades eran otras, la construcción de la estructura de explicaciones y justificaciones de conjunto debía de ser por fuerza otra. Por poner un ejemplo: en un mundo de agricultores, la Madre Tierra es la que proporciona buena parte de la manutención; por lo tanto, la Tierra —y lo que produce— tiene que ser objeto de veneración en cualquier sentido, de modo que para las creencias antiguas era una auténtica diosa,

porque las gentes dependían por entero de ella y asociaban la dependencia con el culto debido. Si esa forma de vida cambiaba y es el ganado la forma de dedicación preferencial, moviéndose en el monte y la itinerancia el vehículo, parece evidente que se forme un complejo mundo de creencias y reverencias que tenga que ver con ello y se adapten a esa forma concreta de vida. Por tanto, los símbolos cambiarán y se manifestarán, además, en otros lugares distintos a los de antes, representando el modo de vida y ubicándolos en los puntos donde se desarrollaba ahora la vida. En lo material, habrá cambios en las herramientas y en todo lo imprescindible para la vida diaria, como, por ejemplo, en las formas de los recipientes, que se adaptarán a las necesidades propias del momento. Las decoraciones simbólicas y funcionales en esos recipientes serán también acordes con la nueva mentalidad. Por otro lado, el nuevo modo de vida cambiará las estructuras sociales, y si se trata de un tiempo donde la situación provoca desigualdades, será inevitable que aparezcan y se manifiesten con la mayor claridad que les sea posible, esto es, los que tienen más éxito encumbrándose a lo alto de la sociedad y buscando, como viene siendo lógico en el ser humano, quedarse en ese privilegio, ideando para ello estrategias que lo consoliden.



Figura 25. Zona al este de Bonilla, donde aparecen restos prehistóricos de ocupación dispersa

Un detalle importante de este tiempo, que puede afectar al territorio de Bonilla de la Sierra, es la elección de lugares simbólicos. Viene observándose que son frecuentados en este tiempo lugares que presentan una clara referencia visual en el paisaje por su morfología cónica. En la Meseta norte se les ha identificado y se les sigue identificando cuando aumentan las investigaciones. Son lugares que se frecuentan no por alguna cuestión defensiva, sino por razones simbólicas; sitios a los que se acude y en las zonas más altas se depositan objetos muy concretos,

unos de la vida cotidiana —punzones, puñales— y otros tan solo simbólicos, como pequeñas hachas votivas, ídolos, vasitos muy pequeños sin utilidad práctica (Fabían García, 2006: 513-519). A la vez, en algunos casos conocidos, se sepultan numerosos recipientes cerámicos después de haber sido usados, y rotos, como si se tratara de ofrendas, como si quisieran devolver lo que la tierra les dio en forma de barro para sus vasijas. En el valle del Corneja y en su vecino Amblés, así como en la llamada sierra de Ávila, se conocen numerosos casos de estos, todos bajo el mismo patrón. El Berrueco de Bonilla responde a este mismo estereotipo: una altitud bien destacada, con forma cónica, claramente visible, coronada por bloques graníticos. Los restos de algún tipo de ocupación son muy escasos, sin embargo, se reducen a algunos mínimos fragmentos de cerámicas a mano, muy rodadas, muy pequeñas, que no permiten decir mucho sobre ellas. Ello tiene que indicar que se frecuentaba lo justo como para no prodigar restos que hoy podamos hallar. En varios puntos de sus inmediaciones se encuentran con más frecuencia, pero sin gran abundancia, restos cerámicos fabricados a mano cuyo aspecto recuerda más a la cerámica del principio de la Edad del Bronce que a otro tiempo. En la zona de la Umbría / Navalterrero. En la alta ladera del pico que mira hacia el SO y muy cerca de la altitud máxima del pico, se han encontrado cerámicas que responden a los tipos y decoraciones del principio de la Edad del Bronce. En ese tiempo son habituales los bordes de los recipientes con pequeñas rayas muy breves hechas con punzón o con la impresión de los dedos marcadas cuando la pasta estaba aún fresca, antes de cocerla por completo. En el cuerpo de las piezas colocaban cordones de barro que lo recorren, en los que, además, se marcan los dedos o se graban rayas cortas. Es una cerámica muy característica de ese momento, muy tosca con respecto a la etapa anterior. Donde aparece, no se conoce por ahora una concentración muy específica que indique la presencia de un sitio tan estable como era la Mueda. Tal vez en la zona de Navalterrero pudo ser la ocupación un poco más duradera o más recurrente, si de lo que se trataba era de ir con los rebaños buscando zonas propicias. Tal vez responda a lo mismo otro punto un poco más al norte del anterior, en el que, también en la ladera de la misma loma montañosa, que es la que bordea el valle de Bonilla, hay algunas concentraciones de restos cerámicos antiguos, aunque aquí no se han hallado piezas tan significativas como las del punto anterior. Todos estos lugares responden bien a la posibilidad de una economía ganadera de base pastoril, como la que se practicó en el principio de la Edad del Bronce durante el ya aludido Evento climático 4.0. ka.

II.1.8. UNA LARGA AUSENCIA SIGUIENTE DE MÁS DE 2000 AÑOS

¿Es posible que siguiera después del 2000-1800 a. C. una larguísima ausencia de 2000 años sin utilizar el territorio de Bonilla de la Sierra? Dos milenios son mucho tiempo, pero, si no hay nada que los acorte, tendremos que creer que el territorio de Bonilla no fue utilizado en ese largo lapso, o por lo menos puede que no fuera utilizado en la forma en la que lo había sido antes y lo fue después. Los yacimientos conocidos de Bonilla cabe que no sean todos lo que haya, pero tampoco habrá muchos más con la evidencia de los conocidos, porque estos lo son precisamente por la evidencia que presentan, no habiendo pasado desapercibidos, como pueden pasar los que presentan pocos indicios. Si en realidad no hay yacimientos que atestigüen la habitación humana de una forma más o menos permanente en el valle de Bonilla, no significa que no se dieran ocupaciones esporádicas que hayan podido dejar muy pocos restos en los asentamientos, ya que los restos se generan con la frecuentación en tiempo.

El valle del Corneja y su prolongación en el del Tormes no dejaron de ocuparse, pero es cierto que no con una gran intensidad. De la plena Edad del Bronce se conocen algunos lugares en el fondo del valle, cercanos a los cursos de agua, que hablan de una vuelta a la agricultura, la que se había perdido en buena medida con el pastoreo en el tiempo de la aridez del mencionado Evento climático 4.0. ka. En lo alto del cerro donde se asienta el castillo de El Mirón, la gran atalaya de dominio del valle del Corneja, al final



Figura 26. El cerro del Berrueco de Bonilla de la Sierra, desde la zona este del valle del Corneja

de la Edad del Bronce, en torno al 1000 a. C., hubo una ocupación similar a la que se dio en el algo más lejano, pero siempre visualmente presente, que es el sitio de Cancho Enamorado, en lo alto del emblemático cerro del Berrueco, unos de los complejos arqueológicos más im-

portantes, si no el que más como tal complejo, de todo el sur de la Meseta norte. Algún tiempo indeterminable después, en la zona de Hoyorredondo hubo una extensa ocupación en las cercanías del río Corneja, ya dentro de la Edad el Hierro, en sus

inicios, posiblemente en torno al 800-500 a. C. También un poco más allá y de nuevo asociado al cerro del Berrueco, esta vez al pie de la enorme mole de roca emergente en el paisaje que lo compone, estuvo el poblado de la I y II Edad del Hierro (900 / 800 a. C. al siglo I a. C.) de las Paredejas (Fabián García, 1986-1987). Tiempos de contactos con las gentes venidas desde el extremo mediterráneo que fueron introduciendo cambios a través de las rutas de llegada como fue el valle del Jerte y el paso en la zona de Béjar que luego en tiempo romano sería la vía entre Emerita y Asturica (*la Vía de la Plata*).

Tal vez los más esenciales presupuestos para la vida que inducían a las ocupaciones en la Edad del Bronce y la del Hierro no se daban en la zona de Bonilla como para organizar establecimientos de mayor duración. Quizá, tras el abandono de unas décadas, la zona se convirtiera en un bosque que no era rentable talar, porque no compensaba una inversión de trabajo grande en una zona que no fuera a ser lo suficientemente provechosa, habiendo otras mejores para invertir, ya que la presión sobre el espacio no era grande, al no haber una gran población. La tecnología en ese tiempo era limitada en estos aspectos, por lo que las inversiones de trabajo eran muy bien calculadas. No se daban en la zona de Bonilla las llanuras aluviales al lado de cursos estables de agua, ni los cerros bien defendibles que se frecuentaban en la zona al final de la Edad del Bronce y de la del Hierro; no constituía tampoco el territorio bonillano un punto estratégico de paso. Aunque el lugar que ocupa el actual pueblo es un pequeño altozano, un tanto destacado sobre su entorno más inmediato, no parece que fuera lo bastante atractivo por sí mismo como para ubicar en él un castro de la Edad del Hierro. Sin embargo, no hace mucho tiempo, durante las excavaciones que se llevaron a cabo en la muralla sur y su entorno, apareció un fragmento de una fíbula de bronce de las llamadas *zoomorfas* de la II Edad del Hierro, por representar en lo que es el puente de la pieza la figura esquematizada de un animal, puede que un pájaro, que puede fecharse en el siglo III a. C. Las fíbulas eran una forma de imperdibles que servían para sujetar determinadas ropas y solían tener distintas formas. A la hallada en Bonilla de la Sierra le falta el muelle perpendicular, del que partía la aguja que se introducía en la prenda de vestir. No cabe ninguna duda sobre su autenticidad, pero su presencia donde se la halló suscita alguna pregunta. ¿Responde el hallazgo a la existencia de un castro vetón de la II Edad del Hierro en el solar de la actual Bonilla? Lo más probable es que



Figura 27. Fragmento de fíbula zoomorfa de la II Edad del Hierro hallada en la excavación de la muralla sur de Bonilla de la Sierra

no sea así, porque no se conoce allí ni un solo testimonio que no sea esta fíbula. La existencia de un castro vetón de la Edad del Hierro suele ser muy evidente en restos allí donde los ha habido, cosa que no se da en Bonilla. Los castros de ese tiempo no se esconden en la geografía, ya hubieran aparecido muchos más restos que serían conocidos. Lo más probable es que la fíbula fuera recogida o bien en el campo, extraviada en su tiempo, o en los dos puntos del valle donde sí hubo ocupación vetona: en el aludido castro de las Paredejas (Medinilla) o en El Mirón, en el cerro que corona el castillo. Alguien pudo encontrarla y llevarla a Bonilla hace algunos siglos y desecharla finalmente. A falta de más y mejores datos esta tendría que ser la explicación de la fíbula en la muralla medieval de Bonilla.

no sea así, porque no se conoce allí ni un solo testimonio que no sea esta fíbula. La existencia de un castro vetón de la Edad del Hierro suele ser muy evidente en restos allí donde los ha habido, cosa que no se da en Bonilla. Los castros de ese tiempo no se esconden en la geografía, ya hubieran aparecido muchos más restos que serían conocidos. Lo más probable es que la fíbula fuera recogida o bien en el campo, extraviada en su tiempo, o en los dos puntos del valle donde sí hubo ocupación vetona: en el aludido castro de las Paredejas (Medinilla) o en El Mirón, en el cerro que corona el castillo. Alguien pudo encontrarla y llevarla a Bonilla hace algunos siglos y desecharla finalmente. A falta de más y mejores datos esta tendría que ser la explicación de la fíbula en la muralla medieval de Bonilla.

II.1.9. EL VERRACO DE BONILLA DE LA SIERRA

Hay noticia de otro elemento que podría introducir dudas sobre una ocupación vetona en Bonilla de la Sierra. Hablamos de una escultura zoomorfa de piedra, de las habitualmente conocidas como *verracos o toros de piedra*. Sabemos de ella por lo que dice E. Ballesteros en su *Estudio histórico de Ávila y su territorio* (1896), donde se recoge el comentario de Gil González Dávila —nada menos que de 1596— sobre una serie de esculturas zoomorfas conocidas por él entonces. Una de las que menciona se refiere a Bonilla de la Sierra. No dudamos de la veracidad de las palabras del cronista abulense ni de su asociación con Bonilla, aunque muchas veces este tipo de informaciones tan antiguas pueden desvirtuar la realidad. La cuestión es a qué momento adjudicar esa escultura, si a la Edad del Hierro o al tiempo romano, puesto que tienen dos momentos consecutivos de uso: un tiempo prerromano vetón y otro posterior, asociado a la romanización, hasta el siglo II d. C. Desconociendo las características del supuesto verraco y considerando que la noticia no sitúa el hallazgo en el casco urbano de Bonilla, sino que lo cita como de Bonilla, habrá que entender que apareció dentro de su término municipal, pero en el campo, con lo cual



Figura 28. Reconstrucción de la talla de una escultura zoomorfa (Ilustración de J. Muñoz Domínguez)

posiblemente haya que relacionarlo con el yacimiento romano de la Huerta de la Dehesa, del que trataremos cuando se aborde el tiempo romano.

II.1.10. LOS ALTARES RUPESTRES DE NAVALTERRERO

Aunque no conozcamos ocupación que implique vida continuada en el término de Bonilla desde mediados de la Edad del Bronce y durante toda la Edad del Hierro, es decir, un hábitat, resulta curioso que de nuevo haya indicios ligados a rituales que puede que daten de ese tiempo de no ocupación. Es cierto que no necesariamente los lugares de habitación se tienen que corresponder siempre con lugares rituales, por más que pueda ser lógico que unos y otros se asocien asimismo a veces en un determinado territorio. En el lejano pasado, como en el más cercano a nosotros, muchos de los lugares sagrados estaban en medio del campo, sin atender a otra razón que no sea que el lugar sagrado se sitúa en el punto donde la divinidad se manifiesta o donde se cree que desde allí es más fácil comunicarse con ella. Como, por ejemplo, la singularidad de una piedra, entre algunas otras razones, y entre las que está también el utilizar la sacralización de un lugar como forma de apropiación de un territorio, que se capta así mediante la ritualidad y se hace propio.

En la zona de Navalterrero hay dos testimonios de lo que se ha dado en llamar en arqueología *altares rupestres*, con similitud en la esencia a lo que hemos visto para el Canto del Mortero. Este tipo de identificaciones se consideran así porque presentan alguna transformación en una roca que la diferencia del resto y, además, porque lo que vemos no parece que concuerde con algo funcional de la vida diaria.



Figura 29. Situación de los altares rupestres de Navalterrero-1 (amarillo) y Navalterrero-2 (rojo) en la pradera aún verde en verano

En el caso de los dos altares rupestres de Navalterrero, lo que les confiere la posibilidad de que lo sean en realidad es el tallado de escaleras en la roca para ascender a la zona más alta. Por comparación, pueden asociarse con otros altares conocidos, en los que la evidencia es mayor. Los dos casos de Bonilla que pueden ser atribuidos a la Edad del Hierro se encuentran separados entre sí unos 200 m y están en el límite de una pequeña zona de prados en medio del encinar que bordea por el este el arroyo (llamado localmente *río*) de Bonilla. Vamos a abordarlos cada uno por separado.

El primero de ellos está sobre una roca que aparece solitaria en medio de la pradera. Su protagonismo como única roca allí es claro, aunque no destaque más

de 2 m sobre el suelo actual del prado. Tiene forma redondeada. La zona más alta constituye una superficie con ligera inclinación NO-SE. Se accede a esa plataforma mediante tres escalones. De ellos, dos son claros (en torno a 0'40 m de longitud por 0'26 m de huella por 0'30 m de contrahuella) y uno, el primero —en realidad un entalle—, menos elaborado, tan solo para colocar el pie con el que iniciar el impulso para alcanzar los otros dos escalones más seguros. En realidad, para ascender a la roca no era necesario tallar los escalones. Simplemente con uno hubiera resultado de ayuda para ascender; por tanto, el hecho de tallarlos debe de implicar una forma de caracterizar la roca, de diferenciarla de las demás a través de la acción de una talla de escalones que la distinguía y la dignificaba.



Figura 30. Altar rupestre de Navalterrero-1 desde el este.

Ya hemos dicho que la plataforma no es horizontal, sino algo inclinada. Esa inclinación se produce, en parte, a través de tres estadios escalonados / repisas, toscos, de aspecto artificial, pero con claridad marcados en la roca, con una longitud de 0'50-0'60 m con 0'25 m de huella y 0'15 de contrahuella. El más alto implica una pequeña plataforma horizontal a la que se asciende mediante los dos escalones siguientes. En ella hay tallada una pequeña cazoleta cilíndrica de 8 cm de diámetro por 12 cm de profundidad, cuyas características son sin duda artificiales. Si fue para contener algún tipo de líquido o para sujetar algo que debía mantenerse vertical, no lo sabemos; más bien parece lo segundo.



Figura 31. Altar rupestre de Navalterrero-1 desde el sur

Lo que es cierto es que, en casi todos los casos de rocas con escalones, en la plataforma a la que se accede hay algún tipo de recipiente tallado, sea natural, artificial o de origen natural luego retocado, aunque siempre más grandes que la de Navalterrero, que parece ínfimo por comparación con los otros. Un caso muy evidente es el del altar de los sacrificios del castro vetón de Ulaca, en el que las escaleras conducen a una plataforma donde hay dos cavidades comunicadas en las que lo vertido en una de ellas desembocaría en la otra. También en la plataforma, al margen de los escalones o repisas, hay una especie de cárcava excavada por el agua, que vierte hacia el SO, por la que podía discurrir con vistosidad cualquier líquido derramado sobre la plataforma. La superficie general de la plataforma tiene unos 16 m², lo que permitiría moverse por ella en torno a 4-5 personas como máximo.



Figura 32. Altar rupestre de Navaleterrero-1. Detalle de los escalones y cazoleta

El conjunto de características de esta roca la asocia con otras muchas similares repartidas a lo largo del territorio rocoso de la península ibérica, nunca exactamente iguales, porque en todos los casos se adaptan a la morfología de una roca que ya existe. Si es lo que creemos que fue, puede imaginarse un acto del tipo que se fuera, que sería visualizado en lo alto de la roca y observado desde el prado. Su relación con el manantial existente a 60 m al oeste puede ser una pista valiosa para interpretar su existencia.

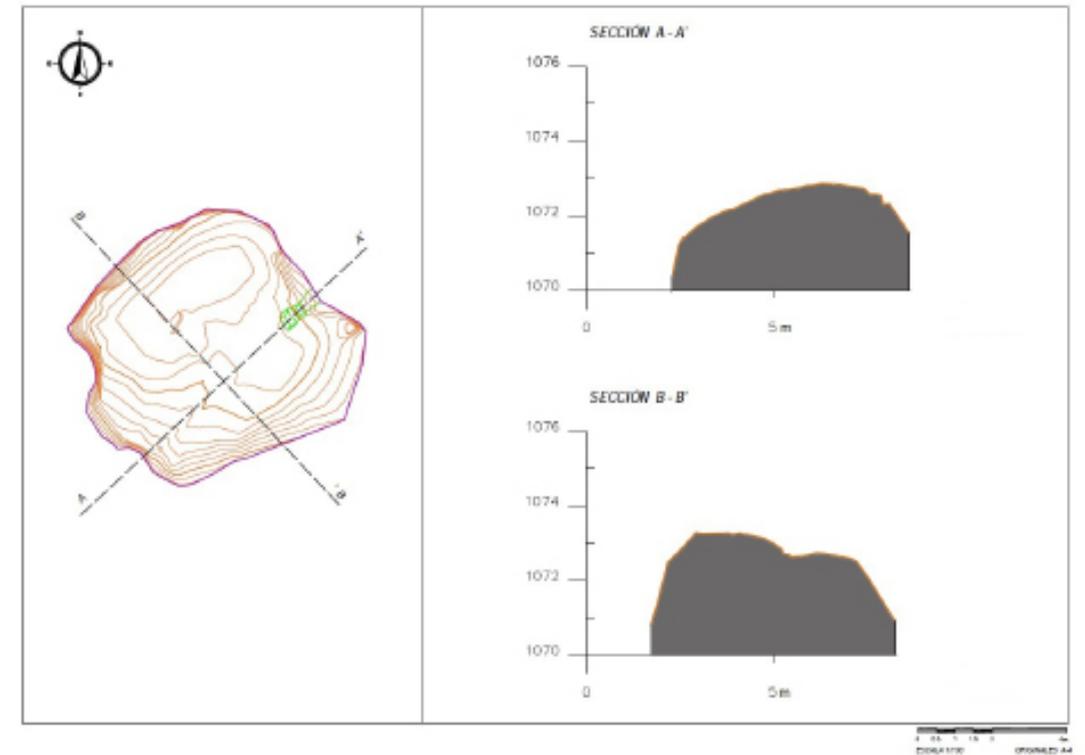


Figura 33. Altar rupestre de Navalterrero-1 (Levantamiento topográfico realizado por Ignacio Luis, Diputación de Ávila)

El otro testimonio similar antes hemos dicho que se encuentra a unos 200 m al NE, en este caso bordeando el prado donde estaba el anterior, en el límite donde contacta con terreno de monte bajo, menos apto para pastos frescos. Por el tipo de los escalones, se asociaría al descrito; por tanto, se diferenciaría en tipología y en cronología al igual que el señalado para el Canto del Mortero.



Figura 34. Frontal al S-O del altar rupestre de Navalterrero-2

En una roca de forma más o menos ovalada de unos 6 m de larga por 3 m de ancha y 1'95 m de altura máxima se han labrado en el mismo frente, localizado a poniente, tres escalones que ascienden a su parte más alta. Son escalones de dimensiones en torno a 0'40 m de longitud por 0'26 m de huella y 0'30 m de contrahuella. A 1'60 m de las escaleras, en el otro extremo del frente de la roca, se ha labrado en la plataforma de la zona alta, pegada al frente de la piedra, una pileta cuadrada de 0'45 m de lado por 0'25 m de alto, abierta al frente de la roca, de forma que no podría contener establemente ningún líquido, porque se derramaría por la superficie vertical de la pared. En esa pared, y a partir de la pileta y del derramamiento continuado del agua de la lluvia a través de ella, se ha formado una marca muy clara de desgaste de la roca, lo cual implicaría dos cosas posibles: que la pileta labrada es antigua porque ha posibilitado con su existencia la precipitación del agua durante mucho tiempo en ese punto; o que allí existía ya una marmita de gigante de las habituales en el granito, que precipitaba el agua por la pared, que luego fue regularizada y convertida en una pileta cuadrada.

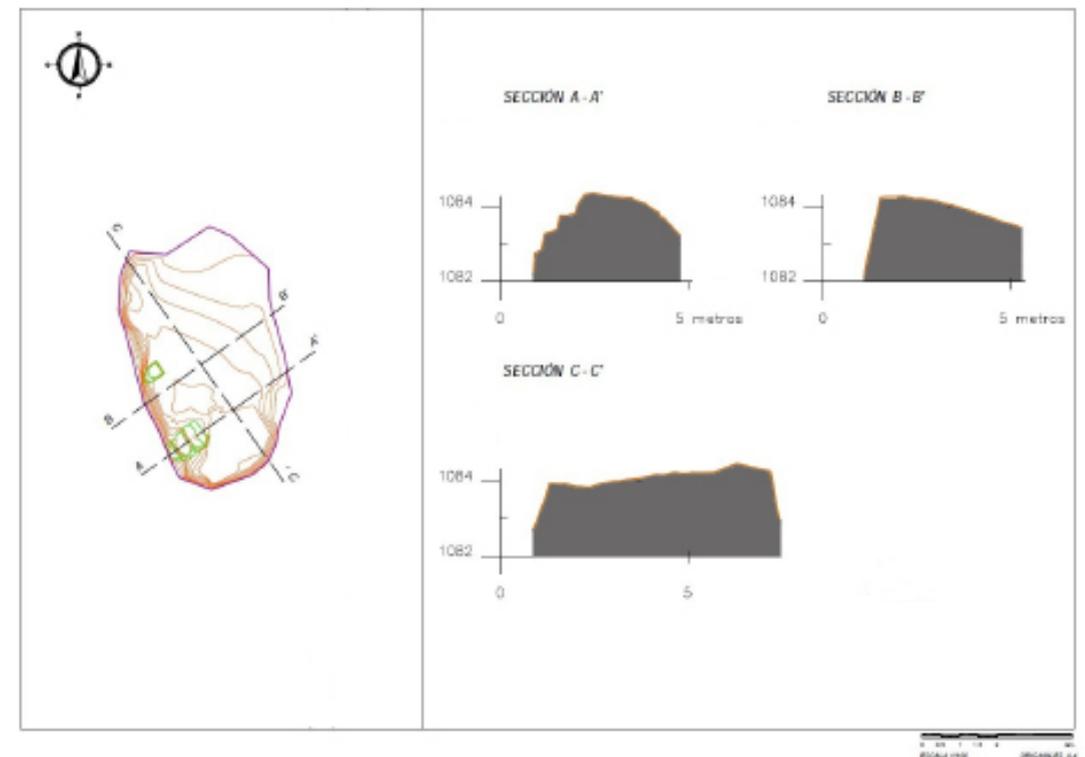


Figura 35. Planta y secciones del altar rupestre de Navalterrero 2 (Planimetría realizada por Ignacio Luis, Diputación de Ávila)

La superficie superior de la roca es en general plana, con cierta inclinación hacia el este. El hecho de que esté muy cubierta de maleza y tierra hace que no se la haya podido estudiar de manera conveniente, sobre todo para conocer si tiene algún tipo de recipiente excavado en la roca, natural o artificial, como suele ser habitual.



Figura 36. Altar rupestre de Navalterrero-2. Vista cenital

Por sus características, se puede considerar también como un altar rupestre. No se entiende, al menos a simple vista y por asociación con algo cercano a nuestro tiempo, como algo funcional, relacionado con una actividad reconocible. Varios son los factores para adjudicarle un sentido que se supone ritual: en primer lugar, las características generales de la roca, tal vez retocada para hacerla más adecuada a lo que se pretendía; en segundo, los tres escalones que conducen a la parte alta sin duda están induciendo a pensar que fueron tallados en la roca precisamente para facilitar el ascenso, a la vez que como una forma de dignificar la roca y constituirla como una referencia para ser usada de forma continuada en el tiempo. Para un uso circunstancial y esporádico, no parece probable que se hubieran tallado los escalones, ni con tanto cuidado. Por otra parte, la pileta cuadrada a un lado de los escalones, por sus características de vertido hacia el lado mejor presentable de la roca, está indicando que bien pudiera tener que ver con la intención de derramar allí algo que enseguida caería por toda la pared de la roca. Una vez más, por tanto, es el mismo detalle que se ve en la mayoría de los casos, en los que parece claro que

debe apreciarse el acto de derramarse algo y verter a algún lado, como en el castro de Ulaca y en tantos otros ejemplos.



Figura 37. Altar rupestre de Navalterrero-2. Detalle frontal de las escaleras y cenital de la pileta cuadrada en el extremo opuesto

La piedra, además, fue elegida con un cierto protagonismo en su entorno, sobre todo, con un espacio delante de ella para albergar espectadores de un presunto acto ritual.

En el mismo lugar donde se encuentra y tocando con ella, aparecen los restos de una especie de pequeño cerramiento del que queda un breve túmulo continuado que supone la pared derruida, hace —como poco— bastante tiempo, porque el derrumbe se ha cubierto ya con tierra. En ese túmulo se observan algunos fragmentos de teja curva. La pregunta que hay que hacerse es si tienen alguna relación el altar y este cerramiento o si, por el contrario, uno —el cerramiento— se ha aprovechado de la presencia de la roca del otro para apoyarse, dejando a un lado lo que pudo haber sido en otro tiempo. Tampoco esto puede saberse a día de hoy. Si pudo haber una continuidad pagana, luego cristianizada en el antiguo altar, no puede descartarse tampoco, aunque tal vez de ello hubiera quedado algún topónimo asociativo que lo dijera.

A falta de datos más esclarecedores, los dos altares rupestres de Navalterrero son hoy un enigma. Como en tantos otros testimonios similares, les adjudicamos el carácter ritual por descarte de lo funcional y por encontrarse aislados en una zona no utilizada para habitación desde antiguo. También, porque desde la cultura del tiempo medieval hasta hoy no hallamos paralelos que los asocien, y sí, sin embargo, en el tiempo pagano anterior, antes de época romana. Por esa razón, puede atribuirse a ese tiempo, asociado tipológicamente, por ejemplo, al del castro de Ulaca o al de la Atalaya, cercano cerro del Berrueco, y cabe que asociado al castro de los Tejares (Fabián García, 2010). Por contexto estos pertenecen al mundo prerromano vetón y están asociados a castros de ese momento, lo cual no es el caso de los de Navalterrero, nada, por otra parte, que no sea frecuente también en casos similares, puesto que muchos de ellos aparecen en medio del campo, como ya hemos dicho en páginas anteriores. Lo mismo que sucede desde la Edad Media hasta la Edad Moderna, encontramos lugares sagrados cristianos apartados de los centros de población, tan solo porque eran puntos de utilización por las gentes de la zona en otra modalidad que lo era el templo cercano habitual. Su relación con la pradera en la que están y con algún manantial antiguo que pudiera haber, referencial para quien anduviera por la zona con ganados, puede ser una hipótesis que cabe considerar. La relación de los focos con presencia de agua y los lugares de culto es algo muy frecuente desde la remota antigüedad, porque el agua era un bien preciado y necesario, lo que llevaba a la sacralización del sitio como forma de agradecimiento a la divinidad, que propiciaba la gracia de la existencia del preciado manantial. No sabemos si los dos altares rupestres fueron contemporáneos o uno sustituyó al otro modernizándolo, dentro del mismo gesto con el que se han renovado conocidas ermitas campestres en un lugar determinado a lo largo de los siglos.



Figura 38. Reconstrucción de un ritual de sacrificios de la Edad del Hierro (Ilustración de J. Muñoz Domínguez)

II. 1 EL TIEMPO MÁS ANTIGUO

1 El polen de cada primavera se conserva normalmente durante miles de años. En sus excavaciones, los arqueólogos toman muestras de la tierra antigua que no se han alterado desde que vivían los antiguos prehistóricos en un lugar e identifican los distintos pólenes que determinan la vegetación que había, conociendo así la vegetación antigua, fechando, además, las muestras por carbono 14, con lo cual averiguan cómo era el ambiente floral de un sitio en un momento dado. Por lógica, la flora está relacionada con el clima y con las acciones de todo tipo en un medio, por lo que también se sabe si había una determinada presión humana sobre ese medio que influía en la vegetación. De esa manera, los arqueólogos, valiéndose de los palinólogos, saben la vegetación, el tipo de clima que le corresponde y el grado de incidencia de determinadas acciones humanas sobre un lugar, datos muy importantes para reconstruir la vida de una población del pasado.

2 Excavación arqueológica dirigida por Jesús Caballero Arribas en 2017, a quien agradecemos la autorización para la inclusión en este trabajo de la fíbula.

II. 2 LA CULTURA ROMANA Y LA ÉPOCA ALTOMEDIEVAL

J. Francisco Fabián García

EL FINAL DE LAS LLAMADAS GUERRAS CELTIBÉRICAS (155-133 a. C.) marcó el término de la independencia del pueblo vetón que habitaba las actuales provincias de Ávila, Salamanca, Cáceres, parte de Toledo y tal vez parte de Zamora. Desde ese momento, los vetones estaban bajo el dominio de los romanos, que lo habían ido extendiendo de un lado al otro del Mediterráneo. Desde el 133 a. C., habiendo vencido a los pueblos de la Meseta, se acercaban más al control de toda la península ibérica, que se consumaría al final de las llamadas guerras cántabras (29 al 19 a. C.), en las que tuvo que intervenir el propio Augusto para consumar la victoria. De esas guerras celtibéricas sabemos mucho sobre las operaciones militares, contadas por el ganador, que, en ese tiempo y en cualquier otro, explican siempre la contienda a su manera y para su conveniencia. Pero tendrá que ser la arqueología la que explique mejor lo sucedido, abordando detalles de gran importancia al margen de lo puramente militar. La arqueología, por lo menos en tierras abulenses y salmantinas, todavía no se ha pronunciado sobre la verdadera incidencia en los castros conocidos que vivieron ese momento, porque no se ha investigado en profundidad. Cuando eso se lleve a cabo podremos saber el efecto verdadero de la guerra en los castros vetones, como en los de las Paredejas y los Tejares, ambos en el ámbito del cerro del Berrueco y cercanos al territorio de Bonilla (24 km al oeste).

Por lo que parece, al final de esas guerras los vetones no abandonaron sus asentamientos tradicionales, lo cual es muy posible que indique que, sabiéndose vencidos, sus élites pudieran haber llegado a un pacto con las romanas para que todo permaneciera con la misma apariencia. Ellos seguían gobernando a sus gentes, pero sabiéndose bajo el dominio de Roma. Y por eso es posible que permanecieran en sus castros hasta el fin de las guerras civiles romanas (82-72 a. C. y 49-44 a. C.), guerras esta vez entre los propios romanos en las que los vetones estuvieron siempre del lado del perdedor, lo que no les beneficiaría mucho en las consecuencias. Si no fue en la primera, sería en la segunda guerra civil —que fue en la que César venció a Pompeyo— cuando, por razones operativas y / o por imposición —César les mandó derribar las murallas—, los castros vetones comenzaron a convertirse en arqueología. Empezó así un tiempo en el que, a partir de los primeros años de nuestra era, ya fue nuevo en todos los sentidos, inaugurando enseguida dos siglos de estable prosperidad, tiempo en el que la romanización de las tierras vetonas fue cristalizando cada vez más, tanto que los vetones olvidaron su lengua particular a

favor del latín: no tenían un alfabeto ni sabían por tanto escribir, de forma que cuando aprendieron lo hicieron en la grafía y en la lengua latina, de ahí que nos resulte muy difícil averiguar los rasgos de su lengua, si no es a través de residuos lingüísticos que pervivieron dentro del latín y luego del castellano. E incluso llegaron a adoptar los dioses romanos, abandonando los suyos o asimilando sus características a los latinos. En definitiva, la cultura más fuerte y mejor organizada absorbió a la más atrasada y con ello la península ibérica se convirtió en provincia del Imperio romano y sus habitantes en ciudadanos romanos paulatinamente, con todas las mejores consecuencias para su forma de vida.

Los antiguos castros vetones de las Paredejas (Medinilla) y los Tejares (El Tejado) fueron abandonados por sus habitantes en busca de una vida mejor cuando se hizo posible vivir de otra forma. Las desventajas de vivir en lugares con dificultades económicas, por ser terrenos pobres y rocosos, dieron paso a la vida en las zonas de fondo de valle, donde la agricultura se practicaba más y mejor. Las nuevas posibilidades que se ofrecían a muchos jóvenes de formar parte del ejército imperial (las legiones romanas), la minería en algunos lugares como las Médulas, en la provincia de León, la agricultura más avanzada practicada por Roma y otras novedades que ahora ofrecía la economía, con la paz de fondo, cambiaron las cosas a partir de los primeros años de nuestra era, constituyendo un tiempo de prosperidad nuevo por completo. Las gentes de los antiguos castros buscaron asiento en la nueva situación, fuera en las proximidades de su antiguo territorio o emigrando allí donde se ofrecían oportunidades. Nada que no sepamos de la historia humana, pero adaptada a las condiciones de los tiempos que se vivían.

La civilización romana constituía un mundo que para nada era asimilable al que se había vivido antes. El grado de organización romano y su complejidad crearon prosperidad en los territorios que les pertenecían. Ese grado de organización empezó por dividir en provincias el territorio hispano. En principio en dos: la Hispania Citerior y la Ulterior. El valle del Corneja pertenecía a la Ulterior. Esta la dividió en dos: la Bética y la Lusitania, cada una gobernada por un pretor. El Corneja pertenecía a la Lusitania. A su vez, cada una de ellas se subdividía en varios *conventus*, con capital en Emerita Augusta (Mérida). Dentro de los *conventus* estaban las ciudades (*civitas*) y cada ciudad tenía su propio territorio, considerablemente más grande de lo que hoy entenderíamos como un término municipal. Para completar la jerarquía territorial dentro del espacio de las ciudades, había entidades menores que dependían de la ciudad: podían ser pequeñas aldeas (*vicus*), villas de ricos terratenientes o arrendatarios privados de diverso orden (*pagus*), etc. Todos ellos se debían a la ciudad. En realidad, se trataba de una subdivisión jerarquizada de un territorio concreto, similar en las esencias a cómo se distribuye en nuestros días cualquier territorio en un mundo civilizado, pero con las características propias del que había hace

poco menos de dos mil años.

Ha sido necesario explicar de manera sucinta este esquema de organización para aplicar, a partir de él, lo que sucedió en el territorio de Bonilla de la Sierra con los hispanorromanos que habitaron allí desde finales del Alto Imperio hasta lo que se conoce como tiempo tardorromano, cuando ya el Imperio romano se hallaba en una clara decadencia.

Antes de abordar más en profundidad la ocupación en este tiempo de Bonilla es necesario dejar claros algunos rasgos del poblamiento de la zona donde vivieron. Lo primero que hay que decir es que el valle del Corneja no fue un sitio de un gran interés en el tiempo romano. Ni lo fue este valle ni el contiguo Amblés, prueba de ello es que por ninguno de los dos atravesó alguno de los ejes principales de comunicación que surcaban Hispania comunicándola. Eso no quiere decir que no hubiera caminos por los que se movían las gentes propias y las ajenas y por las que se practicaba el comercio, se trashumaba el ganado...etc. Caminos hubo con toda seguridad, pero no fueron importantes porque en los *mapas de carreteras* de la antigüedad que se redactaron para información de los viajeros (Itinerario de Antonio o Itinerario de Rávena) nunca citaron un camino ni por el valle Amblés ni por el del Corneja. La vía de comunicación importante más cercana fue sin duda la que unía Emerita Augusta y Asturica Augusta (la que mucho tiempo después se llamaría *Vía de la Plata*), que pasaba a 40 km al oeste en la zona de Béjar, con dirección norte-sur. Había un posible atajo de esta vía para llegar más recto al valle del Corneja, tomando desde la zona de Plasencia la desviación a través del valle del Jerte para desembocar en el puerto de Tornavacas y desde allí, vía el Barco de Ávila, hasta Piedrahíta (algo más de 80 km), enlazando desde allí al puerto de Villatoro si se quería llevar a Óbila. El hecho de que no hubiera una vía de las principales que atravesara estos dos valles significa a todas luces que no había sitios importantes que comunicar, lo cual no significaría que estuvieran despoblados, tan solo que no eran tan importantes como otros. Cualquiera de las dos rutas posibles desde la vía de Emerita a Asturica servía para llegar a Óbila y desde allí comunicar entre otras con Segeda (Segovia) o Cauca (Coca), ciudades, como Óbila con cierta importancia, pero no entre las más importantes de la península ibérica. Si en el Amblés había una ciudad, pequeña, aunque ciudad, que era Óbila (Ávila), en el valle del Corneja ni siquiera había una ciudad, aunque fuera poco importante, con lo cual debemos entender que fue una zona en apariencia de poco trasiego oficial, por tanto, nunca con la importancia de otras más pujantes.

Volviendo a la organización territorial que hemos mencionado antes, en la que se ha dicho que cada ciudad, pequeña o grande, tenía un territorio, que no sería pequeño, hay que preguntarse a qué ciudad pertenecería el territorio del Corneja, si

al de Óbila o al de Salmantica (Salamanca) por ser las dos *civitas* más cercanas. A una de las dos, seguro, porque el resto de las posibilidades resultaría más lejano. Tanto Salmántica como Obila distan en torno a 50 km de nuestro valle. Para Salmántica hay que rebasar el reborde norte del Corneja, que es poco complicado y para el del Obila el puerto de Villatoro, que tampoco constituye un obstáculo complicado. Tal vez algún día aparezca algún documento epigráfico, de los que marcaban los límites de las ciudades, que aclare la duda. Hasta tanto nos seguiremos preguntando a quién rendiría tributo y de quién dependería jurídicamente el valle del Corneja con sus pequeñas poblaciones rurales y dentro de él, los hispanorromanos que habitaron en el actual término de Bonilla de la Sierra.

Hay mucho que investigar en el valle del Corneja; también sobre el tiempo romano. Solo se han hecho excavaciones arqueológicas, y de poca envergadura, en la villa que hubo en la Vega (Jiménez González, 2008), término de Piedrahíta, donde hay una ermita, como en tantos otros casos, sin duda heredera de la villa romana. En el resto de los yacimientos conocidos de tiempo romano, los datos son solo de superficie. Aunque estos no sirven más que para consideraciones generales, hay que decir que para hacer una definición general del poblamiento romano del valle son válidos, si bien en algunos de los casos los datos no permiten aclarar cuándo empezó a ocuparse cada uno de los asentamientos y cuándo fue su fin. Se conoce habitación en tiempo romano en Villar de Corneja, Piedrahíta en varios puntos, en La Horcajada, en Hoyorredondo, San Bartolomé de Corneja y en Bonilla de la Sierra. En conjunto, vienen a hablar de un poblamiento rural campesino con núcleos de poca magnitud, pequeñas aldeas o explotaciones unifamiliares en las que la villa romana de la Vega, en Piedrahíta, parece ser la de más empaque, por haberse hallado los restos de un edificio con mosaicos y estucos que remiten, en efecto, a una villa romana, una propiedad de magnitud importante ligada a un terrateniente hispanorromano. En los demás lugares la importancia cualitativa y cuantitativa parece menor. Hay una característica común a todos y es la de que son asentamientos ligados a buenas tierras del fondo del valle y / o a buenos pastos. La explotación de la tierra fue una fuente económica muy importante en este tiempo, que engloba al Alto y Bajo Imperio (siglo I al V d. C.), aunque lo más probable es que la ocupación más numerosa fuera desde finales del siglo II o principios del siglo III, siglo este que inauguró un tiempo de crisis que movió, en menos de un siglo, a un número alto de la población a vivir en el campo, incluidos los terratenientes, como los de la citada villa romana de la Vega.

II.2.1. UN VICUS HISPANORROMANO

La situación que hemos dicho para este tiempo desde el siglo II en adelante llevó a una pequeña comunidad de hispanorromanos a asentarse en el término de Bonilla. Lo hicieron a las orillas del arroyo de Valdenegro, antes de que este constituyera con la unión de otros arroyos el llamado río de Bonilla, afluente del Corneja a la altura de Mesegar. No tenemos razones objetivas para pensar que los que allí se asentaron fueran descendientes de los antiguos vetones que habían habitado en la base del cerro del Berrueco, en las Paredejas y los Tejares, porque, en primer lugar, habían pasado uno o dos siglos desde que se deshabitaron los castros de la zona; y, en segundo lugar, porque los procedimientos en la distribución del territorio para su explotación en tiempo del Imperio romano podía llevarse a cabo de una forma bastante variada, ajena completamente a lo que fue antes del Imperio, en el que predominaba la organización indígena vetona todavía; y más aún en territorios con una romanización de menor intensidad que otras zonas de Hispania, como sería nuestro caso.

A la tierra accedían grandes propietarios beneficiados por la organización política del propio Imperio, también compradores privados, arrendatarios de tierras de la *civitas* a la que pertenecía el territorio e incluso colonos y libertos a los que los propietarios de tierras les era más rentable dejar cultivar una parte de su propiedad, a cambio de un canon, que tenerlos como meros esclavos sin demasiado interés por producir para el amo.

El caso de Bonilla —y los que ocuparon una suave loma al lado del cauce del arroyo de Valdenegro— no parece otro que el de un pequeño grupo, bien familiar en forma de granja, o bien una pequeña aldea constituida por un puñado reducido de familias. Por la extensión de los restos más parece lo primero. La denominación que en el Imperio se daba a sitios como el que decimos era *vicus* e incluso *pagus*, que, por definición, venía a ser un asentamiento menor, de pequeño tamaño, sin ningún rasgo urbano y dependiente de una ciudad en lo administrativo, así como en cuanto al pago de impuestos (Moreno Martín, 1997: 298). El lugar elegido fue una especie de lengua de tierra sobreelevada entre los arroyos del Maíllo y el de Valdenegro, arroyos que acaban juntándose más adelante. En la aproximación paulatina del uno al otro, se forma una especie de horquilla que participaba estratégicamente de las bondades en los pastos de las vegas de ambos arroyos, así como de tierras en las cercanías aptas para la agricultura. En ese lugar, con buena estrategia económica, tenían condiciones para desarrollar su economía agraria con posibilidades tanto en la ganadería como en la agricultura y, además, la proximidad al reborde norte del valle hacía que quedaran protegidos de las inclemencias septentrionales. El propio

nombre que ha llegado al presente —*la Huerta de la Dehesa*— habla por sí mismo de que era un lugar en el que los cultivos hortícolas han tenido éxito en tiempos recientes, algo que ya fue detectado hace algo menos de dos mil años, cuando eligieron esa zona para el asentamiento.



Figura 1. El vicus hispanorromano de la Huerta de la Dehesa (Foto Iberprix-IGN)

Aunque no se han llevado a cabo excavaciones en este lugar, a través de algunos restos conocidos —hallados cuando se cultiva y remueve la tierra— puede trazarse en líneas generales el tiempo en el que este lugar fue habitado. Teniendo en cuenta las modas y las tecnologías que en cada tiempo generaron unos determinados artefactos con los que se organizaba la vida, puede pensarse que este lugar fue inaugurado hacia finales del siglo II / principios del siglo III de nuestra era, permaneciendo por lo menos hasta el siglo IV-V, si es que no llegó a tiempo visigodo (a partir del siglo VI), ya que algunos restos podrían pertenecer a ese momento.

Para esta clasificación han sido fundamentales los hallazgos de los recipientes cerámicos que utilizaron y se les fueron rompiendo, desechándolos allí mismo como basura. Entre ellos, las cerámicas denominadas terra sigillata son las más esclarecedoras, la cerámica típica del Imperio. Allí donde los romanos se estable-

cían, había esa cerámica, «distinguida», según el historiador Plinio, es decir, no era para el uso diario, entre otras cosas porque la fabricaban en sitios muy concretos y para obtenerla debía llegar mediante el comercio. Aun así, llegaba a todas partes. Se hacía mediante un molde en cuyo negativo estaban, si las había, las decoraciones, quedando en relieve en el producto final, tintándose luego con un barniz rojizo, que a partir de avanzado el siglo III fue tomando un tono anaranjado, con lo cual, según se encuentren de un tono o de otro, y también según la forma del recipiente —había una gama amplia de formas, según los cometidos— se puede establecer el tiempo que fue usada esa cerámica en un determinado lugar y, por tanto, el momento o momentos de una ocupación.



Figura 2. La Huerta de la Dehesa en el paisaje de Bonilla de la Sierra

En la Huerta de la Dehesa, asociados con cerámicas de cocina más toscas, han aparecido fragmentos de terra sigillata hispánica que datan de finales del siglo II o principios del III. Con ello también una variedad más tardía de la terra sigillata, llamada *africana*, fabricada en el norte de África para el comercio hispano desde finales del siglo II hasta finales del siglo IV y principios del V. Por las formas sabemos que estas cerámicas africanas llegaron al vicus de la Huerta de la Dehesa a finales del siglo IV o principios del V, con lo cual podemos asegurar que, al menos, duró aquella ocupación unos dos siglos, entre finales del siglo II / principios del siglo III y principios del siglo V. Allí, por tanto, se vivieron momentos históricos y trascen-

dentales a todo el Imperio romano. Allí se vivió la crisis del siglo III, que tuvo lugar a partir de la segunda mitad de ese siglo, en la que se produjeron, además de otros hechos, las invasiones de francos y alamanes entre el 258 y el 260, que crearían tal inquietud de las gentes campesinas que tuvieron que organizarse en la defensa. Lo hicieron no solo en ese momento, sino de igual modo —y sobre todo— un siglo después, a finales del siglo IV, cuando la presión de los pueblos germanos obligó a establecer atalayas en las zonas más altas (Gilbuena, Santibáñez de Béjar, El Mirón), constituyendo una línea de vigilancia de forma que vieran venir el peligro (Fabián García, 2007: 104). Se estaba desintegrando por ese tiempo ya el antiguamente poderoso Imperio romano y ello llevó a los pueblos próximos no integrados en su dominio a apoderarse poco a poco de él.

No fue lo único importante que los habitantes de la Huerta de la Dehesa vivieron trabajando y disfrutando de los campos de Bonilla. También vivieron algo tan trascendental para la historia como fue la instauración del cristianismo como religión oficial del Imperio y lo que ello supuso de cambio a muchos niveles. El emperador Teodosio lo declaró religión oficial del Imperio en el año 380, porque ya se venía fraguando con fuerza desde hacía tiempo la sustitución de lo pagano por lo cristiano. Los templos paganos de la zona cambiarían la advocación, incluso en el mismo lugar y poco a poco la mentalidad cristiana iría sustituyendo a la pagana. Fueron las clases más poderosas las que tardaron más en cambiar la creencia religiosa, no así las gentes campesinas, como las que habitaban en el valle del Corneja, a excepción del propietario de la villa romana en la zona de La Vega de Piedrahíta.

Puede que relacionado con algunos de los cultos paganos anteriores al cristianismo tenga que ver el desaparecido *verraco de Bonilla* que hemos mencionado en páginas anteriores. Las esculturas zoomorfas denominadas verracos o toros de piedra, según representaran cerdos o toros, eran una manifestación escultórica propia del pueblo prerromano vetón, que continuó arraigada después de la conquista unos tres siglos más, hasta finales del siglo II / principios del III. Los romanos permitieron las creencias de los pueblos que conquistaban. Eran los propios pueblos conquistados los que por sí mismos iban adoptando poco a poco la religión romana y sus dioses. Aunque no sabemos con seguridad lo que representaban las esculturas zoomorfas, sí podemos decir que eran símbolos y que no eran símbolos cualesquiera, porque allí donde había vetones, había estas esculturas. Y cuando fueron romanizados, las esculturas siguieron tallándose, con lo cual su *espíritu* permaneció en torno a tres siglos de su exclusividad puramente vetona. Es muy probable que el verraco de Bonilla tuviera que ver más con el tiempo romano que con el prerromano. Los prerromanos solían estar en las inmediaciones de los castros; sin embargo, los de tiempo ya romano, por lo general más pequeños,

se asociaban a necrópolis, a monumentos funerarios o a templos campestres, en estos casos relacionados determinadas tumbas o monumentos funerarios simbólicos (Fabián García, 2021). Se conocen cada vez más casos de este tipo, siempre de tiempo romano, porque lo que el de Bonilla pudo estar asociado a algún templo o monumento funerario en un camino, relacionado con el establecimiento romano de Bonilla o el de Mesegar.

Con los restos de los artefactos de la vida diaria aparecen en la Huerta de la Dehesa también numerosos fragmentos de las tejas de los tejados. Se llamaban *tégulas* y eran piezas de barro rectangulares y planas, únicamente con rebordes peraltados en los lados más largos, de forma que, colocadas en el tejado, se juntaban dos rebordes, completándose después la unión con una teja curva (*imbrice*), para que no pudiera entrar el agua por la unión.



Figura 3. Fragmento de una *tégula* con la huella de un gato o un perro sobre la pasta fresca antes de la cocción

Así como las *tégulas* de los tejados y las cerámicas más comunes podían ser fabricadas en la zona por alfareros y tejeros locales, la presencia aquí de las cerámicas *sigillatas* indica que sus habitantes tenían capacidad económica para adquirirlas, puesto que llegaban procedentes de un comercio que viajaba a grandes distancias, con lo cual su coste no sería poco. (En una de esas *tégulas*, recién fabricada, seguramente cuando se secaba al sol antes de la cocción en el horno, un gato que merodeaba por allí pasó sobre ella dejando marcada la huella de sus patas). Había importantes talleres para fabricar cerámicas *sigillatas* en la zona de la Rioja, también en Andalucía y otros menores desde los que había que traerla hasta Bonilla (*Uxama*, en la actual provincia de Soria; *Caesarobriga*, en la actual Talavera de la Reina, etc.), como más cercanos a los hispanorromanos del valle del Corneja. El comercio organizado desde las grandes vías de comunicación, tomando después los caminos menores, garantizaba que estos productos llegaban a todos los lugares donde había un comprador que no quería quedarse al margen de tenerlos entre sus

pertenencias domésticas. A través de su presencia en el *vicus* o *pagus* de la Huerta de la Dehesa, podremos entender que alguien allí tenía un poder adquisitivo para comprarlas, sin que seguramente tuviera el nivel del habitante de la cercana villa de la Vega, en Piedrahíta, que, ese sí, tenía lo suficiente para hacerse una mansión con mosaicos, cosa que los de la Huerta de la Dehesa no



Figura 4. Ficha para juegos recortada sobre fragmento de cerámica y fragmento de un cuenco de terra sigillata

Los restos desechados quedaron diseminados por el suelo cuando el lugar fue abandonado, sepultados con el paso del tiempo y devueltos en parte a la superficie por las tareas agrícolas, que, por desgracia, los habrán ido deteriorando poco a poco. Es de esperar que, antes de que desaparezcan y nos impidan una valoración más real de su magnitud e importancia, se lleven a cabo investigaciones que los estudien. Contribuyen también a su desaparición las acciones furtivas en el yacimiento. Individuos provistos de detectores de metales se han visto con frecuencia extrayendo objetos que, separados del yacimiento y en colecciones privadas, están restando datos para conocer mejor lo que allí hubo y sucedió en otro tiempo. Se trata de una acción ilegal que está castigada por la ley. Pero, por encima de eso, se trata de una acción irresponsable con la sociedad que debe evitarse mediante la concienciación ciudadana del daño que hace el infractor, puesto que revierte en restar documentos a la historia contenida en un yacimiento, tan solo por el egoísmo de un coleccionista, que no piensa en el común, sino en su propia colección o en hacer un negocio con lo que extrae. Si los daños de la agricultura resultan al menos en parte inevitables, las acciones furtivas se pueden y se deben evitar denunciando a los infractores e impidiendo que continúen con sus acciones y observando que, quien puede y debe castigarlos, lo haga con responsabilidad y con justicia, sea penal o administrativamente. El Patrimonio Histórico es el resultado del paso de la historia por un lugar, por eso pertenece a toda la sociedad, nadie se puede apropiarse de una parte y restárselo a los demás, por eso son ilegales y están penadas por la ley esas acciones.

II.2.2. LA DESINTEGRACIÓN DE LO ROMANO, EL TIEMPO VISIGODO Y EL COLAPSO HASTA LA PLENA EDAD MEDIA

Dado que nada dura para siempre, el inmenso Imperio romano empezó a descomponerse poco a poco desde el siglo V, aunque ya antes venía dando síntomas de ello. Su sistema, tan bien organizado, tan fuerte, se desintegró y, tras un tiempo que puede decirse de desorganización, que pudo durar un siglo, se encargó de intentar reorganizarlo un pueblo nuevo, que había ido infiltrándose poco a poco en el Imperio como ayudante, como amigo, hasta que se hizo con el control de determinadas zonas. Ese fue el pueblo visigodo, que se encargó, primero, de expulsar a otros pueblos de raíz germánica que habían llegado antes a la península ibérica (en el 409 suevos, vándalos y alanos), expulsándolos de modo paulatino entre el 416 y el 476, a todos menos a los suevos, que quedaron relegados a la actual Galicia.

Con este panorama se constituyó el reino visigodo de Hispania, en el que, claro está, las gentes del valle del Corneja quedaron integradas. Eso empezó a suceder a partir del 576 y continuó hasta el 711, en el que la invasión musulmana de la península ibérica terminó con lo políticamente visigodo. Se inauguró entonces

un tiempo de colapso que se prolongaría hasta finales del siglo XI, cuando los cristianos, que habían venido avanzado de norte a sur, relegaron a los musulmanes a la línea de Toledo, convirtiéndose esta zona del centro de la península de modo estable en territorio cristiano, repoblada enseguida por gentes de la mitad norte, que se unieron a los que se habían quedado, a pesar de que la zona estuviera bajo teórico control musulmán. Ahí empezó la plena Edad Media, con una situación diferente a la anterior. Este sería el resumen de la situación en el valle del Corneja de 500 años, pero es necesario explicarlo con algunos detalles más.

Lo que pudo suceder en el valle del Corneja, y por tanto en Bonilla de la Sierra, lo muestra superficialmente la arqueología. Superficialmente porque no se han hecho estudios profundos que permitan afinar más. Entre lo que conocemos de la zona y lo que sabemos mejor de otras limítrofes, puede trazarse un panorama general.

La lenta descomposición del Imperio romano en sus bases y esencias afectó paulatina, aunque eficientemente, a las poblaciones asentadas en el valle del Corneja. Las gentes que lo habitaban, que carecían del amparo de una ciudad cercana —estaban, por tanto, un poco a desmano en muchos aspectos—, tuvieron que movilizarse a su manera ante los peligros que se avecinaban, pero también ante la falta de organización. Los que venían del norte, de los pueblos germanos limítrofes al Imperio romano, provocaron tal miedo e inquietud que sucedió lo que ya hemos citado: la construcción de atalayas en los puntos más altos del valle, con las que tener vigilado el territorio y estar preparados para lo que hiciera falta. Los habitantes de la Huerta de la Dehesa debieron de sentir esa misma inseguridad y no menos sucedería en la villa señorial de la Vega, en Piedrahíta, porque, al ser un propietario más poderoso, económicamente se jugaba más. En la atalaya de El Mirón, donde luego se construyó un castillo en época pleno / bajo medieval, hubo algo a este respecto, tal vez una especie de fortaleza, entre finales del siglo IV y principios del V. También hubo al menos un puesto de vigilancia en la llamada Teta de Gilbuena y en el Risco de Santibáñez de Béjar, que controlaba el camino del río Tormes. Todas son de manera significativa atalayas en el paisaje y en conjunto formarían un sistema que de alguna manera vigilaba los puntos de acceso al valle, por los que tendrían que penetrar los invasores. Quizá las consecuencias de aquellos temores nada infundados fueron la causa del abandono del caserío de la Huerta de la Dehesa y tal vez incluso —las investigaciones arqueológicas lo tendrán que decir— de la antes aludida villa romana de la Vega, que, como casi todas las villas, no fue abandonada, sino que cambió de ocupación, pasando de ser la residencia de un terrateniente a constituir un asentamiento campesino que acogió a una determinada población, bien dentro de ella como ocupantes o sus materiales utilizados para construir un asentamiento a la medida de las necesidades de los campesinos en las inmediaciones. También

es posible que sucediera la conversión de alguna de sus partes en templo cristiano y de ahí que a lo largo del tiempo se haya ido perpetuando el culto con distintos edificios, hasta llegar a la actual ermita del siglo XVII-XVIII.

En la Huerta de la Dehesa de Bonilla y sus inmediaciones no volvió a haber un establecimiento similar de tiempo romano / tardorromano. Cerca, en el llamado cerro de Medillas, al otro lado del arroyo de Valdenegro y entre este y el arroyo Merdero, hubo un pequeño establecimiento del que no sabemos otra cosa que utilizaban tégulas para los tejados. Las características del sitio y los restos encontrados, con ausencia conocida, no certificada, de cerámicas típicamente romanas tardías, puede hablar bien de un asentamiento tardorromano / visigodo, posterior al de la Huerta de la Dehesa o bien, dadas las características del lugar —un tanto elevado, de ahí que lo llamen cerro— del templo que mencionamos más atrás, en el que cabe que hubiera estado el desaparecido verraco de Bonilla. Pero esto son solo conjeturas que deberán verificarse mediante investigaciones arqueológicas de más profundidad.

Con el establecimiento del reino visigodo de Hispania desde el 576 la inestabilidad anterior se tornó en más estable. Aunque se dieron numerosas tensiones en la alta política, entre reyes y nobles visigodos, lo más probable es que no le afectara de modo directo a la vida campesina, derivada en la zona desde el final de lo en esencia romano. Los visigodos habían venido de fuera, pero fueron más una realidad política que demográfica, es decir, que para las gentes que habitaban en los medios rurales es posible que no conocieran un cambio sustancial, que no llegaran gentes visigodas en masa. Si llegaron gentes nuevas, eran las que buscaban u obtenían tierras en las que ganarse la vida, muchas de ellas provenientes de otras zonas bajo el dominio entonces de terratenientes ligados a la aristocracia visigoda, a los que lógicamente tendrían que rendir cuentas tributarias. El modo de poblamiento rural en el valle por lo que sabemos no fue denso, fue más bien como el que les había antecedido en el final de la época romana. Pequeños asentamientos en forma de aldeas o caseríos dispersos, ocupando zonas favorables para la agricultura o la ganadería, actividad esta muy ligada a la economía del tiempo visigodo. Muchos de estos pequeños asentamientos eran tan pobres en materiales que no han dejado huellas muy visibles como para identificarlos como tales de tiempo visigodo. También aquí será la arqueología la que tenga la palabra en el futuro para identificarlos.

A partir del 711 sucedió la invasión musulmana de la península ibérica, dando lugar a algo diferente que duraría ya hasta finales del siglo XI, un lapso de más tres siglos y medio. Se viene denominando a este momento como un tiempo de colapso (Martín Viso 2016), porque supuso la desintegración del reino visigodo de Toledo como poder central; y en ausencia de algo tan importante como un poder que

organice, lo que se instaló fue una situación que funcionará a su propio albedrío, a resultas de sus circunstancias particulares, que por tanto no serán iguales en unos sitios y en otros, dando lugar a una cierta diversidad de situaciones. Esto fue lo que sucedió tras la invasión musulmana y, sobre todo, tras la retirada hacia el sur de los bereberes invasores 30 años después de la invasión. Esa retirada no fue suplida por un avance del reino astur, que era lo único en verdad cristiano que había quedado de lo anterior, lo que provocó un vacío de poder central que derivó en organizarse los territorios fuera del control directo de lo musulmán mediante poderes locales (Martín Viso, 2018: 198). Seguramente no fue un tiempo muy cómodo. La arqueología no muestra un panorama tan prolífico como en tiempo romano, pero tampoco sucedió lo que C. Sánchez Albornoz calificó como desierto del valle del Duero (1966). Hubo ocupaciones, que, por cierto, no son fáciles de detectar si no es mediante excavaciones arqueológicas. Se trata siempre de pequeñas aldeas o caseríos que parecen escondidos en el paisaje, no sabemos si eso fue por casualidad o por la verdadera voluntad de esconderse.

II.2.3. LAS TUMBAS EXCAVADAS EN LA ROCA DE PAJAREJOS, REFLEJO DE UNA SOCIEDAD RURAL SIN ORGANIZACIÓN CENTRAL

Lo poco que sabemos de este tiempo en el territorio de Bonilla de la Sierra tiene mucho que ver con las tumbas excavadas en la roca y cuanto les rodea de historia y de contexto. Este tipo de manifestaciones arqueológicas pueden corresponder al tiempo visigodo (siglos VI a principios del VIII), con continuidad posterior hasta finales del siglo XI, momento en el que todo cambiará a partir de la conquista cristiana y la consiguiente repoblación posterior con gentes venidas de otros lugares de la península, que se sumarán a los que estaban en el mismo territorio.

En la provincia de Ávila y en su vecina Salamanca se conoce bien a este tipo de talladas en la roca, aunque las hay por toda la Meseta norte en lo que es su reborde montañoso y en buena parte de la geografía peninsular. Martín Viso (2012b) las ha clasificado en tres grupos, de los que nos interesa el primero, el que constituyen los casos de tumbas aisladas o formando conjuntos de no más de diez unidades.

En la provincia de Ávila son muy frecuentes de forma dispersa en el valle del Alberche, en su zona montañosa del valle alto, denotando un poblamiento sin constituir otra cosa que pequeñas aldeas o caseríos bien separados unos de otros. En el valle del Corneja y en su prolongación limítrofe con la provincia de Salamanca (zona de Puente del Congosto, Santibáñez de Béjar, Bercimuelle y Sorihuela) se conocen algunas de estas tumbas también.

Para lo que interesa a este trabajo, circunscrito a Bonilla de la Sierra, las hay en Pajarejos, anejo de Bonilla. Se conocen tres casos, uno de ellos con tumba doble, todas en el mismo lugar y muy próximas unas a las otras en menos de media hectárea, denotando que constituyeron entre todas un conjunto. Se encuentran en el paraje al que llaman la *Viña de los Moros*. Dicho nombre no guarda relación alguna con lo musulmán. Es la forma con la que tradicionalmente se ha venido denominado en el medio rural a todo aquello que se intuía antiguo, desconociéndose su origen. El lugar está hacia la mitad de la ladera del reborde del valle, protegido de los rigores que llegan del norte, en una especie de replano, que en algún momento fue una viña, de ahí su nombre. Lo pudo haber sido en el momento del uso de las tumbas, quedando alguna constancia de ello para los sucesores en la ocupación del mismo sitio, puesto que en la actualidad no hay el más mínimo rastro de una viña allí, ni siquiera en la memoria más lejana de la población actual de Pajarejos. Muy cerca de ellas, al norte, sobre otro replano en la ladera, en este caso rocoso, están los restos de la *ermita de San Benito*, derrumbada por completo y reducida ya a restos arqueológicos. Entre lo que queda de la ermita hay una pila bautismal de granito muy tosca, sin peana, de las bien conocidas en ambientes altomedievales. Dicha ermita puede ser por sí misma altomedieval o ser la heredera de la aquella, relacionable con las tumbas de la Viña de los Moros y su contexto.

Las tres tumbas que hemos citado están, en dos casos, excavadas en lanchas de granito y en el tercero, en una roca que ha sido recortada para caracterizar mejor la tumba. Dos son individuales y otra doble, pero en este caso con dos tumbas independientes, es decir no se trata de una tumba única para albergar a dos personas, como hay en algunos casos, denotando posiblemente que se trataba de un matrimonio. Todas tienen aproximadamente forma de bañera, como se las denomina para ese tipo dentro de la terminología arqueológica. Alguna manifiesta cierta tendencia trapezoidal. En la doble, las dimensiones en longitud difieren considerablemente: mientras que una mide 1'83 m, la otra se queda en 1'35 m, quizá en este caso correspondiendo a un individuo infantil o al menos no adulto, por lo que podría especularse que se trate de un padre o madre y su hijo. Las dimensiones de cada tumba no tenían que ser necesariamente las del difunto, previsiblemente excedían para garantizar así que pudiera encajar bien en ella e incluso que se pudiera reutilizar en el futuro con individuos de diferente medida, puesto que pudieron estar pensadas para albergar sucesivos enterramientos. La orientación siempre es indicativa. En dos casos, uno de ellos el de la doble, la orientación es N-O/S-E, mientras que en la restante es N-S. El hecho de no tener la orientación canónica cristiana posterior (E-O, mirando el cadáver para oriente), podría estar indicando que no había una autoridad religiosa centralizada que marcaba los cánones a seguir, como sucedería ya en tiempo plenomedieval, de tal manera que las poblaciones llevaban a cabo determinados rituales según sus propias costumbres o simplemente, como

les parecía mejor o como les imponía el soporte pétreo donde excavaban la tumba. Las tumbas eran a modo de sarcófagos excavados en el granito de un afloramiento rocoso. Se enterraba al difunto sin ataúd, es decir, todo lo más envuelto en un sudario. El lugar de la cabeza a menudo se marcaba para encajarla, pero en otros casos donde esto no se hacía así, se colocaría algún elemento exento, de forma que la cabeza no cayera hacia un lado. Sobre ellas se colocaba una losa de granito que la cubría o en otros casos, varias con las que quedaban cubiertas, rellenando tal vez los huecos con barro o cal. En el caso de las tumbas de la Viña de los Moros, como también en otros muchos casos conocidos, se sabe que alguna de ellas, sino todas, fueron cubiertas con lajas de pizarra, porque, hasta no hace muchos años, estaban todavía en el lugar. La pizarra no es propia de la zona, debía ser importada, por lo que ello, junto con el hecho del trabajo de excavación en la roca, implicaban que quienes eran enterrados en ellas podían pagarse ese tipo de enterramientos.

A menudo, por no decir en la casi totalidad de los casos, se encuentran ya desprovistas de la cubierta, porque la curiosidad a través de los siglos, una vez que se perdió la memoria de los difuntos, llevó a buscar en ellas tesoros y ajuares que como mucho podían consistir, de haber algo, en un recipiente cerámico o de vidrio, que habrían participado en la ceremonia de despedida de la vida del difunto. En algunos casos se le incluía al cadáver una moneda simbólica de escaso valor. Este gesto procedía de una costumbre pagana del tiempo romano por la que se consideraba que había que pagar a Caronte, el barquero encargado de transportar al muerto a través de la laguna Estigia al lugar donde reposaría para la eternidad. Aunque era una costumbre pagana, fue continuada por el cristianismo, solo en el hecho de portar la moneda, puesto que el cristianismo, ya oficial desde finales del siglo IV, creía en la resurrección de los muertos y en el posterior Juicio Final que debía ajustar cuentas a cada persona.

Las violaciones desde antiguo de las tumbas y la acidez del granito, que suelen hacer desaparecer los huesos, provocan que se las encuentre actualmente vacías casi siempre, caso de la Viña de los Moros, visibles como meros huecos más o menos bien tallados en la roca, sin posibilidad de confusión respecto a las llamadas *marmitas de gigante*, tan propias y habituales de los paisajes graníticos.

El significado de estas tumbas se interpreta como una expresión de la sociedad que habitaba en cada zona, en la que la tumba tiene un sentido de propiedad territorial, es decir, el hecho de que allí estén enterrados ancestros legitima una propiedad (Martín Viso 2012b). Debe entenderse que en una sociedad que no estaba controlada por un estado organizador, que hiciera justicia cuando fuera necesario y sirviera para amparar las propiedades, las gentes tuvieron que buscar formas de respetarse en lo de cada uno y una buena forma de ello era establecer un pacto tá-

cito entre los propietarios, un pacto en el que la tumba de los antepasados hacía la función de acta de la propiedad, con la que unos respetaban lo de los otros y viceversa.

Así debió ser hasta que el territorio de Bonilla y Pajarejos fue liberado a finales del siglo XI por los cristianos, en su avance paulatino hacia el sur. Lo siguiente fue de nuevo la organización de la vida después de varios siglos de lo contrario. Los que habían quedado en la zona recibieron el amparo de un reino más fuerte, aunque con ello viniera una forma de dominio de la nobleza y de la Iglesia cuyo poder paralelo se hizo bien patente y manifiesto.

Aquellos que se habían quedado en el valle del Corneja en el transcurso de los siglos, un buen día, conquistada la zona por los cristianos, recibieron la visita, para quedarse, de los repobladores venidos de más al norte bajo el manto de la nueva nobleza y todos acompañados de los organizadores de la religión cristiana, cuyo peso desde ese momento sería muy importante, organizando, entre otras cosas las formas de enterramiento en la inmediatez de las iglesias, que se aprestaron a levantar allí donde había un núcleo de población o donde existía la memoria de una iglesia anterior. En ese momento empezaba otro tiempo muy distinto para los habitantes del valle del Corneja, que en mundo de la Historia se conoce como tiempo Plenomedieval.



Figura 5. Pajarejos. La Viña de los Moros. Tumba antropomorfa individual.



Figura 6. Figura 5. Pajarejos. La Viña de los Moros. Tumba antropomorfa doble.

Las tumbas eran a modo de sarcófagos excavados en el granito de un afloramiento rocoso. Se enterraba al difunto sin ataúd, es decir, todo lo más envuelto en un sudario. El lugar de la cabeza a menudo se marcaba para encajarla, pero en otros casos donde esto no se hacía así, se colocaría algún elemento exento, de forma que la cabeza no cayera hacia un lado. Sobre ellas se colocaba una losa de granito que la cubría o en otros casos, varias con las que quedaban cubiertas, rellenando tal vez los huecos con barro o cal. En el caso de las tumbas de la Viña de los Moros, como también en otros muchos casos conocidos, se sabe que alguna de ellas, sino todas, fueron cubiertas con lajas de pizarra, porque, hasta no hace muchos años, estaban todavía en el lugar. La pizarra no es propia de la zona, debía ser importada, por lo que ello, junto con el hecho del trabajo de excavación en la roca, implicaban que quienes eran enterrados en ellas podían pagarse ese tipo de enterramientos.

A menudo, por no decir en la casi totalidad de los casos, se encuentran ya desprovistas de la cubierta, porque la curiosidad a través de los siglos, una vez que se perdió la memoria de los difuntos, llevó a buscar en ellas tesoros y ajuares que como mucho podían consistir, de haber algo, en un recipiente cerámico o de vidrio, que habrían participado en la ceremonia de despedida de la vida del difunto. En algunos casos se le incluía al cadáver una moneda simbólica de escaso valor. Este gesto procedía de una costumbre pagana del tiempo romano por la que se consideraba que había que pagar a Caronte, el barquero encargado de transportar al muerto a través de la laguna Estigia al lugar donde reposaría para la eternidad. Aunque era una costumbre pagana, fue continuada por el cristianismo, solo en el hecho de portar la moneda, puesto que el cristianismo, ya oficial desde finales del siglo IV, creía en la resurrección de los muertos y en el posterior Juicio Final que debía ajustar cuentas a cada persona.



Figura 7. Reconstrucción de un enterramiento en roca (Ilustración de J. Muñoz Domínguez)

Las violaciones desde antiguo de las tumbas y la acidez del granito, que suelen hacer desaparecer los huesos, provocan que se las encuentre actualmente vacías casi siempre, caso de la Viña de los Moros, visibles como meros huecos más o menos bien tallados en la roca, sin posibilidad de confusión respecto a las llamadas *marmitas de gigante*, tan propias y habituales de los paisajes graníticos.

El significado de estas tumbas se interpreta como una expresión de la sociedad que habitaba en cada zona, en la que la tumba tiene un sentido de propiedad territorial, es decir, el hecho de que allí estén enterrados ancestros legitima una propiedad (Martín Viso 2012b). Debe entenderse que en una sociedad que no estaba controlada por un estado organizador, que hiciera justicia cuando fuera necesario y sirviera para amparar las propiedades, las gentes tuvieron que buscar formas de respetarse en lo de cada uno y una buena forma de ello era establecer un pacto tácito entre los propietarios, un pacto en el que la tumba de los antepasados hacía la función de acta de la propiedad, con la que unos respetaban lo de los otros y viceversa.

Así debió ser hasta que el territorio de Bonilla y Pajarejos fue liberado a finales del siglo XI por los cristianos, en su avance paulatino hacia el sur. Lo siguiente fue de nuevo la organización de la vida después de varios siglos de lo contrario. Los que habían quedado en la zona recibieron el amparo de un reino más fuerte, aunque con ello viniera una forma de dominio de la nobleza y de la Iglesia cuyo poder paralelo se hizo bien patente y manifiesto.

Aquellos que se habían quedado en el valle del Corneja en el transcurso de los siglos, un buen día, conquistada la zona por los cristianos, recibieron la visita,

para quedarse, de los repobladores venidos de más al norte bajo el manto de la nueva nobleza y todos acompañados de los organizadores de la religión cristiana, cuyo peso desde ese momento sería muy importante, organizando, entre otras cosas las formas de enterramiento en la inmediatez de las iglesias, que se aprestaron a levantar allí donde había un núcleo de población o donde existía la memoria de una iglesia anterior. En ese momento empezaba otro tiempo muy distinto para los habitantes del valle del Corneja, que en mundo de la Historia se conoce como tiempo Pleno-medieval.



Figura 8. Reconstrucción de un enterramiento en roca (Ilustración de J. Muñoz Domínguez)

II. 3 LA BAJA EDAD MEDIA

Serafín de Tapia

II.3.1. CONTEXTO GENERAL: CONQUISTA Y REPOBLACIÓN DEL TERRITORIO ABULENSE

DESPUÉS DE UN LARGO ASEDIO, Toledo —que estaba en poder de los musulmanes— se rindió pacíficamente al rey Alfonso VI en el año 1085. Este éxito posibilitó el fácil control por parte de las tropas cristianas de las ciudades de Salamanca, Ávila y Segovia. Cada una de ellas recibió el encargo de consolidar la conquista en los amplios territorios que se les asignó sobrepasando hacia el sur la barrera del Sistema Central. Para ello, la Corona dotó a estas localidades del estatus de ciudad con un poderoso concejo municipal y un obispado. Ambas instituciones aseguraron la seguridad militar, organizaron la repoblación y dotaron al territorio de una elemental estructura administrativa y a la propia ciudad de unas murallas protectoras.

Mientras tanto, los repobladores llegados del norte de la península recibían tierras para trabajarlas. Los caballeros —que combatían con los musulmanes cuando se les requería— gobernaban la ciudad y aprovecharon su poder municipal para asignarse a sí mismos amplios territorios y otro tanto hizo el alto clero. Todo ello con el beneplácito de los reyes, quienes, como había tanta tierra sin ocupar, gustaban de premiar a algunos nobles y eclesiásticos con extensos terrenos, con frecuencia muy alejados de la ciudad, es decir, «allende tierra e pinares», como se decía por entonces. En estas labores discurrió el siglo XII

II.3.2. PRIMERAS NOTICIAS DE BONILLA

¿Y qué pasaba mientras tanto con Bonilla? La primera noticia que nos ha llegado de ella es del año 1224. Pero eso no significa que nuestra villa se fundara en ese momento. La mayor parte de las veces la fecha en la que por primera vez un documento escrito acredita la existencia de un pueblo no corresponde con la de su creación. Es lo que ocurre con Bonilla. En efecto, en el año 1224 el papa Honorio III confirmó al obispo de Ávila la posesión de las villas de Bonilla y de Aldeanueva del Obispo, «que ya posees justa y pacíficamente» (Sobrino Chomón, 2006: 417), así como ciertas tierras en Arévalo y Olmedo que el rey Fernando III les había donado